

Cuerpos Temeninos Callejeros



hacia una construcción de política social
con enfoque de género en Bogotá

CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS: HACIA UNA CONSTRUCCIÓN DE
POLÍTICA SOCIAL CON ENFOQUE DE GÉNERO EN BOGOTÁ

CAROLINA RODRÍGUEZ LIZARRALDE

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRÍA EN POLÍTICA SOCIAL
BOGOTÁ

2014

CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS: HACIA UNA CONSTRUCCIÓN DE
POLÍTICA SOCIAL CON ENFOQUE DE GÉNERO EN BOGOTÁ

CAROLINA RODRÍGUEZ LIZARRALDE

Trabajo de grado para optar por el título
de Magíster en Política Social

Directora: Yolanda Puyana Villamizar
Magíster en Estudio Integral de la Población
Docente e Investigadora en Género y Familia

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRÍA EN POLÍTICA SOCIAL

BOGOTÁ

2014

10

*A ellas con quienes reí, lloré,
sufrí y me enamoré de mi trabajo.
Donde quiera que estemos, espero
que la vida nos sonría...*

*A mi compañero de camino: Gracias
por recordarme que la vida nos
entrega personas y oportunidades únicas.*

*¡Disfrutar de cada instante será una
lucha permanente!*

AGRADECIMIENTOS

Gracias a las niñas y jóvenes que me dieron palabras para alzar la voz.

Gracias al Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud por abrirse a la posibilidad de nuevas lecturas e imágenes sobre la calle. A las y los Directivos por escucharme, a Responsables de Unidades de Protección Integral por dejarme entrar en las entrañas de la cotidianidad, y a servidoras/servidores por permitirme entrevistarles.

Gracias a mi “jefa”, amiga y cómplice de éste proceso de investigación Ruth Vargas Rincón, Coordinadora del Equipo de Investigación del Idipron, por leerme, cuestionarme y alentarme hasta el final.

Gracias a “mi profe” y tutora Yolanda Puyana Villamizar, quien me escuchó y ayudó a organizar mis ideas. A Juan Cristóbal Restrepo, Docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, por impulsarme a que otras y otros me oyeran.

Gracias a mi madre María del Carmen Lizarralde y a mi padre Francisco Rodríguez por haber creído en los sueños de una niña de pueblo. A mi madre por sus oraciones y preocupaciones constantes; a mi padre quien desde otra dimensión me da fuerzas para continuar cada día.

Finalmente gracias a mi chico, Jeisson Montenegro, por acompañarme en las largas jornadas de estudio y por darme siempre una visión alternativa de la vida.

CONTENIDO

	pág.
INTRODUCCIÓN	10
1. DEL CUERPO SOCIAL AL CUERPO FEMENINO CALLEJERO, BIOPOLÍTICA Y SISTEMA SEXO-GÉNERO	20
1.1 CUERPO SOCIAL Y BIOPOLÍTICA	23
1.2 EL SISTEMA SEXO/GÉNERO Y LA PRODUCCIÓN DE CORPORALIDADES	25
1.3 CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS: ¿UNA NUEVA CATEGORÍA?	29
2. DISCURSOS Y PRÁCTICAS FRENTE A LO FEMENINO CALLEJERO EN LA POLÍTICA SOCIAL DE BOGOTÁ	32
2.1 LA MUJER, EL HOGAR Y LA FAMILIA EN LAS EXPERIENCIAS DE NIÑOS “GAMINES”	33
2.2 LA POBREZA COMO RIESGO SOCIAL	40
2.3 LOS CUERPOS CALLEJEROS LEÍDOS EN CLAVE DE DERECHOS	43

	pág.
2.4 LO FEMENINO CALLEJERO COMO APUESTA DE VISIBILIZACIÓN	45
3. LA CONSTRUCCIÓN DE LO FEMENINO CALLEJERO EN LOS RELATOS DE SERVIDORAS Y SERVIDORES DEL IDIPRON	48
3.1 POBREZA Y DOBLE VULNERABILIDAD DE LAS MUJERES	49
3.2 LAS FAMILIAS COMO LAS ÚNICAS RESPONSABLES	52
3.3 HACIA UNA MIRADA DE DERECHOS	56
3.4 ¿QUÉ OCURRE CON LAS IDENTIDADES SEXUALES Y DE GÉNERO?	60
4. EXPERIENCIAS Y RELATOS DE VIDA DE LOS CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS	64
4.1 TRAYECTORIAS DE VIDA DE LOS CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS	67
4.2 LOS CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS Y SUS FAMILIAS	68
4.2.1 Conformación de las familias	68

	pág.
4.2.2 Tensiones al interior de las familias	70
4.2.3 Las niñas de casa y las niñas de calle	74
4.3 ¿QUÉ PASA CON LO FEMENINO EN LA CALLE?	76
4.3.1 “El dinero trae poder, si no se tiene, uno no vale nada”: formas de conseguir dinero en la calle	77
4.3.2 Performance callejero: las relaciones de género	79
4.3.3 Marcas corporales	81
4.3.4 Las relaciones de pareja	83
4.4 LAS EXPERIENCIAS EN IDIPRON	85
4.4.1 Motivaciones para ir al Idipron	87
4.4.2 Control sobre los cuerpos	88
4.4.3 Razones para irse del Idipron	89
4.4.4 Qué se propone desde abajo	91

	pág.
5. NUESTROS CUERPOS, NUESTRAS VIDAS. A MANERA DE CIERRE	94
5.1 VOLVIENDO A LAS PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN	96
5.2 ENTRETEJIENDO RELATOS	102
5.3 CONVERSACIONES PARA EL DISEÑO DE POLÍTICAS	104
6. POSIBLE CAMINO INSTITUCIONAL	106
BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS	110

LISTA DE ANEXOS

	pág.
ANEXO A. FRAGMENTOS DE ENTREVISTAS Y DIARIOS DE CAMPO	120
ANEXO B. MIS RELATOS	142
ANEXO C. FOTOGRAFÍAS DEL PROCESO	149

INTRODUCCIÓN

"Cerraré mis ojos para abrir el universo, sellaré mis labios para que griten los mares" (Garick, 2013)

El presente trabajo está atravesado por mi experiencia corporal. Intento construir conocimiento desde quienes estamos involucradas en la problemática de estudio, aquí me reconozco como sujeta activa y transformadora, que ejerce poder y resistencia ante condiciones que nos ponen a unas en una posición de privilegio, frente a otras que en medio de la opresión luchan por cambiar sus realidades.

Las permanentes discusiones con mis compañeras de investigación sobre el lugar que ocupamos en el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud¹ (Idipron), las preguntas sobre la construcción de las sexualidades y los géneros en contextos de calle, así como la mirada crítica constante de la respuesta institucional a las problemáticas juveniles que continúa reproduciendo roles y estereotipos de género en la atención, fueron motivando la necesidad de construir conocimiento sobre lo que en ésta investigación se ha denominado *cuerpos femeninos callejeros*.

El conocimiento situado, propuesto por Donna J. Haraway (1995), como "objetividad feminista" ha sido mi punto de partida. Comparto su idea de que necesitamos aprender de nuestros cuerpos, y a nombrar dónde estamos y dónde no. Yo soy una profesional que hace parte del equipo de investigación del Idipron, y por ello espero que quienes me lean tengan presente que éste estudio brinda sólo una perspectiva parcial de lo que para mí se convirtió en un asunto personal, y para mí "lo personal es político". En mi paso por Idipron he tenido la oportunidad

¹ El Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud (Idipron) es una entidad adscrita a la Secretaría Distrital de Integración Social de Bogotá. Como entidad encargada de ejecutar la Política Social de la ciudad, Idipron tiene la misión de proteger y garantizar el goce efectivo de los derechos de niñas, niños y jóvenes. Su énfasis histórico ha sido la población habitante de calle y habitante en calle. Así, "Idipron aporta a la reducción de la segregación social y al ejercicio de los derechos, a través del conocimiento, la educación y la transformación de las condiciones de vida de las niñas, niños, jóvenes y sus familias. Para esto desarrolla estrategias pedagógicas, artísticas, académicas y de emprendimiento, entre otras, que permiten la restitución de los derechos y su goce efectivo, cuando estos han sido vulnerados" (Idipron, 2014).

de ejecutar varios proyectos dirigidos a la niñez y la juventud, a la vez que desde mi rol de servidora pública he sido leída como joven y como cuerpo femenino.

Escribir una tesis es un ejercicio de poder y una forma de jerarquizar desde la academia. De igual manera, existe el peligro de romantizar y/o de apropiarse de las visiones de las personas menos poderosas, al mismo tiempo que se mira desde sus posiciones (Haraway, 1995, p. 328). Con esto quiero decir que escribir en nombre de otras ¡es también una actitud colonizadora!

Desde quienes narro son niñas y jóvenes entre los 13 y 26 años, que se han vinculado al Idipron a través de programas y proyectos. Su llegada al Instituto ha estado mediada por distintas razones y circunstancias, así como por la diversidad de formas de vivir la calle de acuerdo a identidades sexuales y de género: dedicadas al reciclaje, desescolarizadas, barristas, toxicómanas, madres, mujeres lesbianas y bisexuales, vendedoras ambulantes de dulces, cantantes en los buses, mujeres trans y hombres trans, jóvenes en ejercicio de prostitución, niñas explotadas sexualmente, jóvenes que parchan la calle con su grupo de amigas o amigos. Unas asisten a las Unidades de Protección Integral² (UPI/Unidad) y otras se benefician con programas en los territorios que habitan.

Los *cuerpos femeninos callejeros* han sido feminizados de manera violenta y sometidos a prácticas de discriminación a través de discursos que en algunos escenarios visibilizan el “ser mujer” y habitar la calle desde lo que se considera natural/innatural, mientras en otros se niega la posibilidad de pensarles desde la diversidad y complejidad de los contextos de calle, prevaleciendo una visión masculina hegemónica. La diferencia sexual opera como materialidad: el sexo se ha convertido en una tecnología para el control de los cuerpos, logrando que unos importen más que otros (Butler, 2005).

² Las Unidades de Protección Integral (UPI) son la infraestructura física con la que cuenta el Idipron para el restablecimiento de derechos de niñas, niños, adolescentes y jóvenes. Las UPI están divididas en internados y externados, allí se ofrecen servicios sociales de alimentación, salud y nutrición, cultura, recreación y deporte, derecho a la educación, generación de ingresos, emprendimiento y empleabilidad.

Dicha jerarquización la viví en 2011 sobre mi propio cuerpo cuando caminé la Localidad de Usme trabajando con parches de jóvenes, a los que se les denominaba “pandillas”. Al igual que lo hacían con las mujeres de su grupo, mi cuerpo (leído como femenino) fue subvalorado por los jóvenes frente a los de mis compañeros de trabajo; me miraban y me hablaban diferente, a menudo desde un ritual de conquista. Las chicas que fui conociendo y a quienes solía acercarme mucho más, me generaban interrogantes sobre lo que el Idipron les ofrecía para transformar sus condiciones de vida. En general, tanto a hombres como a mujeres, se les ofrecía asistir a una UPI e iniciar un proceso pedagógico dentro del Proyecto Trapecistas³, línea de trabajo que se conoció posteriormente como niñez y juventud habitante *en calle*.

En mi experiencia fui entendiendo que algunas mujeres no podían acceder a los servicios sociales que ofrecía el Instituto al interior de una UPI, debido a labores del cuidado –principalmente ligadas con la maternidad– que no les permitía abandonar el hogar, pero además no lograban desplazarse hasta la Localidad de Puente Aranda por su lejanía con los barrios donde ellas vivían. Es importante resaltar que hasta finales de 2012, el Idipron sólo contaba con un sitio en la ciudad de Bogotá para atender a *las* jóvenes “trapecistas”, mientras existían cinco Unidades para atender a *los* jóvenes “trapecistas”, y éstas se encontraban ubicadas en su Localidad de residencia. Además, los hombres contaban con rutas de buses que los trasladaba desde sus barrios hacia las UPI.

En 2012, el Equipo de Investigación del Idipron emprendió la reconstrucción de las memorias institucionales, haciendo un recorrido por la consolidación del Proyecto Trapecistas, e indagando por el inicio de la oferta dirigida a las mujeres en el año

³ El Proyecto Trapecistas focalizaba a jóvenes entre los 14 y 26, quienes vivían en barrios populares de la ciudad y permanecían en la calle junto a sus pares de amigos, denominándoles jóvenes vinculados a parches y/o pandillas. *Trapecista* era la categoría empleada en Idipron para explicar a la situación de jóvenes que caminaban por la “cuerda floja” y se encontraban en riesgo de convertirse en habitantes de calle. Como *trapecio* se conoció la edificación (UPI) que los acogía durante el día. La baja participación de las mujeres en los parches y pandillas juveniles justificó la falta de espacios de atención para ellas, a quienes en algunos momentos se les negó el ingreso al Idipron por no tener las mismas características de los hombres, invisibilizando su papel como sujetas activas dentro de los grupos juveniles.

2010, luego de que el origen de la atención a los hombres se remontara a 1996. Así, fuimos reflexionando dentro del equipo cómo en la institución se han invisibilizado las dinámicas de los cuerpos femeninos en la calle.

Esa idea se afianzó a lo largo de dicha investigación, fundamentalmente cuando indagamos sobre la experiencia de trabajo con mujeres en El Cartucho⁴ en los años ochenta, quienes fueron atendidas junto a sus hijas e hijos en una sala-cuna de la casa Bosconia. Sin embargo, a dicha experiencia no se le había dado el reconocimiento suficiente; muchas de las iniciativas desarrolladas ya se habían olvidado de la memoria institucional, algunas mujeres lideresas del proyecto ya no trabajaban en Idipron, y otras, pasaron a ejercer labores de oficina y archivo.

Aún así, Idipron conserva un trabajo con mujeres habitantes *de* calle. En 2013 decidimos trabajar como Equipo de Investigación en la única UPI que acoge a estas jóvenes. El proyecto de investigación sobre historias personales, presente en mi tesis, atravesó mi cuerpo y marcó el rumbo de mi problema de investigación. Reflexionaba entonces sobre la separación que se hace entre niñas y jóvenes habitantes *de* calle y habitantes *en* calle, sobre cómo los discursos de directivos y profesionales, y hasta de ellas mismas, plantean esa frontera que para mí no termina de ser clara, pero que tiene efectos materiales en sus cuerpos, en las normas para unas y otras, en los servicios sociales con los que cuentan, en la construcción de sus identidades sexuales y de género, y en la posibilidad de creer en que es posible cambiar sus realidades.

Es importante destacar que Idipron es la única institución del sector Integración Social que mantiene dicha separación, trasladándola al trabajo con niñas, niños, adolescentes y jóvenes. En los lineamientos de política pública sobre habitante de calle en Bogotá D.C. se reconoce la existencia de habitante *de* calle y habitante *en* calle, y cada *población* se define así:

⁴ El Cartucho fue el nombre que recibió el mayor lugar abastecedor de drogas ilícitas en la ciudad de Bogotá, estuvo ubicado en el barrio Santa Inés en la localidad de Santa Fé. Actualmente en este lugar se encuentra el Parque Tercer Milenio.

Habitante de calle: Es todo o toda ciudadano (a) que permanece en calle (al menos treinta -30- días continuos) o se ubica temporalmente en un lugar especial de alojamiento (instituciones privadas o públicas, paga diarios o lugares de consumo) y hace de la calle su espacio físico, social y cultural en donde solventa todas sus necesidades.

Habitante en calle: Es todo o toda ciudadano (a) que pasa la mayor parte de su tiempo en la calle, en riesgo inicial de hacer parte de la habitabilidad en calle y con quien se debe realizar un abordaje preventivo (Secretaría de Integración Social, 2012, p. 39).

Históricamente en Idipron, la categoría habitante *en* calle se ha homologado a la de “trapecista”, término que evade hacer mención a “pandillero-pandillera”, y que lleva a la vez inmerso un enfoque de prevención, evitando que más jóvenes se conviertan en habitantes *de* calle. No obstante, esto ha simplificado la discusión, limitándola a estereotipos y construyendo identidades a través de prejuicios frente a jóvenes que viven en barrios con altos niveles de pobreza.

La diferenciación institucional, lejos de explicar con detalle las problemáticas que viven los y las jóvenes de la ciudad, invisibiliza a los cuerpos callejeros dentro de un colectivo que se piensa y entiende como homogéneo. Además, estas categorías refuerzan la represión, justifican la muerte y logran generar atmósferas de miedo frente a quienes habitamos la calle.

Existen por tanto discursos que hacen necesario el control de un cuerpo social, de una población que amenaza a la sociedad en general. Para ello son necesarios dispositivos de control –individuales y colectivos–, que logren normalizar y disciplinar, claro está, sin desconocer la posibilidad de resistir de las y los sujetos. Además, el poder que se ejerce sobre los cuerpos femeninos callejeros está cargado de discursos reproductores del sistema sexo/género, que ubican lo femenino como algo carente de vida y de forma, que “no permite la noción del cuerpo femenino como una forma humana” (Butler, 2005, p. 92).

Si las referencias hacia las personas que habitan la calle siempre han sido de invisibilización como “humanas”, lo femenino como una no cosa permanente, que no puede nombrarse (Butler, 2005) es tan doblemente invisibilizado, que ni siquiera aparece como experiencia. Sin embargo, existen discursos acerca del

“ser mujer”, que ponen de relieve una lectura sobre los cuerpos y fijan identidades que condicionan la atención en los diferentes programas encargados de ejecutar la política social del Distrito.

Si bien el lenguaje produce subjetividades e identidades, y desde la academia marcamos los cuerpos a partir de un ejercicio de poder, deseo proponer la categoría *cuerpos femeninos callejeros*, planteando que en ella cabe pensar (nos) en la diversidad, y con la clara intención de investigar sobre la producción y construcción de los cuerpos, las subjetividades, las identidades –sexuales y de género– con una mirada sobre y desde *la calle*, que rompa con la distinción entre *de* y *en* calle. Esta nueva categoría también me permitirá observar el papel que desempeña la institucionalidad en la producción de imaginarios y representaciones sobre la pobreza, las familias, la niñez y la juventud que habita los territorios. Finalmente, “la teoría es lo que forma consciencia acerca del carácter discursivo de la realidad en cuanto realidad siempre intervenida por una construcción de pensamiento que la designa y por una organización de significados que la nombra” (Richard, 1996, p. 734).

Es importante dar cuenta de la diversidad de las mujeres como categorías identitarias, pero también de sus “múltiples combinaciones”, siendo diversas, relacionales y coyunturales. Y esto hace posible que dejemos de considerar a “las mujeres” como sujetas esencialistas y empecemos a incluir en los análisis las sexualidades no normativas y la transexualidad (Platero, 2002). Nombrar pasa por la mediación simbólica y lingüística de la palabra, rompe con la auto-presencia natural de la cosa; no nombrar la experiencia es renunciar a comunicar y transformarla en significado colectivo de transformación política (Richard, 1996).

El interés de esta investigación está centrado en los siguientes interrogantes ¿Cuáles son los discursos sobre los cuerpos femeninos callejeros en el marco de la política social del Distrito? ¿Cómo operan los dispositivos de normalización sobre los cuerpos femeninos callejeros dentro del Idipron? ¿Cómo se construyen

los géneros en los contextos de calle y cómo estas experiencias marcan a los cuerpos femeninos callejeros?

Durante el desarrollo de la investigación planteé como objetivo general analizar los discursos presentes dentro de la política social ejecutada por el Idipron, dirigida al control de los cuerpos femeninos callejeros, aportando a la construcción de una mirada con enfoque de género. Específicamente, me propuse: 1) Visualizar los dispositivos de estructuración de los géneros que operan dentro de los contextos callejeros y que (re) producen los cuerpos femeninos callejeros; 2) Estudiar los marcos institucionales de atención y los discursos oficiales del Idipron sobre las jóvenes habitantes *de* calle y habitantes *en* calle –“trapevistas” y/o “pandilleras”–; 3) Recoger experiencias diferenciales de jóvenes que han habitado la calle y que son atendidas en los diferentes proyectos del Idipron.

Elaborar formas locales de producción teórica, siendo la teoría un instrumento de formación y lucha intelectual para nosotras, hace que valoremos el conocimiento situado como la posibilidad de reinscribir algunos signos culturales, donde no se repita la censura que han traído siglos de dominación del logos masculino. Espero que quien me lea se involucre en esta experiencia corpórea, donde se pretende que otras voces no aparezcan mediadas por la ley hablada de la representación masculina, y desde la cual deseamos visibilizar la diversidad silenciada por “metanarrativas” (Richard, 1996). En palabras de Haraway:

Lucho a favor de políticas y de epistemologías de la localización, del posicionamiento y de la situación, en las que la parcialidad y no la universalidad es la condición para que sean oídas las pretensiones de lograr un conocimiento racional. Se trata de pretensiones sobre las vidas de la gente, de la visión desde un cuerpo, siempre un cuerpo complejo, contradictorio, estructurante y estructurado, contra la visión desde arriba, desde ninguna parte, desde la simpleza (Haraway, 1995, p. 335).

En este proyecto construimos conocimiento de manera colectiva, aquí no hubo objetos de investigación, todas fuimos sujetas de conocimiento, todas investigamos sobre nuestras experiencias, reflexionamos sobre nuestros cuerpos y fuimos conscientes de las transformaciones individuales y colectivas al interior

de una institución. Quisimos que fuese un diálogo constante de saberes, donde la voz, de quienes no hemos tenido la oportunidad de ser escuchadas, pudiese ser oída desde la multiplicidad de formas y relaciones que construimos en la ciudad.

En esta investigación prevalece el relato de cuerpos femeninos, a partir de ellos se construyen historias mientras se da significación a nuestras experiencias, emociones e interacciones sociales. Durante el proceso surgieron relatos en varias UPI del Idipron: La 32, Luna Park, El Oasis, Belén, La 27, Santa Lucía y Perdomo, así como en territorios como La Fiscala (Localidad de Usme) y el centro de la ciudad (Localidades de Santa Fé y Mártires).

La etnografía ha sido el método de investigación para el acercamiento de nuestros cuerpos desde las formas de vida. Así pues, comer, dormir, caminar, reciclar, jugar, bañarnos, conversar, cantar, dibujar, escribir, bailar, han sido actividades compartidas, a veces con hostilidad y otras con máxima complicidad. Los diarios de campo fueron la herramienta principal de esta investigación, y a partir de los cuales la cotidianidad ganó protagonismo desde las múltiples actividades de las que hice parte como integrante de distintos equipos de trabajo del Idipron. Estos diarios se sistematizaron a partir de categorías de análisis que respondieran a las preguntas y objetivos de investigación mediante el software Atlas Ti.

De igual manera, mapear las marcas corporales fue la intención de trabajar con cartografía corporal; a través de dibujos entendimos el cuerpo como una imagen, haciendo posible que construyéramos relatos sobre nuestras vidas y rescatáramos voces olvidadas e ignoradas. Los ejercicios individuales y colectivos, los recorridos en calle, los mapas andantes, las conversaciones informales, las entrevistas a profundidad y algunos talleres fueron la base de los relatos.

Las entrevistas con servidoras y servidores también cobraron valor como herramienta frente a indagaciones por los discursos institucionales sobre los cuerpos femeninos callejeros. Un interés adicional ha sido reflexionar sobre cómo se reproduce o no el sistema sexo/género dentro del Idipron y resignificar lo

femenino como apuesta política de transformación. Narrar desde el conocimiento situado permite reelaborarnos constantemente; en definitiva “hablar es siempre de algún modo el habla de un extraño a través de uno mismo y como uno mismo” (Butler, 2005, p. 339), es una interpretación que nos permite ser más conscientes, una construcción, deconstrucción y reconstrucción que puede producir modalidades alternativas de poder.

Para ir trazando nuestro recorrido propongo iniciar esta narración con la problematización de la política social del Distrito como tecnología para la subjetivación de los cuerpos, haciéndoles objeto de gobierno, es decir, se hablará de la producción de corporalidades. En este apartado encuentro cruces entre cuerpos callejeros, cuerpos juveniles y cuerpos femeninos, cruces entre sistemas de opresión soportados en discursos con efectos de verdad; estos discursos se insertan en los instrumentos de política pública distrital a través de prácticas de control y normalización de los cuerpos.

El estudio sobre los discursos productores de prácticas al interior de la política se hará con la mirada centrada en el Idipron, instituto que trabaja con niñez y juventud en condiciones de vulnerabilidad, a la luz del marco institucional encabezado por la Secretaría Distrital de Integración Social (SDIS) en términos de lineamientos de política para habitante de/en calle. Aquí el foco es la construcción de los cuerpos femeninos callejeros en distintos momentos históricos y pensar en género los proyectos de atención dirigidos a sujetos objeto de la política.

Y como el propósito de esta investigación ha sido la construcción colectiva de conocimiento, reconociendo todos los saberes y visibilizando los relatos sobre los cuerpos femeninos: los míos, los de quienes trabajan en los distintos espacios institucionales y los de quienes se vinculan a los programas y proyectos del Idipron, se han dedicado dos apartados para poner en escena nuestros saberes y experiencias. Esperamos al final entablar un diálogo entre los múltiples relatos que

permita (re) pensarnos y (re) hacernos en la cotidianidad, siendo ésta el escenario de lucha y transformación de las relaciones de poder.

Con nuestras experiencias corporeizadas, en las conclusiones se rastrearán las marcas que dejan los dispositivos sobre nuestros cuerpos; allí se ubicará el análisis del Idipron desde una perspectiva teórica, siempre en conversación con las realidades que construimos a través del lenguaje y que materializamos en los servicios sociales. El propósito es aportar una mirada compleja sobre los cuerpos callejeros en la ciudad de Bogotá, brindando recomendaciones desde ésta, nuestra investigación.

1. DEL CUERPO SOCIAL AL CUERPO FEMENINO CALLEJERO, BIOPOLÍTICA Y SISTEMA SEXO-GÉNERO

"A ti te enseñan a sentir vergüenza, como te enseñan muchas cosas en la vida" (Garick, 2013)

El Estado construye formas de inclusión-exclusión a partir de *relaciones de poder* presentes de modo reticular en todos los escenarios de la vida social, pues el poder no está localizado únicamente en el aparato estatal (Foucault, 1992). El poder está en todas partes, viene de todas partes, se ejerce a través de relaciones móviles y no igualitarias, se ejerce con intenciones, miras y objetivos, es un campo estratégico. Las relaciones de poder están inmersas en todo tipo de relaciones y por ello el poder no es sólo negativo o privativo, sino que cumple un papel productor (Foucault, 2000, pp. 112-113).

El poder tiene efectos performativos en la producción de realidades, los cuales marcan las formas de subjetivación y socialización que nos identifica y nos diferencia. Las relaciones de poder atraviesan nuestros cuerpos, siendo el cuerpo un texto visual sobre el que se imprimen discursos e imágenes producto de construcciones culturales condicionadas y con connotaciones políticas. "Nada es más material, más físico, más corporal que el ejercicio del poder" (Foucault, 1992, p. 105), pues el poder se ha introducido en el cuerpo y allí se encuentra expuesto.

Con el fin de regular las relaciones cotidianas y de producir efectos de verdad, el Estado racionaliza los recursos de poder, dando sentido a sus acciones a partir de una economía política del poder y de un modo de hacer. La política social es una tecnología del poder que permite optimizar los recursos del poder del Estado, y por medio de la cual se ha logrado el perfeccionamiento de su soberanía biopolítica. La política social plantea la intervención del Estado frente a una problemática específica y para ello selecciona a un sector de la población por medio de la focalización. Desde mi quehacer cotidiano, he logrado entender que el objetivo de la política social son los sujetos de la política social, es decir, el

gobierno de la *población*: un cuerpo social que se objetiva volviéndose un dato, un campo de intervención, un fin de las técnicas del gobierno.

Uno de los discursos que prevalece en el diseño de políticas y programas sociales es la focalización de la pobreza, que ha llevado a una visión dicotómica asistencia/represión, en la cual la pobreza se convierte en un peligro social y político⁵ que requiere rehabilitación. A su vez, el asistencialismo genera dependencia y la población (cuerpo social focalizado) se apropia de ese estigma y forma de vida. Por ello se dice que la política social se queda en la periferia y en los sectores marginales, brindando bienes básicos para quienes no tienen cómo pagar, convirtiéndose en una política residual. Esta lógica es coherente con el modelo de Estado neoliberal y logra que los pobres se vean como pobres y se comporten como tal.

La política social se sustenta también en una noción de corresponsabilidad en el marco del consumo capitalista; desde allí por ejemplo, los *cuerpos callejeros* se catalogan como cuerpos inempleables, pues no compiten en el mercado y no representan inversión en capital humano ni capital social. Es a través de los dispositivos de normalización que se pretende hacer a la gente empleable, y más a aquella gente que ha caído al “agujero”, porque afectan el proceso de trabajo y los niveles de producción (Tejeda, 2010, p. 30).

De igual manera, existe una economía política de la producción social de la juventud como una visión reducida de las y los jóvenes que se limita a la vulnerabilidad y a lo potencialmente peligroso, sustentado principalmente en la pobreza. Los *cuerpos juveniles* son leídos desde el discurso de la focalización con enfoque de riesgo, instalando saberes-poderes en el aparato del Estado y justificando la existencia de técnicas de normalización de sus prácticas, entre ellas permanecer en la calle y consumir drogas.

⁵ El peligro se sustenta en el miedo, siendo necesario detectarlo para oponerse a él.

Las intersecciones entre cuerpo callejero y cuerpo juvenil me dan la entrada al Idipron. Sin embargo, no es allí donde deseo situar el análisis. Pensar en el cuerpo femenino y sus cruces con lo callejero-juvenil, me permitirá ubicar el foco en la producción de *cuerpos femeninos callejeros*, al interior de la entidad encargada de la atención a la niñez y la juventud de Bogotá. Esto implica desmitificar la homogeneidad y a la vez proponer diversidad de cruces a partir de un enfoque de *interseccionalidad*⁶. Así pues, edad, etnia, raza, sexo, género, clase social, serán sistemas de opresión a tener en cuenta dentro de los análisis.

Optar por esta mirada fue una decisión nuevamente atravesada por mi experiencia corporal porque “la biopolítica se mueve y oscila desde la demografía hasta la existencia íntima y personal” (Tejeda, 2010, p. 29). En 2011 yo hice parte de una propuesta piloto de trabajo en territorio, la cual pretendía aumentar la cobertura de los programas para jóvenes “trapecistas”, quienes ya no asistían masivamente a las UPI del Idipron. Desde entonces empezó a inquietarme la producción de cuerpos sociales y “perfiles” que debían ser cooptados y atendidos como respuesta a demandas de la administración distrital; es decir, el aparato estatal construyó nuevos sujetos de intervención de la política, focalizando nuevas formas de vida y de gobierno para quienes aún no se institucionalizaban en el escenario de ciudad. Con el tiempo han aparecido otras poblaciones, sin que se adopte una mirada interseccional sobre ellas.

Considero que es a partir de la biopolítica que puedo dar cuenta de la producción de sujetos desde la política social y sus discursos legitimadores, como “revelamiento exhaustivo de la población por un poder político, cuyas ramificaciones capilares llegan sin parar hasta el grano de los individuos mismos, su tiempo, su vivienda, su localización, su cuerpo” (Foucault, 2011, p. 54). La institucionalización produce un sistema para leer los cuerpos y desde donde se administran sus imágenes a partir de la codificación o de la producción mediada.

⁶ Entiendo por interseccionalidad una lectura cruzada de diferentes formas de opresión sobre las y los sujetos, que operan de manera simultánea.

Es mi deseo también partir desde una perspectiva de género, entendiendo género como una relación social, una representación con implicaciones sociales y subjetivas sobre los cuerpos, que se produce tanto en los aparatos ideológicos del Estado como en la academia, la comunidad intelectual, las prácticas artísticas, las teorías radicales, etc. (De Lauretis, 2004). Y definiendo el sistema sexo/género como un sistema de representación basado en la oposición rígida y conceptual de dos sexos que se asumen biológicos.

1.1 CUERPO SOCIAL Y BIOPOLÍTICA

Cuando la población se convierte en sujeto de la política social, estoy pensando en los sujetos como *sujetos sujetos*, sujeto y objeto a la vez de unos nodos de poder (instituciones) que forman y normalizan sus conductas para la consecución de fines. Y es así como se construye la subjetivación a través de la objetivación de la política. El sujeto de la política se convierte en “el objeto de una tecnología y un saber de reparación, readaptación, reinserción, corrección” (Foucault, 2011, p. 34).

Hablar de la *población* implica hablar de intervenciones concertadas que el Estado pretende dirigir y perfeccionar, pues su preocupación es afirmar y aumentar su poder manteniendo el orden. La idea de gobierno, como gobierno de la población, planteó la necesidad de contar con una sociedad disciplinada, a través de la triada soberanía, disciplina y gestión gubernamental, cuyo interés fue el control de la población por medio de dispositivos de normalización y de seguridad⁷. El cuerpo de la sociedad es un cuerpo que hay que proteger, y por ello existen dispositivos de selección de los “normales” y los “anormales” (Foucault, 1992, p. 109). Para ello es necesario inmiscuirse en la vida de las otras y los otros, de su salud, alimentación, vivienda y su sexualidad, a través de micro-poderes.

⁷ Los dispositivos cumplen con la misión de controlar y evitar los peligros originados en el propio cuerpo social, es decir, una “guerra social interna”.

La vida es el objeto de la policía⁸; es el lugar en el cual se inscribe la biopolítica como regulación por parte del Estado de una sociedad afectada por procesos vitales. Así, el biopoder tiene el propósito de mantener la seguridad, produce formas de vida por medio de la intervención en las condiciones de la vida misma, buscando modificarlas e imponerles normas, y ejemplo de ello son los programas sociales que pretenden el control de la población habitante en/de calle.

La biopolítica, como régimen de administración de las formas de vida, requiere del despliegue de *discursos* que producen realidades y prácticas sobre cómo debe ser un cuerpo. Y vale la pena preguntarse “¿De qué cuerpo tiene necesidad la sociedad actual?” (Foucault, 1992, p. 106). Así mismo se establecen cuerpos femeninos a partir de prácticas reiteradas y ritualizadas; analizar la tecnología de poder que utiliza esos discursos e intenta hacerlos funcionar (Foucault, 2011, p. 28) es entonces uno de los retos de ésta investigación.

Existe un poder regulador que produce a los sujetos que controla, un poder que es productivo, y no sólo represivo, un poder de normalización de la sexualidad; recordemos que “la política poblacional lleva a las políticas sexuales de la inhibición, la represión y la contención de los impulsos carnales” (Tejeda, 2010, p. 31). Por supuesto, donde hay poder hay resistencia, y la resistencia reconoce lo político institucional y reacciona planteando alternativas (Foucault, 2000). Las prácticas de resistencia nos permiten ampliar las experiencias de placer de nuestros cuerpos y encontrar otras posibilidades como propuesta política frente al interrogante de: cómo operan estos dispositivos que están disciplinando. Es así como encontramos la posibilidad de puntos de fuga, de escenarios que escapan a los dispositivos de normalización y control establecidos, que como campo estratégico de lucha debe promover otras formas de ver y decir.

⁸ La policía, siendo una tecnología de las fuerzas estatales, se ocupó de instrucción de niños y jóvenes, caridad de pobres sanos y enfermos, del mercado, los comerciantes, la propiedad y los bienes del rey; así pues medió la relación del hombre con el Estado, tuvo una utilidad estatal para medir cantidad, necesidades, salud, evitar el ocio, regular la circulación de mercancías, etc.

Insistir en la forma en cómo se nombra es cuestionar la transferencia de “verdades” naturales a los cuerpos (Richard, 1996). Creo que una tarea del feminismo es rebatir la metafísica de una identidad originaria, fija, permanente, que liga el signo “mujer” a esencialismos, que frustra todo impulso transformativo. Un acercamiento a los *cuerpos femeninos callejeros*, desde un enfoque de género, hace posible comprender la producción de los cuerpos desde el ideal regulatorio del sexo y sus dispositivos de normalización; también nos obliga a pensar en *cuerpos abyectos*, como aquellos que rompen con la norma, abriendo posibilidades de transformación, y sin quedarnos en la simpleza de hablar de “las mujeres” que habitan la calle.

1.2 EL SISTEMA SEXO/GÉNERO Y LA PRODUCCIÓN DE CORPORALIDADES

El sexo y el género no pueden leerse por separado, sino que ambos son construcciones culturales, sociales y políticas. El cuerpo no es pasivo ni anterior al discurso, no es indiferente a la significación; hacemos construcciones del cuerpo con género a través de exclusiones y negaciones, ausencias y significantes, el cuerpo es la superficie cuya permeabilidad está políticamente regulada por la jerarquía de géneros y por la heterosexualidad obligatoria; hay una matriz de inteligibilidad heterosexual que establece una continuidad entre sexo, género, deseo y práctica sexual (Butler, 2007).

El género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente, es más bien el conjunto de efectos producidos en y sobre los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, nos dice cómo debemos ser y actuar. Es el uso de una compleja tecnología política que demanda diferencias entre sujetos masculinos y femeninos en los discursos y prácticas (De Lauretis, 2004). Estas diferencias las experimentamos de manera corpórea en todos los escenarios cotidianos, y al habitar la calle somos leídas y leídos desde el género.

A partir de las relaciones de género se imponen roles, comportamientos, formas de hablar, de mirar, de vestir, y se cuestiona a quienes no cumplen la norma. Siguiendo a Judith Butler (2005, p. 25), estamos sujetos al género, pero subjetivados por el género; “podemos sugerir que los cuerpos sólo surgen, sólo perduran, sólo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas, reguladas en alto grado generizadas” (Butler, 2005, p. 14). No podemos desconocer que existen “marcas de identidad ‘masculina’ y ‘femenina’ que la cultura sobreimprime sobre los cuerpos ‘hombre’ y ‘mujer’, obligándolos al calce anatómico para justificar –sustancialmente– la fijeza de las marcas de identificación sexual” (Richard, 1996, p. 734). Lo que queda fuera del *discurso* quiebra y desestabiliza, por ello debemos apostarle a movilizar la noción de género a través de desmontajes teóricos que muestren cómo la noción ha sido moldeada por convenciones ideológicas y culturales, y reelaborar nuevas marcas de identificación sexual con combinaciones más abiertas.

El interés de controlar y normalizar los cuerpos y las pasiones tiene puntos de fuga. Los cuerpos tienen la capacidad de parodiar esa construcción y los géneros no pueden ser ni verdaderos ni falsos, sino que sólo crean efectos de verdad en el discurso (Butler, 2007). Pensar la materialidad de los cuerpos femeninos, y su construcción desde el sistema sexo/género, nos remite a los *discursos* que tienen “poder para producir efectos de verdad a través de la reiteración” (Butler, 2005, p. 45). Y por supuesto algunos de estos efectos del discurso son dolorosos, pues ¡allí está la práctica significativa!

La experiencia como expresión de la subjetividad cambia y es reformada en forma continua. Partir de las *experiencias* pone en tensión identidad, diferencia, texto y representación, y permite transformar la realidad dada como natural. Recurrir a las experiencias de cada persona en situación subjetiva y contextual, develando el posicionamiento del sujeto, desplaza normas culturales y re-articula procesos de actuación y de lucha.

Recoger las experiencias de los *cuerpos femeninos callejeros* deberá ser un ejercicio doblemente descolonizante de liberación de prejuicios sexuales y de mutilantes dependencias culturales (Richard, 1996). Es un vaivén entre representación del género y lo que la representación deja por fuera, lo que hace irrepresentable dentro del espacio discursivo y fuera del espacio (en otro lugar de los discursos), lo que es generado allí en otro lugar (De Lauretis, 2004).

Reconozco que el cuerpo se construye mediante rutinas aprendidas y comportamientos interiorizados, que se inscriben en la piel, en los movimientos, que requieren de una naturalización a partir de una tradición (Lizarazo, 2009, p. 37), finalmente “las prácticas corporales son al mismo tiempo causas y efectos de discursos” (Lizarazo, 2009, p. 33). Sin duda, nada del cuerpo femenino es “natural”, sino que todo son construcciones que se clasifican como femenino (Lizarazo, 2009). Si bien esta clasificación corporal se ha naturalizado, no es inmutable, no hay una esencia de lo femenino.

Remitirse al cuerpo permitirá dar cuenta de las inscripciones simbólicas que naturalizan las prácticas corporales femeninas, remitirse al cuerpo es cuestionar la obligatoriedad de las prácticas femeninas y develar la manera en que son construidas sobre y para este cuerpo categorizado y normalizado (Lizarazo, 2009, p. 8-9)

Si bien *lo femenino* es una categoría que ha normalizado históricamente los cuerpos a través del despliegue de discursos sustentados en ideales regulatorios del sistema sexo/género, cargándolos de significados, roles y comportamientos socialmente aceptables, no se puede entender como cuerpo anterior al verbo pre-cultural, pues negaría cualquier forma de re-articular discursivamente y transformar críticamente los signos hablados por las instituciones de la cultura (Richard, 1996). *Lo femenino* no es contenido de identidad ya formado, sino más bien es una posición crítica que interroga los mecanismos de construcción de sentido e identidad.

Entender *lo femenino* como proceso, y no como “las mujeres”, pretende ampliar la mirada y hablar también desde construcciones corporales diversas (lesbianas,

bisexuales, transgeneristas), que se desmarcan de la heterosexualidad obligatoria, pero que la tienen siempre presente como modelo hegemónico de relacionamiento intersubjetivo. Pensar el *cuerpo femenino* en permanente construcción, nos lleva a entender su artificialidad y a reafirmar que no hay entidades inmutablemente fijas que definan caracteres determinados. Los efectos del lenguaje recaen sobre el cuerpo, en un ir y venir entre la producción discursiva y la producción corporal.

Y contra aquellos que pretenden afirmar que la materialidad irreductible del cuerpo es una condición previa y necesaria para la práctica feminista, sugiero que esa materialidad tan valorada bien puede estar constituida a través de una exclusión y una degradación de lo femenino que para el feminismo es profundamente problemática (Butler, 2005, p. 56)

Pensar el sexo como determinante es limitarnos a una construcción alternativa y revolucionaria de los cuerpos femeninos. Aunque nuestra sociedad sigue operando bajo esquemas binarios, sustentados en la diferencia sexual e instaurando una especie de naturaleza, “la diferencia sexual nunca es sencillamente una función de diferencias materiales que no estén de algún modo marcadas y formadas por las prácticas discursivas” (Butler, 2005, p. 17), las diferencias sexuales son indisociables de las demarcaciones discursivas que se fundan en el masculinismo y la heterosexualidad obligatoria, donde no hay cabida para el lesbianismo y el travestismo.

El sexo como ideal regulatorio que controla los cuerpos, que se materializa⁹ dando validez o no a los cuerpos, siempre encontrará resistencias: la materialización no es completa, hay cuerpos que nunca acatan las normas y que por el contrario le apuestan a una re-materialización y rearticulación. Mientras que hay sujetos que importan porque materializan la norma, hay otros que no cumplen la norma; a estos se les denomina “seres abyectos” (Butler, 2005) y no son considerados sujetos, pero hacen parte del exterior que constituye el campo de los sujetos. Lo abyecto es la zona de los “invivibles” e “inhabitables”, “zonas de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de

⁹ Materializar el sexo del cuerpo es consolidar el imperativo heterosexual, implica darles forma humana desde una inscripción corporal inteligible.

los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo invivible es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos” (Butler, 2005, p. 20). Esto es lo que justifica la existencia de dispositivos de control y seguridad sobre las y los “anormales”.

Tenemos entonces que la biopolítica como soberanía del Estado pretende la administración de las formas de vida por medio de la producción de cuerpos normalizados. A su vez, la construcción de cuerpos mediante actos reiterados y prácticas discursivas del sistema sexo/género nos han marcado como diferentes. Así, los *cuerpos femeninos callejeros* se han vuelto ininteligibles y se cuestionan con mayor fuerza que otros cuerpos callejeros.

Si se amplía y complejiza la mirada sobre lo femenino callejero podrán lograrse recomendaciones frente a los programas de atención, así como tener presente otras problemáticas que no se contemplan dentro de la actual oferta institucional. También es importante cuestionar la mirada que desde los prejuicios y los estereotipos se les impone a quienes se vinculan al Idipron, cargas y *marcas corporales* que no permiten pensar cuerpos diversos ni mecanismos de transformación de realidades.

1.3 CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS: ¿UNA NUEVA CATEGORÍA?

La intención de proponer una nueva categoría está mediada de nuevo por experiencias personales –como servidora pública y reproductora de las prácticas institucionales–, las cuales me llevaron a cuestionar la obligatoriedad de las prácticas femeninas y más bien mostrar la manera en que son construidas otras prácticas por y desde los cuerpos. Para mí los *cuerpos femeninos callejeros* son cuerpos que han sido inscritos de manera violenta en *lo femenino* –por el aparato ideológico del Estado– y determinados por el sistema sexo/género. A estos cuerpos se les cuestiona no cumplir con los roles socialmente asignados dentro de

la separación binaria (hombre/mujer), y al estar *marcados* por la calle, son leídos como cuerpos que no deberían existir.

Los *cuerpos femeninos callejeros* son cuerpos que trasgreden el orden establecido para “las mujeres” como esencia, para un “ellas” y “nosotras” al que se nos fija identidad. La categoría no pretende ser un eufemismo a la de "mujeres habitantes de/en calle". Aquí se reconoce la existencia de cuerpos diversos que no responden a perfiles, definiciones o categorizaciones institucionales, como forma de cumplir requisitos y hacer parte de un programa social.

A través de ésta categoría se procura críticamente dar cuenta de las formas en que son marcados y leídos los cuerpos como femeninos al habitar la calle de múltiples maneras: parchando, reciclando, trabajando en los buses, en ventas ambulantes, robando, farriando/rumbeando, ejerciendo la prostitución, vendiendo “vicio” (sustancias psicoactivas), caminando, fumando, drogándose. La idea es mapear diversos cuerpos y múltiples formas de vivir en esos cuerpos, sin limitarnos a las categorías normalizadas en/de calle.

En esta investigación quiero atreverme a decir que para la institucionalidad, los *cuerpos femeninos callejeros* son cuerpos abyectos, cuerpos que rompen con los límites de la categoría en la que fueron inscritos, exponiendo que lo femenino no es más que una construcción artificial. Por tal razón, sobre ellos siguen operando clasificaciones y jerarquizaciones que justifican técnicas de intervención muy específicas por parte del aparato de Estado.

Estos cuerpos son subjetivizados/objetivizados por la política social, han sido feminizados de manera violenta como imágenes de lo invivible y lo inhumano. Dentro las prácticas discursivas institucionales y la oferta de servicios sociales, estos cuerpos se han generizado bajo regímenes del deber ser de lo femenino, desde los cuales lo femenino se entiende como cuerpo anterior –no como proceso–, donde la diferencia sexual marca corporalidades y se impone en la lectura de subjetividades.

En la construcción de la categoría, *la calle* sugiere la abyección de estos cuerpos. “La calle es el mundo de lo imprevisto, de lo accidental y lo pasional, en tanto que la casa remite a un universo controlado donde las cosas están en su debido lugar” (Da Matta citado en Fuller, 1995, p. 250). La calle cuestiona lo femenino como inscripción corporal dotada de significados y nos lleva a pensar en cuerpos que deben ser corregidos para que cumplan con la norma y sean valorados como lo que deberían ser: cuerpos femeninos.

El reto entonces es la politización de la abyección, la posibilidad de “expandir la significación misma de lo que en el mundo se considera un cuerpo valuado y valorable” (Butler, 2005, p. 47). Los *cuerpos femeninos callejeros* deben empezar a tener voz, de otro modo “¿Cómo se explica que aquellos que fueron expulsados, los abyectos, lleguen a plantear su reivindicación a través y en contra de los discursos que intentaron repudiarlos?” (Butler, 2005, p. 315)

¿Cómo podemos entonces imaginar un escenario para que otros cuerpos empiecen a importar y se consideren estilos de vida iguales a “vidas”? (Butler, 2005, p. 39). Siguiendo a Donna Haraway (1995), “necesitamos el poder de las teorías críticas modernas sobre cómo son creados los significados y los cuerpos, no para negar los significados y los cuerpos, sino para vivir en significados y en cuerpos que tengan una oportunidad en el futuro” (p. 322).

Con esta nominación pretendo re-significar los cuerpos sobre los que recaen los discursos del sistema sexo/género y del gobierno de las formas de vida, la biopolítica. Tengo la firme intención de pensar (nos) en la diversidad y de investigar sobre la producción y la construcción de los cuerpos femeninos con una mirada sobre y desde la calle, sin supuestos negativos que cuestionan a las niñas y las jóvenes. Esta nueva categoría me permitirá observar el papel que desempeña el aparato estatal en la producción de cuerpos, porque los *cuerpos femeninos callejeros* se producen por prácticas discursivas, su materialidad está atravesada por una construcción que deja *marcas corporales*.

2. DISCURSOS Y PRÁCTICAS FRENTE A LO FEMENINO CALLEJERO EN LA POLÍTICA SOCIAL DE BOGOTÁ¹⁰

*"Me reprimes al ENSEÑARME
la PALABRA libertad" (Garick, 2013)*

El estudio de los discursos sobre los *cuerpos femeninos callejeros* en la política social distrital me remite a pensar la construcción de lo femenino callejero en distintos momentos históricos de la ciudad, así como a mirar con lente de género los proyectos de atención dirigidos a las y los sujetos/objetos de la política. Las relaciones de poder atraviesan nuestros cuerpos, el cuerpo es un texto visual sobre el que se imprimen discursos e imágenes, como resultado de construcciones culturales con connotaciones políticas.

El discurso produce realidades que se trasladan a nuestras prácticas cotidianas. Lo femenino es construido a través de prácticas discursivas que transfieren a los cuerpos imaginarios y representaciones sobre sexo/género, cargándolos de esencialismos y naturalizando sus conductas. Existen discursos acerca del “ser mujer”, que ponen de relieve una lectura sobre las y los sujetos, que fijan identidades y determinan la política social del Distrito. Quiero resaltar el papel productor del discurso institucional al construir cuerpos con género a través de exclusiones y negaciones, ausencias y significantes, mostrándonos que el cuerpo no es pasivo ni anterior al discurso, pues la materialización de los cuerpos sólo es posible a través de prácticas reiteradas.

La aparición y desaparición de “perfiles” o enfoques en las políticas públicas de Bogotá han posibilitado el juego entre cuerpo y lenguaje. El proceso de construcción de los cuerpos sujetos/objetos de política ha sido cambiante a lo largo de las memorias institucionales. Mi interés es que el lector y la lectora tengan

¹⁰ El Distrito no cuenta con una política pública para habitante de/en calle. En este apartado, entiendo por política social a los lineamientos de la Secretaría Distrital de Integración Social (SDIS), los programas y los proyectos del Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud (Idipron) que centran sus objetivos en la atención a la población habitante en/de calle de la ciudad de Bogotá.

presente que lo que se señala en este capítulo intentará dar cuenta de momentos históricos para la ciudad, con la mirada siempre puesta sobre lo femenino callejero. Presentaré de manera breve la historia del Idipron, analizada desde una perspectiva de género, que me permita estudiar los discursos con efectos de verdad que se han construido y han marcado los cuerpos.

Entre 1967 y 2014 las distintas formas de nombrar han construido problemas sociales en momentos determinados: niños “gamines”, mujeres=madres de “gamines”, niñas y mujeres de El Cartucho, jóvenes “trapecistas” y/o “pandilleros” de barrios populares de Bogotá, niñas y niños en condiciones de “fragilidad social”, jóvenes “trapecistas” y/o “pandilleras”, habitantes *de* calle y habitantes *en* calle; así como actualmente se propone el trabajo con colectivos de jóvenes y se producen nuevas corporalidades que ya no caben dentro de las categorías normalizadas.

La presencia de las niñas y las jóvenes en la calle nunca ha sido significativa en términos porcentuales, pero se ha transformado en la medida que han cambiado las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad colombiana. El juego visibilidad/invisibilidad de los cuerpos femeninos en la calle está marcado por intereses de control, de acuerdo con la racionalidad del Estado, a la vez que ha sido dinámico en la incorporación de problemáticas emergentes, con nuevas formas de leer las realidades por las que atraviesan la niñez y la juventud.

2.1 LA MUJER, EL HOGAR Y LA FAMILIA EN LAS EXPERIENCIAS DE NIÑOS “GAMINES”

Desde los años cuarenta se discutía en Colombia sobre cómo organizar la atención a los niños de la calle. El discurso que predominaba en aquella época hacía énfasis en la irresponsabilidad y desintegración de la familia. Cuando se creó el Idipron (1967), aún el país no contaba con mecanismos para atender de manera integral a la infancia, no se había creado el Instituto Colombiano de

Bienestar Familiar (ICBF), ni se sabía tratar el problema de la niñez en calle. Tampoco existía una mirada desde el derecho, y la única mención a la infancia en los planes de desarrollo aducía a la salud. Recordemos que:

Antes del siglo XX, los niños y niñas fueron prácticamente ignorados por el derecho en el mundo, hasta el punto de ser casi antinómicos en la tradición jurídica los términos derecho y niñez. Se protegían sólo las facultades –por lo general muy discrecionales- de los padres y de los jueces. Los intereses de los niños y las niñas eran un asunto privado, que quedaba por fuera de la regulación de los asuntos públicos (Durán, 2007, p. 41).

Idipron fue un proyecto importado de Italia, que proponía un modelo integral y estaba encabezado por un sacerdote salesiano, al que se le brindó total apoyo y autonomía. El Instituto fue creado por medio del Acuerdo 80 de 1967, en un escenario donde aún el gobierno no lideraba asuntos de asistencia social de manera independiente a las instituciones eclesásticas. Predominaba una visión desde la caridad cristiana católica, que luego con el trabajo liderado por el padre Javier de Nicoló¹¹ se instaló en el aparato de Estado, dando paso al gobierno de la población a través de la oficina de Protección y Asistencia Social de Bogotá.

Igualmente, surgió la necesidad de investigaciones sobre los niños de la calle con el objetivo de “estudiar los problemas callejeros que inciden en la niñez como son: el gaminismo, la droga, la prostitución y corrupción infantil” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1986). Los “gamines” se convirtieron en un problema social y político, e Idipron, también conocido en sus inicios como Programa Bosconia, se planteó como un proyecto educativo, dentro del cual la pedagogía fue una tecnología para el disciplinamiento de los cuerpos de niños “gamines” con alta presencia en la ciudad de Bogotá en los años setenta y ochenta. Así se definió por ese entonces al Instituto:

IDIPRON es una Entidad que atiende con exclusividad a los niños de la calle, comúnmente llamados "Gamines". Estos menores necesitan de un sistema especial que se puede resumir en las siguientes consignas: profundo respeto a la libertad del niño, dinámica grupal, ambiente esmeradamente limpio y acogedor, métodos autoactivos, terapia ocupacional y sobre todo, promoción de la autogestión educativa que permita la

¹¹ Javier de Nicoló es un sacerdote salesiano, nacido en Bari (Italia) en 1928. A sus 18 años se vinculó a la comunidad salesiana y en 1948 llegó a Colombia.

participación y la corresponsabilidad del mismo asistido en el proceso educativo (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1986).

La libertad y el afecto fueron los principales valores del Programa. Ganar la confianza y la amistad del niño, mediante un ejercicio de poder que se proponía horizontal, lograba con mayor eficacia que el disciplinamiento del cuerpo fuera interiorizado por su propia voluntad. Lo anterior se sustentaba en las transformaciones de la escuela y la apropiación de la categoría infancia en el siglo XX; Saldarriaga y Sáenz (2007) presentan el “modelo de enseñanza simultánea”, y consideran que “desde este nuevo horizonte, el autogobierno infantil se definía como ‘amor al bien’, la obediencia buscada no era ya la sumisión a un orden exterior, sino la aceptación de la ley a partir del interior” (p. 401).

Eran los “gamines” quienes pedían ser recibidos. Por tanto, el Programa debía ser atractivo ante los niños: la fiesta, la música, el arte y lo lúdico desempeñaron un papel fundamental en la motivación y la vinculación de la población callejera, cuyo propósito era “ganarse al niño mediante un ambiente acogedor, amable y alegre” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1986), para luego establecer normas de regulación frente a las drogas, el alcohol y la sexualidad. La pedagogía como tecnología desarrolló discursos sobre los “gamines”, allí la educación debía centrar su interés en problemas vocacionales que le permitieran al niño integrarse socialmente por medio de la vinculación al mundo del trabajo¹².

Idipron tomó postulados de la educación popular para acercarse a los niños “gamines” y proponer una comunidad de educadores callejeros que tuvieran en cuenta los saberes de los niños con el fin de persuadirlos e “inducirlos” a cambiar su estilo de vida mediante la participación a todo nivel del educando, que se denominó “educación nueva” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1967).

¹² Durante las etapas del proceso en Idipron, el niño debía aprender a conseguir gratificaciones tanto morales como monetarias (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1986), basadas en la educación salesiana de San Juan Bosco, sacerdote que desarrolló el sistema preventivo para la formación de los niños y jóvenes en el trabajo.

Si bien se pretendía que los niños recibieran una educación personalizada y llena de afecto, Idipron no surgió desde una perspectiva de respeto y garantía de los derechos de los niños, pues el reconocimiento del niño como sujeto activo de derechos no existía como discurso. Más bien, el niño era un adulto pequeño, que debía aprender a trabajar y a ganarse el dinero de manera decorosa. El derecho a la protección del niño tampoco prevalecía y la permanencia en el programa era una decisión voluntaria que debía tomar el niño, motivado para el cambio.

Desde una perspectiva de género podemos decir que la mirada sobre el problema social era absolutamente masculina, la categoría niño se convirtió en universal, es decir, Idipron surgió como un proyecto patriarcal¹³. Las niñas “gaminas” no aparecían, y cuando aparecieron, eran la hermana, la prima, la pareja o la amiga del “gamín”. La necesidad de atenderlas surgió porque había niños que pedían que ellas fueran llevadas con ellos. Como diría Simone de Beauvoir, “la humanidad es macho, y el hombre define a la mujer no en sí misma, sino con relación a él, no la considera como un ser autónomo” (2012, p. 18). Desde sus inicios, la construcción de lo femenino callejero estuvo ligada a lo masculino; las niñas y las mujeres existieron a partir de los cuerpos que sí le importaban al Instituto, es decir, por medio de los niños “gamines”.

A partir de los ochenta, Idipron planteó la atención de “niños de ambos sexos” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1986). A las niñas se les albergó en el convento Camarín del Carmen y en La Casa de las Niñas, sitios dirigidos por monjas salesianas. En esos lugares siempre se tuvo la intención que ellas fueran unas “verdaderas señoritas”; allí las manualidades, la cocina, la costura y la belleza fueron las técnicas principales para su disciplinamiento corporal, “que supieran coser, que supieran lavar bien su ropa, que plancharan, sólo se dedicaban al hogar. Pero el padre Javier también dijo: no, es que sólo esta parte no hay que

¹³ “El patriarcado es un sistema de pactos entre hombres para asegurar su dominio sobre el conjunto de las mujeres” (Amorós, 1994, p. 15).

darle a la mujer, entonces se preocupó por lo artístico, la música, la parte musical, quiso darles una formación integral” (Espinosa, 2014, 1 de abril).

Algunas niñas eran encontradas en los parches y camadas con los “gamines”, y aunque se invitaban a los clubes de externos con ellos, su proceso de internado era mucho más rápido y a veces no se hacía expresamente por su manifestación de voluntad. Podemos decir que Idipron produjo cuerpos femeninos incapaces de decidir autónomamente su vinculación al Programa, así como impidió el despliegue de relaciones horizontales con ellos. Las niñas eran conducidas a los sitios mencionados, donde nivelaban sus estudios pero a la vez aprendían artes y oficios enmarcados en los roles tradicionales femeninos, de “ser mujer”; a ellas se les educaba para que aprendieran los oficios de la casa. Observamos cómo los discursos están sustentados en ideales regulatorios de lo masculino y lo femenino dentro del sistema sexo/género, construyendo relaciones en las cuales se les asigna espacios privados a las mujeres y el espacio público a los hombres.

Otra *población* que empezó a recibir el Idipron fueron las niñas que aún vivían en sus casas, pero que tenían riesgos de habitar la calle y/o eran llevadas por sus familiares para buscarles un internado. Eran separadas de las niñas “terribles” de calle, para que no adquirieran malos comportamientos. Con esto, el Idipron reforzó el imaginario que ubica a lo femenino en la casa, haciendo de la calle el lugar donde no debe estar un cuerpo femenino.

Encontramos en primer lugar que los *cuerpos femeninos callejeros* aparecieron ligados a las experiencias masculinas de los “gamines” y desde el discurso se sustentó la relación con la familia (hermana, prima o familiar). En segundo lugar, las niñas debían aprender a comportarse desde una “naturaleza femenina”, que les implicaba estar alejadas de la calle y cada vez más preparadas para ejercer su rol en el hogar. Así los discursos tienen efectos de verdad, traspasan las barreras corporales y se convierten en prácticas reiteradas.

Una idea que se repetía constantemente en el Idipron de los años ochenta fue el peligro que significaba ser una “mala madre” y no contar con recursos económicos para sostener el hogar. La preocupación por las madres de los “gamines” llevó a que se les buscara capacitar y garantizar un hogar estable a los niños, pero sobre todo evitar que más niños llegaran a la calle. Se construyó así una imagen de la maternidad, que obviaba las paternidades, “la mujer era a la que más tocaba educar, para que pudiera sacar su familia adelante, porque el hombre al fin y al cabo, se va y las deja con los niños” (Vásquez, 2014, 28 de marzo). Se propuso así a la mujer como la “súper mamá”, quien debía responder económicamente por su hogar y por el cuidado de sus hijos. Y si los niños estaban en la calle, se debía a que su mamá era una “madre descorazonada” (Vásquez, 2014, 28 de marzo) defendiéndose también la existencia del instinto maternal. Así,

Desde la multiplicidad discursiva –discursos populares, científicos, políticos, ideológicos, etc., sobre la mujer– se organiza un real Mujer=Madre, que no es la realidad, pero que se constituye como si lo fuera. Su pertenencia al orden simbólico hace posible su capacidad ordenadora de relaciones objetivas, intersubjetivas, subjetivas (...) Estas producciones del imaginario social dan cuenta, estructuran y organizan las relaciones humanas. En ese sentido, inscritos en un plano de la transubjetividad constituyen una poderosa fuerza material del campo social; tienen efectos incluso sobre los procesos económicos (Fernández, 1994, p. 164).

La generación de ingresos se fue materializando en un nuevo proyecto liderado por “mamá Sonia”¹⁴. Fue así, como a mediados de los ochenta, en pleno corazón de El Cartucho, en la casa Bosconia, se limpió el basurero y se abrió una puerta pequeña para la atención de mujeres que habitaban la “olla”¹⁵, algunas de ellas eran madres.

La vinculación de madres de El Cartucho al proyecto Voceadoras de El Tiempo¹⁶ fue la oferta que abrió el Idipron. En Bosconia se adecuó una sala-cuna con el fin de garantizar el cuidado de los bebés mientras las mujeres iban a trabajar. El

¹⁴ Sonia, también conocida dentro del Idipron como La Gitana, fue la promotora de la atención a las mujeres habitantes de calle con el servicio de sala-cuna.

¹⁵ El término “olla” se utiliza para nombrar los sitios de expendio y consumo de sustancias psicoactivas.

¹⁶ A las personas que venden los Diarios o Periódicos en la calle, principalmente en los semáforos, se les conoce como voceadoras. En este caso estamos hablando del Diario El Tiempo.

disciplinamiento sobre estos cuerpos logró que algunos fueran productivos y que incluso contaran con recursos para el ahorro y el microcrédito. Así lo definió una funcionaria que hizo parte de este proceso: “yo creo que con ustedes hemos hablado, lo que fue por ejemplo, la experiencia de nosotros en la microempresa, que ahí las chicas aprendieron a trabajar, aprendieron a cuidar a sus familias, tienen sus propias casitas” (Vásquez, 2014, 28 de marzo).

Esta etapa del Instituto coincidió con el ingreso de las mujeres al mundo laboral, así como con su participación en distintos escenarios ligados a la calle, es decir, una mayor participación de las mujeres en el espacio público. De esta manera,

Serán las transformaciones en la sociedad, el ingreso de más mujeres al trabajo asalariado, el avance de la secularización y la influencia de lo que sucede en el resto del mundo las que, junto a una sistemática labor de crítica cultural, irán moviendo las costumbres, fronteras simbólicas entre lo público y lo privado (Amorós, 1994, p. 16).

Considero que la productividad de los cuerpos, leída en términos capitalistas, ha sido un hilo tejedor de las experiencias corporales en el Idipron. El discurso sobre la pobreza como peligro social apareció dentro de las funciones del Instituto, al afirmarse que la Institución “tratará de promover medidas terapéuticas, sobre todo para los ambientes pobres, en lo relativo al dopping y al alcoholismo” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1986). Así pues, la normalización de los cuerpos pobres era necesaria para hacerlos productivos, la pobreza se ha asociado con problemas de la infancia y la juventud, y sus familias.

En relación con los jóvenes, la biopolítica ha construido una asociación entre la condición de pobreza y una cierta disposición a la violencia. Asimismo, sobre los cuerpos “pobres” de los jóvenes se inscribe un imaginario vinculado a la delincuencia. Se trata de cuerpos “ingobernables” en la medida que han sido abandonados por el entorno, es decir, por los padres y/o por un ambiente que, en su misma condición de pobreza, resultan incapaces “naturalmente” de socializar como correspondería a los niños y a los jóvenes (Reguillo, 2012, p. 61-62).

2.2 LA POBREZA COMO RIESGO SOCIAL

A partir de la Constitución de 1991 se plantearon otros factores de atención a la Infancia en Colombia. Las nuevas transformaciones sociales y la disminución del fenómeno de los niños “gamines”, implicaron que el Idipron se reacomodara en el marco de ciudad, planteando nuevos problemas sociales. En 1996 se inició un proyecto preventivo para trabajar con jóvenes en los barrios populares, evitando que ellos se convirtieran en habitantes *de* calle y llegaran a las principales “ollas” de Bogotá. A esta nueva población se le llamó “trapecista”, asimilándose a jóvenes que caminan por la cuerda floja, a quienes se les debía apoyar antes que cayeran en un movimiento pendular extremo. Además, esto tuvo relación con el contexto de ciudad de finales del siglo XX, desde el cual se criminalizó a los jóvenes frente a la conformación de “pandillas” y grupos de culturas juveniles que amenazaban el *statu quo*, soportando imágenes negativas –estigmatización– de jóvenes que hacían de la calle su lugar de encuentro (Reguillo, 2012).

En los noventa, Idipron todavía no hablaba desde un enfoque de derechos, lo que prevalecía era una mirada de asistencia social, y así se les llamaba a las personas: “asistidos”. Para ese momento histórico, el discurso del buen uso del tiempo libre empezó a tomar peso en la lectura sobre la población juvenil. Lo anterior demandaba nuevas estrategias de trabajo con los jóvenes, quienes no podían ser tratados igual que los niños “gamines”, siendo necesario “investigar la realidad de la niñez y de los jóvenes, y de diseños pedagógicos apropiados para su formación integral” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2001), para disciplinar y normalizar estos cuerpos, pues se hizo evidente que ya no servían los mismos dispositivos. El Proyecto Trapecistas abrió el trabajo de lo que en años posteriores sería el proceso con habitante *en* calle.

Sin embargo, las experiencias femeninas no aparecieron en dicho proyecto. Las jóvenes fueron marginadas de la atención e invisibles en las calles, revelándonos

que sobre los jóvenes y las culturas juveniles ha predominado una lectura que no problematizó lo suficiente la diferencia político-cultural del género (Reguillo, 2012).

El discurso sobre lo juvenil excluyó a lo femenino del análisis de la calle y las prácticas callejeras. Las investigaciones de “pandillas juveniles” (Ardila, 1996; García, 1998; Ramos, 2004; Perea, 2007; Pesca, 2011) invisibilizaron a las jóvenes como parte activa de los grupos juveniles en la ciudad, reforzando prejuicios y estereotipos sobre lo femenino. Durante la construcción del estado del arte para esta investigación, logré entender que la categoría “pandilla” ha sido una elaboración académica que reproduce imaginarios y representaciones sobre la pobreza y lo juvenil, así como se ha convertido en un término difuso al momento de hablar de cuerpos que habitan la calle.

De igual manera, la vinculación de mujeres a las “pandillas juveniles” se ha planteado como indirecta, y en los estudios académicos no han sido consideradas en principio como “pandilleras”, porque su ingreso al grupo está mediado por una relación amorosa con un verdadero “pandillero”; según los textos, es a partir de su relación con un hombre vinculado a la “pandilla” cuando a las jóvenes se les permite conocer las dinámicas internas del grupo y participar de algunas actividades: robos, homicidios, porte de armas, conflictos y consumo de drogas.

Así mismo, los programas distritales que surgieron en 1996 para la atención al habitante de calle tenían una mirada netamente masculina desde el habitante de calle “ñero”, estableciendo “perfiles” muy específicos justificados en las estadísticas de mayor presencia de hombres frente a mujeres en la calle (Marín, 2014, 20 de marzo). El Departamento Administrativo de Bienestar Social (DABS) limitó las edades de atención entre el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) –que atendía niñas y niños de 0 a 7 años–, el Idipron de 8 a 22 años y DABS, población entre 23 y 59 años¹⁷. Sin embargo, no se prestó mayor atención

¹⁷ De acuerdo a las entrevistas dirigidas a servidores y servidoras, la división por edades ha generado segmentación en los servicios sociales que se prestan y ha dificultado la articulación entre las instituciones por sus competencias.

al cruce entre edad, sexo y género frente a las nuevas condiciones institucionales, ni se estableció la incorporación progresiva del enfoque diferencial en el Idipron.

Un hecho que demandó articulación interinstitucional fue el proceso de desalojo en de la zona Santa Inés-El Cartucho (1998), “lugar identificado históricamente por su alta confluencia de habitantes de calle, consumo de sustancias psicoactivas y familias en condición de alta vulnerabilidad” (Secretaría Distrital de Integración Social, 2012, p. 14). No obstante, en ese momento no hubo debates académicos que potenciaran la discusión y el acercamiento entre las instituciones con presencia en El Cartucho, pese a que hubo un trabajo interinstitucional que demandaba crear programas y empezar a mostrar los resultados (Marín, 2014, 20 de marzo). La destrucción de El Cartucho fue un gran acontecimiento, soportado en saberes y prácticas biopolíticas que buscaban la renovación urbana, procurando el orden social a partir del ordenamiento urbano que reconfiguraba el territorio con respecto a quienes lo habitaban: los sujetos excluidos (Robledo y Rodríguez, 2007).

Manteniendo la exclusión y la pobreza, en el corazón de El Cartucho también quedó sepultada la casa Bosconia, aquella que en los ochenta abrió sus puertas a las mujeres que vivían con sus hijas e hijos en el barrio Santa Inés. Como respuesta a esta nueva coyuntura, Idipron trasladó sus servicios a la casa Belén, en el barrio Egipto donde se contaba con un “patio” para recibir a las mujeres que quisieran ir durante el día y a la vez era un internado para las niñas de calle. Las niñas más juiciosas de Belén y/o con menos problemas frente al consumo de drogas –“vicio”– eran promovidas para la casa de La 78 (la casa de las niñas) donde estaban las niñas que nunca habían habitado la calle, es decir, las “niñas de casa” (Espinosa, 2014, 1 de abril).

2.3 LOS CUERPOS CALLEJEROS LEÍDOS EN CLAVE DE DERECHOS

Destaco que el máximo desarrollo normativo del Distrito frente a lo que denomina el “fenómeno de habitabilidad en calle” se dio en la coyuntura de desalojo de El Cartucho, pues era necesario contar con nuevas técnicas y dispositivos de poder para controlar a la población, quedando claro que los pobres y excluidos son el “pretexto” para realizar las acciones del Estado (Robledo y Rodríguez, 2007).

Desde la administración de Antanas Mockus (año 2000), la preocupación por las personas habitantes de/en calle empezó a ser constante, primero en el DABS y luego en la Secretaría Distrital de Integración Social (SDIS)¹⁸. Así, partiendo del principio de la dignidad humana, se asegura la reintegración de los cuerpos callejeros a la “vida socialmente deseable” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2009). Desde la SDIS se incorporó también el lineamiento rector frente al “desarrollo de proyectos de atención a la población infantil que se encuentra en la calle, que garanticen la satisfacción básica de sus necesidades, tales como la alimentación, educación y formación afectiva, que aporten elementos fundamentales en su proceso de formación integral” (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2009), del cual Idipron era entidad gestora. Sin embargo, la falta de comunicación entre SDIS e Idipron, fundada en la independencia administrativa de esta última entidad, generó dificultades de articulación e implementación de las distintas políticas distritales.

La puesta en marcha de los lineamientos para la atención al habitante de calle por parte de la Secretaría de Integración Social coincidió con el relevo de dirección del Idipron. En 2009, el sacerdote salesiano Luis Fernando Velandia asumió la dirección del Instituto y buscó la articulación a directrices y lineamientos de política social por medio de la introducción de una mirada de gestión pública y la adecuación al discurso de enfoque de derechos.

¹⁸ Por medio del artículo 87 del Acuerdo 257 del 30 de noviembre de 2006, se transformó el Departamento Administrativo de Bienestar Social en la Secretaría Distrital de Integración Social como un organismo del sector central con autonomía administrativa y financiera.

Ir al ritmo de la ciudad implicaba acogerse al Código de la Infancia y la Adolescencia –Ley 1098 de 2006–, establecer un puente con las políticas distritales, empezar a generar procesos y procedimientos para la atención de niñas, niños, adolescentes y jóvenes, así como elaborar estados del arte frente a los “fenómenos sociales” a los que Idipron pretendía responder. Otro interés de la administración (2008-2011) fue recoger la experiencia del Idipron con el fin de plantear nuevas dinámicas de trabajo con niñez en situación de vida en calle y con jóvenes vinculados a parches y pandillas, es decir, “trapecistas”. En términos estadísticos se debían justificar nuevos recursos para la entidad, ante lo cual se hacía necesaria la comprensión de las problemáticas de niñas, niños, adolescentes y jóvenes, proponiendo estrategias novedosas de atención y acompañamiento institucional. Era claro que los antiguos dispositivos de normalización se debían transformar.

Para el año 2011, el enfoque de Gestión Social Integral¹⁹ había permeado el trabajo del Idipron, y además se hablaba desde un enfoque de derechos según los lineamientos de la Secretaría Distrital de Integración Social. No obstante, atender a las poblaciones a partir del enfoque de derechos, no logró la incorporación de un enfoque de género transversal a planes, programas y proyectos. La mirada aún tenía un sesgo de género, la vida en la calle se leía a partir de códigos masculinos, las experiencias diferenciales no se tenían en cuenta, se continuaba investigando y produciendo cuerpos masculinos hegemónicos. La calle y lo femenino no entraban en escena pese a que se les encontraba en calle, sus problemáticas no fueron abordadas como importantes. En algunos casos presencié la invisibilidad de “ellas” en la calle, así como su exclusión por no cumplir el perfil de hombres callejeros. Todavía era impensable que lo femenino existiera como experiencia válida dentro de lo callejero, o que fuera semejante.

¹⁹ La Gestión Social Integral (GSI) fue una estrategia de articulación entre las políticas sociales del Distrito buscando “comprender la complejidad de las determinantes socio-económicas que han perpetuado las inequidades sociales y construir estrategias trans-sectoriales que atiendan las particularidades de los territorios sociales urbanos y rurales, y que logren impactar condicionantes estructurales” (Modelo SDIS, 2010).

Pensar a la *población* desde un enfoque de derechos, y por ende hablar desde una vulneración de derechos, justificaba la existencia de un modelo de intervención institucional que retirara a las niñas y a las jóvenes de la calle para restablecer sus derechos. Pero la noción de protección tampoco ha estado tan clara en Idipron; pareciera que unos cuerpos importan más que otros al momento de brindar atención de emergencia, donde la mirada de género aún no opera.

Para finalizar este recuento histórico, considero importante mencionar el paso al Plan de Desarrollo Bogotá Humana. A mediados de 2012 llegó el Director José Miguel Sánchez Giraldo, quien asumió el reto de convertir al Instituto en una entidad que trabaja por la niñez y la juventud en condición de vulnerabilidad. Sin embargo, los proyectos de inversión continuaron sujetos a la misionalidad de atención a niñas, niños, adolescentes y jóvenes en situación de vida *en y de* calle. Por medio del Proyecto 0722²⁰, “Protección, Prevención y Atención Integral a Niños, Niñas, Adolescentes y Jóvenes en Situación de Vida de y en Calle y Pandilleros en condición de Fragilidad Social Bogotá Humana” se ha mantenido la separación entre poblaciones sujeto/objeto de intervención del Idipron.

2.4 LO FEMENINO CALLEJERO COMO APUESTA DE VISIBILIZACIÓN

La aparición de lo femenino en la escena de las políticas públicas está cargada de discursos performativos, de prácticas y de acciones productoras. A medida que se introduce el enfoque de género se visibilizan posturas que plantean la separación binaria hombre/mujer, y desde las cuales se dificulta entender otras corporalidades. Los *cuerpos femeninos callejeros* en el Idipron siguen

²⁰ Este Proyecto se enmarcó en el Eje No 1 del Plan de Desarrollo *Una ciudad que supera la segregación y la discriminación: el ser humano en el centro de las preocupaciones del desarrollo*, Programa No 5 *Lucha contra distintos tipos de discriminación y violencias por condición, situación, identidad, diferencia, diversidad o etapa del ciclo vital*, Proyecto Prioritario 125 *Aumento de capacidades y oportunidades incluyentes* (Idipron, 2012).

entendiéndose como cuerpos abyectos. La reproducción de estereotipos y prejuicios hace posible que algunas imágenes sobre ellos se sostengan. Si bien se han hecho esfuerzos institucionales para sensibilizar a las personas que implementan los diferentes programas y proyectos, el camino es largo, pero la ventaja es que la discusión está abierta y se da en la cotidianidad como escenario de lucha para la transformación de imaginarios.

Poco se conoce sobre las niñas y las mujeres diversas que habitan la calle, sin embargo, se afirma que su baja presencia en el espacio público se debe a la mayor protección por parte de sus familias, o al ejercicio de prostitución antes que el habitar la calle (Secretaría Distrital de Integración Social, 2010). La estadística opera aquí de una manera extraordinaria como dispositivo de biopoder.

El Estado no tiene elementos suficientes para responder a esta situación y sigue amparándose en las cifras, donde se encuentra que el 85%-90% de las personas que habitan la calle son hombres²¹. Es por ello que existe escasa oferta institucional para los *cuerpos femeninos callejeros*, y a menudo se corre el riesgo de restringir más los servicios. De igual manera, hay temas pendientes como la atención a mujeres trans, mujeres embarazadas y mujeres con sus hijos e hijas. Otro tema crítico es la atención a niñas menores de edad que no se resuelve tan fácil al momento de buscar lugares para la atención dentro del Idipron por su “condición” de vida de calle, y por la existencia de una única UPI que acoge a las habitantes *de* calle, pero mayores de 18 años.

Como los discursos producen realidades, he encontrado que en la cotidianidad a los hombres trans se les cuestiona su identidad de género y no se les reconoce desde ella en todas las situaciones. De igual manera, la atención a mujeres

²¹ Según las cifras proporcionadas por el último Censo de Habitante de Calle, “De los 8.312 efectivos, 7.392 son hombres (88,93%), 910 mujeres (10,95%), 4 intersexuales (0,05%) y no se contó con información de 6 (0,07). En total 10 (0,12) se encuentran en el rango etario de 0 a 5 años, 16 (0,19%) entre 6 y 13 años, 175 (2,11%) entre 14 y 17 años, 1.756 (21,13%) entre 18 y 26 años, 5.792 (69,68%), 505 (6,08%) más de 60 años y no se contó con información de 58 (0,70%)” (Secretaría Distrital de Integración Social, 2012).

lesbianas y bisexuales se ha visto limitada al interior de los programas del Idipron, justificada en actitudes de lesbofobia, sobretodo como un riesgo para las niñas, dejándose a la absoluta discrecionalidad de las y los servidores públicos. Algunas parejas de mujeres han sido cuestionadas dentro del Instituto, en algunos casos dudando de su orientación sexual o considerando confusión en las personas menores de 18 años. Aunque la bisexualidad suele ser más aceptada, se interpreta como una presión del “entorno lésbico” y por la necesidad de tener a alguien cerca que les brinde afecto.

En las conversaciones informales, encuentro desde mi experiencia como servidora pública, múltiples cuestionamientos a los *cuerpos femeninos callejeros* por su “libertinaje sexual”, promiscuidad y prostitución, referenciando a los anteriores como causas de embarazos no deseados o enfermedades de transmisión sexual. A menudo se ha justificado y naturalizado la violencia física y la violencia sexual sobre estos cuerpos en la calle.

Recoger los relatos de servidoras y servidores públicos intentará responder al interés por los discursos que reproducen prejuicios sexistas y estereotipos de género dentro del Instituto, así como visibilizar los dispositivos para la normalización de estos cuerpos. Mi intención es aportar a la construcción de un enfoque de género en los programas y proyectos del Idipron, tarea todavía incipiente.

3. LA CONSTRUCCIÓN DE LO FEMENINO CALLEJERO EN LOS RELATOS DE SERVIDORAS Y SERVIDORES DEL IDIPRON²²

"Todos tienen la verdad pero nadie la tiene completa" (Garick, 2013)

Luego del recorrido por los discursos y las prácticas frente a los cuerpos femeninos callejeros en distintos momentos históricos de la ciudad, ahora nos proponemos hacer visibles distintas posiciones de sujeto que encarnan expresiones de masculinidad y feminidad, cuya estructura profunda está nutrida no sólo o directamente por el contexto patriarcal, sino también por distintas narrativas comunitarias (Estrada, 2004); éste es un intento por mirar nuestras prácticas cotidianas con lente de género y de explicar cómo operan los dispositivos de normalización sobre los *cuerpos femeninos callejeros* dentro del Idipron.

Las narraciones de servidoras y servidores están marcadas por las historias de vida de las personas que han pasado por la institución, la mayoría de mis preguntas siempre se explicaron a partir de sus experiencias. Aunque en Idipron se ha reconocido la presencia de lo femenino en la calle, estos cuerpos siguen siendo vistos bajo los signos del “ser mujer”. Los relatos están marcados por la matriz de inteligibilidad que plantea la heterosexualidad obligatoria, y si bien se hacen esfuerzos institucionales para visibilizar lo femenino callejero, a la vez van emergiendo dispositivos de control específicos, cargados de prejuicios sexistas y estereotipos de género²³. Finalmente, se instauran unas prácticas discursivas sobre cómo deben ser esos cuerpos al interior del Idipron y en la cotidianidad son

²² Este apartado se escribe a partir de los diarios de campo, de mi experiencia como servidora del Idipron, así como de entrevistas semi-estructuradas, dirigidas a servidoras y servidores del grupo de gestión territorial y de cuatro UPI del Instituto: Luna Park, La 32, El Oasis y Perdomo.

²³ Prejuicios sexistas: carga afectiva negativa que puede ser dirigida directamente a un grupo o a un individuo por su pertenencia a ese grupo; por ejemplo mujeres, hombres, gays, lesbianas, bisexuales. Estereotipos de género: definen los comportamientos que se esperan de los sujetos (en función del sexo) y una valoración de dicha conducta como adecuada o inadecuada según quien la realice. Los estereotipos se reflejan en nuestro diario vivir con frases como “el rosado es para las niñas y el azul para los niños”, “los hombres no deben llorar”, “las mujeres tienen un instinto maternal”, “los hombres son más fuertes que las mujeres”.

reproducidas estas cargas como “naturales”. Así recordamos que el lenguaje produce realidades y materializa cuerpos, el cuerpo no es anterior al discurso.

Reconozco que la institucionalización produce un sistema para leer los cuerpos y desde donde se administran las imágenes sobre ellos a partir de la codificación; nuestras actividades están codificadas como masculinas o femeninas. Con el propósito de problematizar los efectos de verdad de los discursos, me di a la tarea de construir unas categorías para la sistematización y el análisis de los diarios de campo y las entrevistas a servidoras y servidores²⁴. Luego de la lectura de los relatos, puedo decir que encuentro cuatro temas que atraviesan la construcción de lo femenino en la familia, en la calle y en la institución, planteando la necesidad de diseñar dispositivos de normalización y de control.

3.1 POBREZA Y DOBLE VULNERABILIDAD DE LAS MUJERES

En los relatos comunitarios, al Idipron se le ubica en el marco de las políticas sociales del Distrito, en la promoción y protección de los derechos de la niñez y la juventud “vulnerable”. En la mayoría de ellos, la vulnerabilidad por pobreza y por “ser mujer” van de la mano al momento de ubicar a los cuerpos femeninos en la calle. Se afirma que la pobreza es un factor de riesgo para la violencia y el habitar la calle, así como para el consumo de drogas. Sobre la pobreza no suelen brindarse explicaciones multidimensionales, no se construye una mirada estructural sobre el asunto, sino más bien predomina una mirada causa-efecto de los “fenómenos”, siendo la pobreza el principal problema social y causa de otros problemas sociales. Tan solo en dos de diez entrevistas se reconocieron problemas estructurales del país, tales como conflicto armado, desplazamiento forzado y falta de trabajo digno.

²⁴ Este ejercicio se hizo a través del software Atlas Ti, tal como se explicó en la introducción de este trabajo.

La pobreza justifica la priorización de territorios. Así, “los barrios que están ubicados en determinados sitios, son para nosotros, sitios vulnerables, sitios especiales” (Tovar, 2014, 19 de marzo). Por supuesto esta mirada implica estigmatización sobre los territorios y los cuerpos que habitan esos territorios; en los relatos se mencionaron las Localidades de Ciudad Bolívar y San Cristóbal, como los principales sitios de donde provienen niñas, niños y jóvenes del Instituto.

Uno de los dispositivos empleados en el diseño de políticas y programas sociales es la focalización de la pobreza, que a su vez ha llevado al asistencialismo y ha generado dependencia, logrando que los pobres se sientan pobres y se comporten como tal. Por ello, se afirma que la política social se queda en la periferia y en los sectores marginales, brindando bienes básicos para quienes no tienen cómo pagar y siendo una política residual, porque no introduce medidas progresivas para la redistribución de la riqueza. Un servidor cuestionó el asistencialismo del Idipron, considerando que la institución no tiene un rumbo claro frente a las transformaciones que requiere la ciudad:

El Idipron, en medio de todo se ha convertido en un escape, donde llega toda esa gente pobre, vulnerable y se mantienen ahí bajo programas que no son fuertes, ni estructurados, no están pensados para generarles a las personas una transformación, sino una dependencia, que no son capaces de salir y competir (Piñeros, 2014, 15 de abril).

Se hace importante construir cuerpos productivos, capaces de competir en términos de un modelo neoliberal, cuerpos empleables, que rompan con la línea asistencial generada por décadas de caridad cristiana católica, pues el discurso sobre la pobreza se ha sustentado en la falta de recursos económicos de las familias que residen en Bogotá. En dos relatos, la sobrevivencia fue un asunto sobre el que se llamó la atención; en una entrevista, una servidora que estuvo vinculada a un internado de niñas me contó: “a mí me impactaba mucho, escuchar varias veces decir: a mí no me gusta salir de la Unidad, porque me desespero, estoy acostumbrada a tener la comida y entonces, si salgo no sé qué comer” (Agudelo, 2014, 22 de marzo). Cuestionando la oferta de internado, otra servidora manifestó:

En Idipron le podemos dar la entrada, ella va a estar mejor, la nena va a comer por lo menos. Pero también hay que mirar si para estar bien, y tener mis derechos, tengo que estar oculta, encerrada en un internado, tengo que venir cada 15 días al entorno por querer comer bien o poderme vestir, pues imagínese está en calle, está en riesgo, vive en la “olla” (González, 2014, 18 de marzo).

¡Entonces se empieza a asociar la vulnerabilidad económica con el riesgo de calle!

Las familias, la mayoría son muy disfuncionales, porque la mayoría de las familias que han sido violentadas y desplazadas de otras tierras, en busca de oportunidades pero resulta que, aquí se les convierte todo en un problema, porque no hay trabajo, no tienen una opción de vida, entonces por esa razón yo pienso que las chicas caen en ese mundo del vicio, porque no hay oportunidades para ninguno, entonces *los chicos, los papás* tienen que someterse a cualquier trabajo, pues para darles alimentación a los hijos, y mientras tanto sus hijos quedan a la deriva, por eso es que conocen ese mundo de la calle (Sánchez, 2014, 27 de marzo, subrayado propio).

Esta imagen refuerza la estigmatización sobre las “familias empobrecidas”, asignando lo masculino como proveedor del hogar, pero a la vez cuestionando la dependencia y el asistencialismo que genera el Instituto. Ni las relaciones de género al interior de las familias, ni la distribución de las labores del cuidado a la infancia aparecen como puntos críticos cuando se habla de los problemas en las familias. La “foto de pobreza” es la imagen que se reproduce en los relatos.

En la mayoría de ellos se culpa a las familias por asumir una lógica asistencialista, sin cuestionar el papel del Estado y de los programas basados en la focalización de la pobreza, los cuales han generado dependencia hacia la oferta institucional. Se construyen entonces estereotipos de familias pobres beneficiarias:

Tenemos la claridad de quién es la población que llega al Idipron. Son familias empobrecidas, eso no quiere decir que tengan mayores problemas pero siento que son familias completamente asistidas; pero de años atrás. Entonces, siento que al encontrar una historia familiar, donde la hija está estudiando con nosotros, pero su hermano también, su tío también pasó por acá, su primo está en las otras Unidades... esto me genera un impacto muy gigante, ya que eso quiere decir, que el Instituto lo que crea es dependencias absurdas, entonces, me cuestiono sobre el aporte u objetivo concreto de la institución (Agudelo, 2014, 22 de marzo).

Frente a la pobreza emerge otro cuestionamiento: “pobres si tienen todos los días que comer. Yo cuando llegué era aterrada: desayuno, merienda, almuerzo, la otra merienda, cepillo de dientes y crema dental, a las niñas las toallas higiénicas”

(Tovar, 2014, 19 de marzo). Pero esto está garantizado siempre y cuando se adapten a las reglas que se establecen dentro de las UPI del Idipron, y esta oferta queda regulada por lógicas disciplinarias:

De lunes a viernes trabajamos en los horarios de 7 a 4 de la tarde, y los sábados de 7 a 1, entonces, inicialmente, les decimos, que es la acogida, a las chicas se les requisa, para que no vaya a entrar, ni sustancias psicoactivas, ni ningún elemento corto-punzante que se puedan causar algún daño, seguidamente se les brinda el baño, se les entrega una toalla limpia, el jabón, todo lo que necesita para el cuidado personal, y se les presta un uniforme para que ellas puedan lavar la ropa que traen, después entonces las pasamos al desayuno, cada una lava su ropa, y se les adecuó un dormitorio, después de desayunar ellas pasan a descansar, porque la mayoría llega de días y días sin dormir, entonces se les deja dormir (Sánchez, 2014, 27 de marzo).

Pensar en una transformación de las realidades implica cuestionar el sistema de producción que genera la pobreza, las relaciones inequitativas de poder y de géneros, el proceso de habitar la ciudad, el desplazamiento forzado, el empobrecimiento del campo y la migración a la ciudad. Plantear que la familia es la directa responsable para que niñas y jóvenes habiten la calle, es negar la existencia de exclusión, discriminación y segregación presentes en la sociedad y en las dinámicas del Estado.

3.2 LAS FAMILIAS COMO LAS ÚNICAS RESPONSABLES

La construcción que se hace sobre las familias en el Idipron está atravesada por el *familismo*²⁵, es decir, por la intención de concentrar los problemas sociales en la familia y minimizar el papel del Estado, así como creer que la familia es el único bastión del afecto y la solidaridad (Puyana, 2014, 2 de mayo). Por tanto, debemos empezar a contextualizar los escenarios en los que viven las familias y pensar

²⁵ “Desde los años setenta las académicas feministas se han opuesto a teorías idealizadoras de la familia y han propuesto el concepto de familismo en dos dimensiones complementarias: por un lado, al considerar a la familia nuclear, patriarcal, heterosexual y monogámica como si esta fuera la única manera de responder a las necesidades emocionales de la progenie y el único modelo para la vida en pareja y, por el otro, al transferir a las familias múltiples funciones económicas y emocionales que podrían estar a cargo del Estado o de la sociedad en general” (Puyana, 2007, p. 4).

también en sus derechos como grupo. En esta investigación se entiende como familia:

Una institución marcada por relaciones de solidaridad, conflicto y hasta violencias, que a la vez, constituye un puente entre el mundo privado y el público, permanece articulada al contexto social, a la vez que se ve afectada por éste. Además, se convierte en un grupo fundamental al brindar protección para sus miembros ante las situaciones adversas, como ocurre ante las condiciones sociales de la mayoría de la población latinoamericana afectada por la pobreza (Puyana, 2013).

Considerar que la familia está en articulación con la sociedad y en relación permanente con otros grupos sociales, nos permite visibilizar la necesidad de proponer políticas de familia que no estén segmentadas, y que por tanto conversen con otras políticas como las políticas de equidad género, la política de diversidad sexual, la política de infancia, la política de juventud, entre otras.

La relación del Idipron con las familias siempre se ha trabajado desde los equipos psicosociales, conformados por profesionales en trabajo social, psicología y psicopedagogía. Estos equipos despliegan en la cotidianidad dispositivos de control sobre los cuerpos femeninos, que en algunos casos los lleva a perder confianza en sus familias. Por ejemplo, una entrevistada relató:

Un asunto problemático con las familias en La 32 es el tema de la orientación sexual, ahí si salen las familias. Porque, son conversaciones que he tenido con las chicas lesbianas de la Unidad que dicen, no entiendo porque psicosocial se toma el atrevimiento de llamar a mi casa y contar que soy lesbiana; ahí aparecen las familias. Eso salió mucho en el tema del gobierno escolar, el lunes conversaba sobre los derechos que constantemente se violaban en el lugar, este es uno de ellos. Y ahí si esta la familia para contarle que soy lesbiana o que tengo novia. La angustia que llamaron alguna chica, y que ahora llamen a mi casa, además, cuenten que también soy lesbiana, es un miedo constante entre las chicas. Dicen mi familia, no es como la suya que dice tranquila *mija*, otras familias si las sacan para la calle (Agudelo, 2014, 22 de marzo).

Otro señalamiento que recae sobre las familias se relaciona con la búsqueda de justificaciones frente a la existencia de personas transgénero. Un servidor que trabaja con mujeres trans manifestó que en la mayoría de casos los padres/padrastros ejercieron violencia sexual y/o abuso en ellos cuando fueron niños, y que por eso “son así”. De igual manera, reconoce que las mujeres trans

tienen serios problemas con sus familias porque éstas no aceptan su identidad de género, a lo que se suma que un gran número de las que asisten al Idipron son de municipios de la Costa Caribe, es decir, tuvieron que salir de sus lugares de origen y establecer una nueva vida en Bogotá²⁶. En otra entrevista también se manifestó que los hombres trans son rechazados al interior de sus familias, pues “a la mayoría la familia ya no las quieren ver, la familia ya les ha dado oportunidades, pero ya por su condición de estar en calle, o también por su orientación sexual, no están de acuerdo con ellas, de que sea una mujer y se identifique como hombre, la familia no va con eso” (Sánchez, 2014, 27 de marzo).

Según los relatos, un interés del trabajo con las familias en Idipron es restablecer lazos y depositar confianza en ellas. Sin embargo, esta mirada no está exenta del peligro de pensar en un único modelo posible de familia, marcado por las relaciones de género y la asignación de responsabilidades que desconocen “las diversas formas familiares existentes en el contexto social; entre otras transformaciones y problemas sociales que golpean al grupo familiar y lo inmovilizan” (Puyana, 2013, p. 10).

Definir a las familias como “disfuncionales” da una idea sobre el modelo de familia que se concibe en Idipron, siendo la familia nuclear la forma correcta. “Al catalogar como funcionales ciertos tipos de familia como la nuclear monogámica, se desvalorizan en la categoría de disfuncionales a las monoparentales, encabezadas por mujeres o por hombres a cargo de los hijos e hijas” (Puyana, 2007, p. 3). Una servidora que es madre, me dijo que se nota cuando una niña ha crecido con mamá y papá, frente a otras que han vivido con uno solo “es diferente al chico que se crió con papá y mamá, porque sí entra uno, o la chica que llega

²⁶ Cuando indagué sobre el desplazamiento forzado como consecuencia del conflicto armado colombiano, el entrevistado manifestó no conocer casos de mujeres *trans* víctimas del conflicto armado que habitaran la calle, y asistieran actualmente al Idipron. Para profundizar en el tema recomiendo leer Prada Prada, N. *et al.* (2012), *¡A mí me sacaron volada de allá! Relatos de vida de mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Alcaldía Mayor de Bogotá. En general, siguen siendo necesarios estudios sobre las razones de la migración voluntaria y/o forzada de las personas transgeneristas que habitan las calles bogotanas, así como pensar en las distintas formas de habitar la calle desde las sexualidades no normativas.

ahí, ya las descubres por todo, por el hablado, por el sentado, por el peinadito, por como yo me le acerco y ella me va a atender” (González, 2014, 18 de marzo).

Así mismo, los relatos plantearon que las “familias del Idipron” no asumen una corresponsabilidad con el Instituto, pues no cuentan con trabajo digno, algunas son víctimas del desplazamiento, consumen o venden drogas, son familias maltratadoras y donde “no hay una buena enseñanza de mamá” (González, 2014, 18 de marzo). Sin duda esta última parte reproduce estereotipos de género y culpa a las mujeres por el destino de sus hijas e hijos. Una entrevistada planteó que “a veces se observa que hay mamás descorazonadas sin motivaciones, que está ahí esperando qué vaya a hacer la vida con ella” (Páez, 2014, 26 de marzo), dificultando así el trabajo con las y los jóvenes que asisten al Idipron.

Voy a tener reunión de padres, precisamente porque quiero trabajar un tanto la corresponsabilidad, y mi frase va a ser “Pupila 32 en un buen proyecto pedagógico en corresponsabilidad con la familia”, porque sí hay algunos que se comunican con nosotros, pero hay papás que no les interesa, que nunca nos han visto. Hoy llegó una mamá, a las 3:30 de la tarde, a decirme que la hija no va desde el domingo a la casa, ¿De cuántos días, estamos hablando? Domingo, lunes, martes, miércoles ¡cuatro días que la niña no va a la casa!, y la mamá llega hasta hoy, y la niña ha venido todos los días a la Unidad, ella ha llegado muy a las 7 de la mañana, y ha salido a las 4, pero no ha llegado a la casa (Tovar, 2014, 19 de marzo).

Esta situación refuerza el supuesto acerca de que la familia no es un entorno protector para las niñas y las jóvenes, así como cuestiona la labor del cuidado por parte de las madres, sobre quienes recae principalmente esta tarea. A la vez se devela que las niñas y las jóvenes no confían lo suficiente en el personal del Idipron para comentar las situaciones en sus hogares y solicitar apoyo inmediato. Son múltiples las razones por las niñas y las jóvenes se han alejado de sus familias, y la permanencia en calle posibilita la construcción de otras relaciones que quizás son menos dolorosas que las que encuentran en sus casas.

Ellas son chicas que han sido maltratadas, chicas que han sido abusadas, les falta mucho afecto, tienen mucho conflicto en sus familias, ellas nos dicen: en mi casa no me siento bien, prefiero coger la calle (Vásquez, 2014, 28 de marzo).

Indiscutiblemente habitar la calle, moverse en la calle les ha implicado rupturas familiares y situaciones muy problemáticas, entonces, a mí me da miedo hablar de familia, debido a que desconozco sus condiciones. Sin embargo, la decisión de estar en la calle implica la ruptura total con sus familias, un aislamiento de alguna manera. La rutina de las chicas es llegar a la Unidad a las 7:00 am y salir 4:00 pm, están en la calle mucho tiempo, ¿Eso qué les implica?, que en sus casas no van a estar por muchas razones, entre ellas las cuestiones económica. En la Unidad resuelven todo, lo que no está en las casas (Agudelo, 2014, 22 de marzo).

La violencia al interior de la familia se expresa como una característica de las familias de niñas y jóvenes que asisten al Idipron. También se habla de familias “desintegradas”, y “estas familias son las que ya quieren como deshacerse, porque para ellos uno hijo es un problema, entonces entréguelo al Idipron, que allá nos resuelven el problema” (Vásquez, 2014, 28 de marzo). La ruptura de los lazos con las familias fue asociada como razón para habitar la calle.

La mayoría empiezan desde los 10 y 13 años, son chicas que han estado estudiando, pues pobremente han tenido las cosas, pero pues igual, yo pienso que por falta de cuidado y apoyo de la familia, a veces las familias se centran en buscar otras cosas, sin hacer otras cosas, y echan al olvido a sus hijos (Sánchez, 2014, 27 de marzo).

Sin duda la pobreza, la falta de afecto y la violencia les ha llevado a la pérdida de confianza hacia sus familias, un miedo a regresar al hogar y de verse más afectadas por las problemáticas en su interior. Igualmente, la oferta de servicios que se les brinda está dada, según personas entrevistadas, por el lazo familiar existente; por ejemplo, se hizo referencia a que la inscripción corporal dentro de las categorías *en o de calle* –y por ende el acceso a derechos– depende mucho de la relación con la familia.

3.3 HACIA UNA MIRADA DE DERECHOS

Actualmente Idipron plantea su misión desde un proyecto pedagógico de inclusión social que promueve la garantía del goce efectivo de los derechos de niños, niñas, adolescentes y jóvenes con dignidad humana, respeto por la pluralidad, la

diversidad y la libertad, en un marco de progresividad priorizando las acciones de política pública en aquellos en alto grado de vulnerabilidad social (Idipron, 2014).

“Yo siento que uno trabaja desde el enfoque de los derechos, en la medida que se crea el cuento, desde que uno lo haga efectivo en su vida; eso es totalmente complejo, como cada servidor o funcionario hace su proceso de apropiación” (Agudelo, 2014, 22 de marzo). Más que un lineamiento institucional, está claro que cada persona actúa desde sus principios y desde sus prejuicios en la cotidianidad.

En Idipron no existe un lenguaje compartido para nombrar los cuerpos, y cada forma de nombrar crea realidades distintas. En la cotidianidad encontré tres menciones a las niñas y las jóvenes: asistida, beneficiaria y estudiante; cada una con posicionamientos de sujeto y variadas comprensiones sobre los derechos. En la primera se reproduce la mirada asistencialista de los programas, en la segunda se manifiesta el acceso a beneficios por medio de la focalización de la oferta institucional, y en la tercera se entiende al Idipron como un colegio. Siendo así, la escuela está llamada a convertirse en un espacio donde la equidad de género sea una práctica consciente e intencional (Estrada, 2004).

En los últimos dos años, el Idipron ha enfocado sus esfuerzos a garantizar el derecho a la educación. Hoy se plantea como un proyecto pedagógico, y en su interior ha tomado peso el tema educativo a través de la Escuela Pedagógica Integral²⁷. Las personas jóvenes que ingresan por la “línea de prevención” cuentan con la oferta de nivelación de estudios dentro del Instituto. En esta línea, también se encuentra el trabajo en los territorios desde las Escuelas Populares Itinerantes²⁸, donde además de lo académico, las artes han tomado protagonismo.

²⁷ Este es el nombre que recibe la Institución Educativa Distrital del Idipron, reconocida ante la Secretaría Distrital de Educación.

²⁸ Esta Escuela sale de las aulas formales para construir, en los territorios, escenarios de transformación colectiva de las realidades vividas por niñas, niños, jóvenes y familias. Se trata de un proceso de aprendizaje que adquiere sentido porque reconoce y se orienta hacia las vidas concretas de las personas, fortaleciendo sus lazos solidarios y su pensamiento crítico a partir de sus carencias y de sus potencialidades (Idipron, 2014).

Hay temas de falta de oportunidades, porque chicos y chicas en edades extraescolares ya no son admitidos en colegios distritales, y para acceder a otro tipo está presente la cuestión del dinero y ellas pertenecen a familias de pocas oportunidades. Eso hace que se haya vuelto atractivo para las chicas y chicos ir al Idipron (Páez, 2014, 26 de marzo).

Quienes se han vinculado a estas escuelas “son chicas que vienen de familias muy humildes, en su gran mayoría ninguna ha estudiado, o sea en el entorno donde ellas están, ninguna ha estudiado” (González, 2014, 18 de marzo). La falta de educación en las niñas y las jóvenes ha llevado a una vulneración constante de sus derechos y a una ampliación de la brecha entre hombres y mujeres.

Al indagar por el enfoque de derechos, en las conversaciones se afianzó la diferencia entre habitante de/en calle. La oferta de servicios en los diferentes programas continúa distinguiendo, asignando “perfiles” y otorgando categorías de derechos. En la línea de habitante de calle, las y los servidores plantearon que “el servicio tiene que ser inmediato, la habitante de calle camina la noche o permanece en algún sitio, o alguna calle, o si puede pagar un paga diario o un pedazo de colchón, porque es que, hay muchas formas de pasar la noche en la calle” (Rodríguez, 2014, 31 de marzo). Mientras que para otras poblaciones es más fácil ofrecerles la posibilidad de nivelar sus estudios, sobretodo porque tienen sus proyectos de vida más claros.

Por ejemplo, dos servidoras consideraron que el Idipron le apuesta actualmente a restituir el derecho a la educación, pero que abandonó a los habitantes de calle: “yo no sé qué tan bueno es, sí hay que trabajar con más juventudes, desde colegio, desde los barrios, pero tampoco podemos dejar a nuestros habitantes de calle a un lado, ellos están ahí, y el Idipron lleva un poco de experiencia, y la experiencia no se gana con títulos (Espinosa, 2014, 1 de abril).

Parece que la oferta a los y las “habitantes de calle” se ha mantenido estática y se sigue brindando desde una mirada asistencialista que resuelve sus necesidades inmediatas –comer, dormir, asearse, recibir atención médica y psicosocial–, que a la vez les ubica a los cuerpos femeninos en un escenario de no futuro. Mientras

tanto, Idipron ha abierto proyectos dirigidos a la niñez y a la juventud “vulnerable”, que han logrado borrar del lenguaje la categoría “habitante *en calle*” o “trapecista”, predominando nuevas miradas que proponen un trabajo comprometido con la educación y la formación para el trabajo, es decir, se plantean opciones para mejorar sus condiciones de vida, aunque por ahora sigan estando dirigidas a lograr cuerpos funcionales a la sociedad de mercado²⁹. Valdría la pena explorar también economías solidarias que les permita desenvolverse de acuerdo a sus propias experiencias de trabajo y consumo.

Los cuerpos femeninos han sido clasificados, categorizados, se les ha impreso una identidad: de eso depende el servicio y la restitución de derechos que se les ofrezca. A otros cuerpos no se les considera callejeros y por tanto se afirma que no deben estar en Idipron, “las chicas de acá no son callejeras, es un rasgo muy particular, son chicas de casa juiciosas. Incluso muchos compañeros dicen que la mayoría de las chicas no deberían estar acá, porque andan bien vestiditas, con sus cuadernos perfectos, solo que han tenido algún rollo, que la mayoría de veces es familiar, que las ha llevado a una Comisaria, por eso las han sacado de la escuela y llegan acá” (Agudelo, 2014, 22 de marzo).

La diferencia sexual también ha operado como forma de otorgar derechos. En una de las UPI donde se desarrolló la investigación, a las jóvenes se les prohíbe tener celular en la fase de internado, mientras que en los internados masculinos su uso es libre, ¿Cómo operan los dispositivos de normalización frente a los cuerpos femeninos? ¿Por qué se limitan algunos derechos para unas? Cuando indagué las razones de esta medida me respondieron que es mejor que ellas no reciban llamadas cuando están internas, pues sus parejas suelen presionarlas para que abandonen el proceso.

²⁹ Los programas sociales enfocados a jóvenes pobres se han tratado de enfocar dentro de este modelo económico neoliberal desde el enfoque de “restitución de derechos”, sin embargo, continúa la tensión entre mercado y Estado, reconociendo a los jóvenes como sujetos de derechos, pero a la vez como agentes del mercado que se encuentran excluidos del consumo.

3.4 ¿QUÉ OCURRE CON LAS IDENTIDADES SEXUALES Y DE GÉNERO?

En varios relatos se percibe la idea que a los *cuerpos femeninos callejeros* les cuesta más cumplir con las normas sociales de convivencia. Se considera que estos cuerpos deben estar bajo protección del Idipron o de las familias porque son mucho más vulnerables. La calle no es un lugar seguro ni tranquilo para lo femenino. Una servidora reconoció la tensión entre lo público y lo privado, lo masculino y lo femenino, cuando hablamos de habitar la calle:

Yo creo que sí hay una cosa muy marcada, es que dentro de los estereotipos la calle siempre nos han contado las historias acá patriarcales, ellos nos cuentan que la calle es para el hombre, siempre han estado marcadas esas cosas, pero siento que nosotras en este momento también, ya nos vemos totalmente ligadas a ese término calle, pero ¿qué pasa cuando hablan de habitar calle, o de vivir en calle? Ya se ven otras cosas, por lo menos las chicas con las que yo estoy, son chicas, que son habitantes en calle, listo eso que quiere decir, que ellas pasan la mayoría del tiempo en la calle, más no duermen en la calle como tal, listo. Y el hecho de ser mujer y que estés en la calle ya te empieza a estigmatizar y te señala esta sociedad (Tovar, 2014, 19 de marzo).

Desde la protección a lo femenino también se plantea que las familias están mucho más pendientes de lo que pasa con sus hijas, es decir, mantienen más preocupadas por “ellas”,

Las familias son más dadas a las mujeres, por lo que siempre he dicho, las mujeres hemos sido más maltratadas y violentadas, entonces yo pienso que las familias se enfocan mucho, porque la mayoría de las chicas, han sido chicas que se ganaron el cariño de su padrastro, del vecino, del tío, las familias siempre tienden a estar más pendientes, teniendo en cuenta, que a las mujeres les toca más duro conseguir dinero, porque la mayoría tiene que vender su cuerpo, mientras que a un hombre, le queda más fácil robar, entonces yo pienso que hay mucha diferencia (Sánchez, 2014, 27 de marzo).

La noche se convierte en una amenaza para lo femenino en la calle. Según narra una servidora, las jóvenes se quedan toda la noche despiertas consumiendo para no dormirse en la calle. Y en otra narración aparece el tema de violencia sexual “estaba en la noche en un parque y abusaron de ella, y radicalmente cambió su postura de mujer” (Tovar, 2014, 19 de marzo), ratificándose en otra narración “siento que hay una desprotección muy grande, y a pesar de la traba, está la

noche, donde están totalmente desprotegidas” (Rodríguez, 2014, 31 de marzo). Efectivamente, se coincide en que los cuerpos femeninos requieren de una protección inmediata dentro de los servicios sociales que ofrece el Idipron. Después de leer los relatos de servidoras y servidores quedé con la idea de que las mujeres siempre buscamos en la calle la protección de un hombre, a quien sí le pertenece la calle: “la habitante de calle está buscando protección permanentemente, buscando el que es más fuerte, el marido que las pueda proteger, buscando al jibaro más fuerte” (Rodríguez, 2014, 31 de marzo).

Frente al cuidado de sus cuerpos, la promoción de la planificación dentro del Idipron tiene como fundamento evitar que haya más mujeres embarazadas en la calle; además se manifiesta que las embarazadas por lo general no quieren a sus bebés. Hoy se impulsa el implante sub-dérmico en las mujeres, así como en los noventa se promovió la ligadura de trompas (Vásquez, 2014, 28 de marzo). Cuando ya son madres, a ellas se les debe enseñar a ser “buenas madres”, a no continuar con la experiencia de abandono al interior de sus familias, a que se empoderen del rol de mamá y que logren conseguir ingresos para el sostenimiento de su hogar. Las hijas y los hijos también deben ser la motivación para el cambio.

Otro cuestionamiento hacia ellas se hace frente a sus relaciones de pareja. Algunos relatos muestran que las niñas y las jóvenes reproducen los parámetros heterosexuales de violencia física y psicológica, incluso en relaciones lésbicas:

Me llama la atención las relaciones de las niñas son patriarcales, hay una que domina y se comporta en el término machista, o sea, controla ejerce violencia emocional, como los hombres. Ellas tomaron ese modelo para relacionarse afectivamente con la compañera. Entonces, hay una que toma el papel dominante y es muy machista, siendo mujer (Páez, 2014, 26 de marzo).

Frente a las sexualidades no normativas se reconoce que hasta ahora Idipron está pensando en la diversidad sexual. La atención de personas transgénero ha sido un tema difícil de abordar, “pues al comienzo fue, como primero dentro de nosotros mismos, a veces uno se siente como ajeno a esas cosas, primero uno concientizarse de la población, independientemente de su condición sexual, son

personas que necesitan el apoyo y el cariño de todos” (Vásquez, 2014, 28 de marzo). Las rupturas en la cotidianidad han llevado a interrogantes frente a la oferta institucional, que si bien aún no se resuelven, se han puesto en la agenda, abriendo espacios de discusión al interior del Idipron desde el año 2013.

En algunas Unidades se aceptó la existencia de lesbofobia y transfobia por parte tanto de jóvenes como de servidoras y servidores públicos. En la mayoría de entrevistas se reflexionó sobre la falta de conocimiento y sensibilización que hay en la institución frente a las identidades sexuales e identidades de género, afirmando que es importante saber cómo tratar algunos asuntos que aparecen en el día a día. Por ejemplo, se plantea el tema de las UPI mixtas, la oferta de internado para mujeres transgénero, la acogida a mujeres embarazadas y la atención a mayores y menores de edad en un mismo espacio.

Igualmente, se manifestó la complejidad de aterrizar el marco de políticas públicas al trabajo cotidiano, pues algunas situaciones desbordan lo escrito en los instrumentos normativos y no logran permear las prácticas institucionales. Además, se consideró en las narraciones que Idipron debería trabajar más articuladamente, pues la mayoría de las acciones se dejan a la discrecionalidad de cada servidor o servidora, las cuales pueden llevar a prácticas discriminatorias. Un reclamo generalizado fue la falta de capacitación de servidoras y servidores públicos con el fin de mejorar la atención. Ampliar la mirada sobre lo femenino callejero es una tarea pendiente dentro del Idipron y quizás la incorporación de estrategias de transversalización de la política de equidad de género, a cargo de la Secretaría Distrital de la Mujer (SDMujer), brinde luces al respecto. Dicha entidad estableció que la categoría mujer habitante de/en calle:

Cobija a mujeres consumidoras de SPA, mujeres vendedoras ambulantes (indígenas, en situación de desplazamiento forzado y otras), niñas y adolescentes que pernoctan alrededor de las zonas de venta y consumo de SPA o que se encuentran vinculadas al microtráfico y demás mujeres recicladoras, mujeres *trans*, mujeres en ejercicio de la prostitución, mujeres taquilleras, mujeres en situación de desplazamiento forzado residentes en paga diarios o en la calle, etc., que demandan entre sí estrategias de

atención diferenciadas entre la diferencia de hecho que implica ser mujer para la sociedad y para el Estado (SDMujer, p. 9)

En esta definición hay progresos frente a la comprensión de las dinámicas callejeras de lo femenino; sin embargo, las tensiones entre pasado y presente del Idipron dificultan el rompimiento con el modelo patriarcal, asistencial y caritativo. Los *cuerpos femeninos callejeros* se construyen de acuerdo a unas características familiares, pero también en términos de imágenes, y se espera que sean como el Instituto ha determinado que deben ser, teniendo que cumplir con unos requisitos para ser aceptados y gozar de los beneficios de la política social.

La construcción de lo femenino callejero al interior del Idipron tiene efectos reales sobre los cuerpos y frente al goce efectivo de sus derechos. Aún hay tareas pendientes, tales como la acogida de mujeres en estado de embarazo, el internado para mujeres trans, el internado para menores de edad toxicómanas, la atención de emergencia frente a la violencia sexual en la calle y/o la activación de rutas frente a la interrupción voluntaria del embarazo (IVE) a partir de las tres situaciones aprobadas por la Corte Constitucional en 2006³⁰. La apuesta está en generar acciones compensatorias sin caer en la cristalización de representaciones que reproducen la desigualdad e impiden un análisis interseccional.

Para avanzar en la equidad entre los géneros contamos con una ventaja: Idipron se encuentra en un momento de crisis y movimiento, donde es posible hablar de transformación de imaginarios y producción de nuevas subjetividades, a partir de la revisión de lo femenino y lo masculino, brindando la oportunidad de construir nuevas imágenes sobre las niñas y las jóvenes. Lo anterior, va acompañado de la irrupción de las mujeres en los espacios sociales tradicionalmente ocupados por hombres; la calle es por supuesto uno de esos espacios, y esperamos dar cuenta de ello en el siguiente apartado.

³⁰ En la Sentencia C-355 de 2006 el aborto se despenaliza “a) Cuando el embarazo, *per se*, pone en riesgo evidente la vida de la madre, o cuando se asocia a patologías pre-existentes, cuyo agravamiento se constituye en amenaza mortal, b) Cuando se diagnostican con certeza malformaciones embrionarias o fetales que riñen con la supervivencia extrauterina, y c) Cuando el embarazo es producto de violación o procedimientos violentos, incluyendo prácticas de fertilización asistida no consentidas”.

4. EXPERIENCIAS Y RELATOS DE VIDA DE LOS CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS

*"Contar su historia era aún más difícil
que vivirla" (Lispector, 2006, p. 177)*

Este es el capítulo más difícil de escribir, está conectado directamente con mis entrañas, con mis emociones. Durante dos años y medio he compartido la vida, he aprendido a escuchar y a narrar mi vida, he intentado construir relaciones más horizontales, siendo también consciente de las relaciones de poder que hemos tejido. Yo he sido profesora, entrevistadora, acompañante, caminante, coleccionista de fotografías, dibujos, muñecos, aretes, manillas, "analista y académica". Por eso me repito sobre el lugar de privilegio en el que estoy como escritora, como una forma de jerarquizar desde la academia. Existe el peligro de romantizar y/o de apropiarme de las visiones de las personas menos poderosas, al mismo tiempo que miro desde sus posiciones. Escribir en nombre de otras es una actitud colonizadora del acto de contar (Behar, 2009).

Yo aquí transformo el relato oral en narraciones escritas, teniendo que cortar, recortar, ubicar y reubicar distintas voces, con el fin de hacer visibles las historias de vida. En el proceso todas fuimos narradoras de nuestras vidas, pero hoy yo narro desde lo escrito con un propósito concreto: presentar las *marcas corporales* y de género que dejan las experiencias familiares, callejeras e institucionales. De igual manera, construimos historias mientras vamos dando significación a nuestras experiencias, emociones y relaciones sociales.

"Hablar es siempre de algún modo el habla de un extraño a través de uno mismo y como uno mismo" (Butler, 2005, p. 339), una *interpretación* que nos permite ser más conscientes de sí mismas, una construcción, deconstrucción y reconstrucción en la que se pueden producir modalidades alternativas de poder. A partir del conocimiento situado y de una metodología etnográfica se buscó defender las experiencias corporales de quienes hicimos parte de éste proceso investigativo.

Sigo convencida de la importancia y la necesidad de seguir librando luchas en nuestra cotidianidad.

Los relatos de vida que aparecen en este apartado han marcado mi vida; con algunos fragmentos Usted podrá entender el afecto, la alegría, la rabia o la indignación con la que escribo. Parece, a veces, que escribiera desde la desesperanza; en el fondo la pregunta ¿Para qué hacer investigación dentro de una institución del Estado?, que no se resuelve con la opción de hacer investigación desde la academia. No obstante, también está presente la intención de hacer investigación de otra forma, que rompa con paradigmas tradicionales y que considere a todas y todos sujetos que construyen conocimiento. He ahí la gran apuesta política.

Localizar los relatos de vida implica aclarar que éstos se encarnan y materializan para dar cuenta de la construcción teórica que atraviesa este trabajo: *cuerpos femeninos callejeros*³¹. En este proyecto construimos conocimiento de manera colectiva, aquí no hubo objetos de investigación, todas investigamos sobre nuestras experiencias, reflexionamos sobre nuestros cuerpos y fuimos más conscientes de las transformaciones al interior del Idipron. Quisimos que fuese un diálogo constante, donde las voces de quienes no hemos tenido la oportunidad de ser escuchadas, pudiese ser oída por quienes habitamos la ciudad, “porque todos tenemos la culpa por aceptar una sociedad y no cambiar ese punto de la sociedad” (Diario de campo, junio 2013). Cómo sienten “ellas” que sus cuerpos importan menos que otros cuerpos (en sus familias, en la institución, en la calle), cómo sus cuerpos han sido feminizados de manera violenta, cómo habitan la calle y cómo construyen las relaciones de género en escenarios callejeros, son preguntas que guiarán la escritura de relatos de vida.

³¹ Todas las citas de este capítulo son relatos de niñas y jóvenes que asisten a los diferentes programas del Idipron para atender a niñez y juventud en situación de vida en y de calle, y se han recogido por medio de diarios de campo, conversaciones informales, estados de Facebook, ejercicios de mapas andantes callejeros, mapas corporales y entrevistas.

Yo busco una escritura feminista del cuerpo que, metafóricamente, acentúe de nuevo la visión, pues necesitamos reclamar ese sentido para encontrar nuestro camino a través de todos los trucos visualizadores y de los poderes de las ciencias y de las tecnologías modernas que han transformado los debates sobre la objetividad. Necesitamos aprender en nuestros cuerpos, provistas de color primate y visión estereoscópica, cómo ligar el objetivo a nuestros escáneres políticos y teóricos para nombrar dónde estamos y dónde no, en dimensiones de espacio mental y físico que difícilmente sabemos cómo nombrar. Así, de manera no tan perversa, la objetividad dejará de referirse a la falsa visión que promete trascendencia de todos los límites y responsabilidades, para dedicarse a una encarnación particular y específica. La moraleja es sencilla: solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva. (Haraway, 1995, p. 326).

La construcción de conocimiento colectivo y situado nos ha llevado a interpretaciones sobre nuestras vidas. Obviamente en este proceso también hubo obstáculos: con algunas niñas y jóvenes sólo fue posible conversar una vez, pues nunca más nos volvimos a encontrar, con otras simplemente no fluyó la generación de confianzas; aún con las más cercanas a mis afectos, tuvimos que suspender actividades debido a circunstancias dolorosas. En las conversaciones y ejercicios hubo evasión a preguntas, así como siempre se buscaba realizar una actividad paralela a la conversación (tejer, dibujar, pintar, fumar, arreglarse las uñas, comer, caminar, escuchar música, ver televisión, tener algún objeto distractor en la mano). Podría decir que son muy pocas las oportunidades en que nos sentamos a conversar largamente y sin interrupciones. Conocernos implicó conocer nuestras prácticas, nuestro día a día, en el hablar y en el hacer, por tanto esta fue una investigación móvil, viva y performativa.

En el camino también entendí que yo era leída como una “profe”, lo que marcaba una relación vertical y jerárquica; en algunos casos fui interpelada por no ejercer dicho rol. Para otras chicas dejé de ser “profe” para ser Carolina, es decir, que entendían que podíamos establecer una relación más allá de lo institucional. Esto se reflejó en la posibilidad de hablar sobre sus vidas con más tranquilidad, aunque siempre con la sospecha o el temor de lo que me implicaba ser leída como un cuerpo femenino inscrito en la palabra “gomela”. Dicha inscripción implicaba ser vista como diferente y reconocernos en la diferencia fue una postura investigativa.

4.1 TRAYECTORIAS DE VIDA DE LOS CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS

Lo primero que quisiera problematizar tiene relación con la procedencia de los cuerpos femeninos que se encuentran en las calles bogotanas, y que a la vez hacen parte de los programas del Idipron. A continuación algunos relatos sobre el lugar de nacimiento u origen y las razones para llegar a la ciudad.

Ella es una joven de 18 años que llegó con su mamá y su hermana desplazada del departamento del Meta. Su infancia la vivió en La Uribe, donde asesinaron a su papá. Luego vivieron donde unos familiares en Villavicencio (Meta) y finalmente llegaron a Bogotá para pedir ayuda del gobierno, ayuda que nunca llegó (Diario de campo, abril 2013).

Yo soy del Quindío, tengo 16 años y decidí venirme para Bogotá porque mi padrastro abusaba de mí. Llegué a vivir a Soacha (Cundinamarca) y alguien me ofreció trabajo en Bogotá en el Bronx. Por eso estoy acá –en Idipron–, pero ahora le cuento la historia... (Diario de Campo, marzo 2013).

Tengo 24 años, soy de la ciudad de Magangué (Bolívar). En Bogotá ya voy pa' 10 años. Me vine de mi casa porque yo quise conocer el mundo, la vida, saber cómo era la calle, sí, por experimentar (Ortega, 2014, 17 de abril).

Yo nací en Bogotá pero también he vivido en Mesitas (Cundinamarca) y en Villavicencio (Meta), he ido y vuelto porque esta ciudad cansa, en otros lados la plata rinde más (Diario de campo, mayo 2013).

Otra chica afirmó “yo soy de aquí y de todas partes”. También me impactó una niña de escasos 11 años, quien me respondió: “yo soy de aquí” –del Idipron. Ella está interna desde los 8 años (Diario de campo, abril 2013).

El lugar de origen y las razones de migración y/o desplazamiento forzado marcan la presencia de cuerpos femeninos en la calle. A través de los relatos de vida se evidencia que hay diversas experiencias frente a la llegada a Bogotá, así como múltiples formas de habitar la ciudad. Los relatos también permiten reflexionar sobre el desarraigo, el establecimiento de un no lugar y la definición de identidades y subjetividades a partir de la permanencia en el Idipron.

La calle empieza a emerger como una categoría con diferentes significados para unas y otras, las razones para habitarla, por supuesto, estarán marcadas por las experiencias personales, dejando de ser una categoría indistinta. Encontramos entonces múltiples formas de acercarse al Idipron y hacer parte de la oferta institucional: en los barrios populares, los lugares de expendio de drogas, desde remisiones de otras entidades, por información de otras niñas y jóvenes, por la vinculación a grupos juveniles, por el acercamiento de madres y padres de familia; todas éstas situaciones cuestionan la homogeneización frente a los requisitos de acceso a los servicios sociales.

4.2 LOS CUERPOS FEMENINOS CALLEJEROS Y SUS FAMILIAS

Partiendo de la existencia de varias posibilidades de composición familiar, y entendiendo la familia como una institución marcada por relaciones de solidaridad, conflicto y violencias, articulada y a la vez afectada por el contexto social (Puyana, 2013), queremos conversar sobre las múltiples experiencias familiares, dar cuenta de los contextos sociales en los que crecimos, reflexionar sobre las rutinas aprendidas en términos de sexo/género y pensar el *cuerpo femenino* como un proceso en permanente construcción, un proceso que nos marca.

4.2.1 Conformación de las familias. Hay múltiples formas de vivir en familia y de considerar las relaciones de solidaridad, afecto y conflicto que se gestan al interior de los grupos de personas. Cómo nos afecta dicha conformación en nuestras vidas es quizás lo más difícil de evidenciar al momento de narrar e interpretar nuestras vidas.

Mi mamá y mi papá se conocieron cuando eran jóvenes hippies. Mi mamá estudiaba en la Universidad de los Andes y mi papá en la Nacional, él es Artista Plástico. Cuando mi hermana y yo éramos muy pequeñas, mi mamá nos dejó con mis abuelos y no sabíamos nada de ellos (Diario de campo, septiembre 2013).

Ellas son hermanas, ambas viven con su mamá y un hermano en Usme. Su papá está privado de la libertad en la cárcel de Cómbita (Boyacá). Esta situación le afecta, sobre todo a una de ellas, quien llora cada vez que tiene noticias de él. La otra habla muy mal de su papá y esto es motivo de fuertes peleas entre ellas. Me contaron que su mamá les da unas “muendas” por ir mal en el colegio. Ambas han repetido tres veces el grado sexto, éste año lo van perdiendo y por eso se quieren salir de estudiar (Diario de campo, junio 2013).

Cuando era bebé mi mamá se fue y me regaló, me dejó con papeles y todo con una vecina. Yo le digo a ella abuela, finalmente fue con ella con quien me crié (Diario de campo, marzo 2013).

Mi mamá y mi abuela son de Tumaco (Nariño), yo nací acá. Vivo con siete hermanos en Sierra Morena –Localidad de Ciudad Bolívar–; mi mamá se fue un tiempo pa Tumaco a cuidar a mi abuela. El que responde por nosotras en este momento es mi hermano mayor que tiene 27 años (Diario de campo, abril 2014).

En esta familia de recicladores hay 10 hermanos. Las chicas crecieron con su mamá después de que su papá se fuera a vivir con otra señora. Las cuatro hermanas son muy unidas y solidarias. Todos los días hacen “vaca” para preparar el almuerzo de la casa y lo comparten con sus hijos y sobrinos. La comida siempre alcanza para todos... ¡hasta para mí cuando estoy de visita! (Diario de campo, diciembre 2012).

El papá de ella trabaja en una empresa de calzado en el Restrepo, la mamá de vez en cuando le resulta trabajo aseando otras casas. Ella vive con sus padres, su abuelita paterna, su hermano, su hermana, su hija y su pareja. Su padre la presiona para que aporte económicamente a la casa, ella se rebusca vendiendo productos por catálogo (Diario de campo, enero 2013).

Tengo 15 hermanos, siete por parte de mi papá y el resto por mi mamá. En mi casa me aceptan como yo soy, no hubo problemas. Al principio fue un poquito duro pero normal, ya después de adaptaron todos y ya gracias de Dios a mi casa yo puedo llegar bien (Ortega, 2014, 17 de abril).

Vivo con mi “marido” y la familia de él, soy mamá de un niño de ocho meses. Mi marido no me deja trabajar ni estudiar, hice hasta noveno. Cuando estuve en Idipron fue una experiencia única porque aprendí a entender las adicciones de los jóvenes, me ha servido para ayudar a mi pareja, porque él consume bazuco. Yo ya dejé la marihuana (Ahunca, 2014, 17 de enero).

Mi papá es gay y mi mamá es lesbiana, yo soy bisexual, tengo un hijo de año y medio al que amo con todo mi corazón. Apenas salga del internado me voy a ir a vivir con el niño y con mi novia (Diario de campo, mayo 2013).

Crecí con mi abuela, a mi mamá nunca la conocí, y el señor que es mi papá nunca lo veo. Él viene de vez en cuando, yo no le digo papá porque siempre viene es a pedir plata, por eso nos agarramos (peleamos) (Diario de campo, octubre 2012).

A mi papá lo asesinaron cuando tenía 4 años. Mi mamá trabaja en un jardín, yo vivía con ella, con mi hermano y mi hermana. Ella siempre ha preferido a mi hermano... yo era la

niña de sus ojos, pero desde que supo que me gustaban las mujeres me mandó a un hogar de bienestar familiar para que me curaran. Yo tenía para ese entonces 15 años. Y ella lo que no sabía era que en ese hogar el 90% de las niñas éramos lesbianas, entonces qué me iba a curar (risas). Ahora a ella le toca aceptar que yo sea un hombre, aunque de vez en cuando en la calle mi mamá me llama por mi nombre femenino y yo le digo: “no vino, se quedó en la casa” (Diario de campo, mayo 2014).

Es evidente que no hay única y legítima forma de vivir en familia. Las familias son diversas en términos étnicos, culturales, raciales, sexuales. “En contraposición a una familia con rasgos esenciales, lo que hemos encontrado los y las investigadores/as es que al ser el grupo familiar una institución social, su conformación cambia y es imposible atribuirle las mismas propiedades, cuando se conforman en distintos contextos culturales y sociales” (Puyana, 2007, p. 6). Por tanto, es insostenible hablar de las “Familias del Idipron” como un genérico que borra esas particularidades, tal como se plantea desde los discursos institucionales y en las prácticas cotidianas de servidoras y servidores.

Entender la multiplicidad de grupos a los que llamamos familias es también comenzar a pensar en los derechos colectivos que se deben proteger y garantizar para las familias desde la política social. Esto implica abandonar posiciones que culpan a las familias de los problemas sociales, invisibilizando dinámicas sociales estructurales, e imposibilitando así la construcción de propuestas que mejoren las condiciones de vida de éstas como grupo fundamental de protección para sus miembros ante las situaciones adversas, principalmente de niñas, niños, adolescentes y jóvenes.

4.2.2 Tensiones al interior de las familias. Dentro de nuestras reflexiones siempre estuvo presente que todas las familias atraviesan por problemas, en todas hay dificultades, por eso nunca se idealizó a la familia como el lugar de paz y tranquilidad. Además, se puso de presente que la familia se asume de manera distinta de acuerdo a la edad, al sexo, al género, a la cultura, a la raza o a la etnia.

Pero ¿Por qué se valoran distintas las situaciones de tensión en las familias de los cuerpos femeninos callejeros?

En una entrevista, un chico trans me dijo: “obviamente, si están en la calle la relación con la familia es mala” (Anónimo, 2014, 2 de mayo). Entonces los factores de riesgo en contextos familiares, y vistos en los discursos institucionales, aparecen como justificadores de la presencia de los cuerpos femeninos en la calle.

Realmente la relación con su madre la afecta mucho, las discusiones con su hermana también. Ella me dijo que prefiere vivir sola, y así no tener que aguantarse nada de lo que pasa en su casa (Diario de campo, diciembre 2013).

Jummm que rabia, que tristeza a lo bien que donde supiera donde quedara la mismísima mierda para allá me ibaaaa para no hacerleee estorboo es a naaaadiee” (Facebook, enero 2014).

Yo no quiero volver a mi casa porque yo soy muy orgulloso. Más bien voy a buscar un lugar estable donde vivir; mientras lo consigo pues el internado aquí siempre será una opción (Diario de campo, abril 2014).

Según algunos relatos, “ellas” ya no les interesan a las familias, porque ni siquiera las buscan. Eso me llevó a experimentar un sentimiento profundo de soledad, al pensar que Idipron es uno de los lugares donde pueden encontrar afecto frente a otros escenarios de sus vidas, y que tal vez por esta razón continúan asistiendo en medio de una dependencia material, que puede ser también emocional. Aunque también reconocen que,

Hay familias que sí van y las buscan, pero las chinas son las que no se quieren ir para las casas porque les gusta la calle, les gusta esa vida, no les gusta estar en una casa con comodidades, sino les gusta esa vida y ya (...). Ellas tienen puerta en la casa, pero ellas prefieren estar en la calle por la droga y porque de pronto, sí, ya no es el mismo trato con la familia (Anónimo, 2014, 2 de mayo).

Con este relato se observa que las relaciones entre los cuerpos femeninos callejeros y sus familias están atravesadas por el conflicto, y que quizás para evitarse más problemas, prefieren alejarse de sus familias. Lo anterior también me trasladó a una narración donde una chica me contó que su mamá siempre ha ido a

sacarla de La L³², y en algunas ocasiones llevaba a su hija –que actualmente tiene cuatro años– para convencerla de irse para la casa. “Mi hija me ha visto en los peores momentos de mi vida, pero yo la podía tener ahí al frente y prefería quedarme en la olla consumiendo bazuco, echándome mis pipazos. Mi mamá me obligaba a irme con ella para la casa” (Diario de campo, mayo 2014). Como lo afirman algunas, “uno no piensa en nada más, sino en la droga” (Diario de campo, noviembre 2013). Con este relato además se cuestiona el “instinto maternal” que enfoca en la maternidad el “cambio de vida” de las mujeres. También recuerdo a algunas jóvenes madres cuestionando a otras por “abandonar a sus bebés” o porque “dicen tranquilamente: *me lo quitó el Bienestar*”.

Estos mitos son sociales, en la medida en que constituyen un conjunto de creencias y anhelos colectivos que ordenan la valoración social que la maternidad tiene en un momento dado de la sociedad. Son individuales, en la medida en que inhibidores o movilizadores de la acción de cada madre- dan los parámetros de significación individual de dicha función. A su vez, están insertos en la valoración que dicha madre tiene de su accionar y del accionar de los demás (Fernández, 1994, p. 162).

Más que justificar las tensiones con sus familias, la permanencia en calle nos remite a entender que los *cuerpos femeninos callejeros* son cuerpos que trasgreden el orden establecido para “las mujeres” como esencia. No es gratuito encontrar en los relatos que las familias van a buscar mucho más a las chicas en la calle para brindarles “una mano”, un apoyo. Asimismo, las familias les permiten a ellas retornar más fácilmente a sus casas, y en algunos casos llegan a medidas extremas como dejarlas encerradas en sus viviendas para impedir que “salgan” a la calle. La calle, sigue siendo un espacio impensable para lo femenino.

Mi mamá me encierra con llave en el apartamento y yo me le vuelo siempre. Una vez dañé la chapa y el apartamento quedó abierto todo el día, hasta que ella llegó por la noche. Ahora mi mamá prefiere comprarme los tarros de pegante para que yo no me vaya a consumir al caño. Cuando llevo muchos días consumiendo me llama la ambulancia y me llevan al hospital Simón Bolívar (Diario de Campo, octubre 2013).

³² La L es uno de los lugares de expendio de drogas más grande de la ciudad de Bogotá. Está ubicado en la carrera 15, entre calles octava y novena. Popularmente se le conoce con este nombre por la forma en que se organizan los diferentes puestos o taquillas de droga (en forma de la letra L). Cada puesto representa una línea o mafia.

Mi mamá ya no me quiere ni ver, porque la última vez que fui a quedarme unos días a la casa me le robé la grabadora. Ya hace como 20 días que no voy por allá (Diario de campo, marzo 2014).

Para niñas y jóvenes “es independiente de ser hombre y mujer para irse a la calle, pues también podemos tener los mismos problemas” (Diario de campo, mayo 2014). No obstante, en algunos relatos prevalece el tema de abuso sexual, la violencia al interior de las familias, la expulsión por su orientación sexual o identidad de género, el enamoramiento hacia una persona con la que deciden irse de su casa, así como la maternidad: “el que la embarazo tiene que responder, porque los papás las echan cuando se enteran que están embarazadas” (Diario de campo, abril 2014).

Algunas son expulsadas de sus familias, otras deciden marcharse para cortar con las relaciones que las somete a violencia, unas finalmente ven la calle como un espacio de libertad, así no existan problemas familiares expulsores, por ejemplo, una chica dice que “antes no tenía problemas, pero no era feliz. Ahora tengo muchos problemas, pero vivo feliz” (Diario de campo, mayo 2014). Entonces, no es posible relacionar el habitar la calle exclusivamente con las tensiones al interior de la familia. De hecho, algunas recuerdan su infancia como una etapa agradable, a la que quisieran retornar: “la vida a veces es una mierda que desgracia hp por q no podríamos quedar como niños y no crecer de esa vida tan plena y llegar a esta crisis de la vida donde todo es una mierda” (Facebook, octubre 2013).

En diálogo entre los relatos de niñas y jóvenes, con los de servidoras y servidores, pareciere que el consumo de drogas fuera la principal explicación o justificación para estar en la calle, la mayoría de jóvenes indicó haber probado alguna droga a la edad de 13 años, sin profundizar en las razones para iniciar dicho consumo, siempre me respondían “por probar”.

De igual manera, los problemas económicos tampoco aparecen con frecuencia en los relatos. Y es cierto, no todas las niñas y las jóvenes que he conocido en

Idipron vienen de familias pobres. No obstante, ellas mismas manifiestan asistir a la institución porque en su “situación de calle” lo necesitan debido a sus precarias condiciones. Es un dilema afirmar si la pobreza es entendida por los *cuerpos femeninos callejeros* como una premisa para acogerse a los servicios de un programa social.

Por su parte, la ruptura con la escuela tradicional es una razón que reconocen como motivación para vincularse a la oferta institucional. Si bien hay jóvenes que finalizaron el bachillerato académico, otras abandonaron sus estudios cuando cursaban los grados sexto y séptimo. También he conocido analfabetas, quienes se vinculan a las Escuelas Populares Itinerantes. Para ellas es importante acceder a los servicios de nivelación escolar que ofrece el Idipron tanto en las UPI como en los territorios.

4.2.3 Las niñas de casa y las niñas de calle³³. La permanencia o presencia en calle es la justificación para llevar a las niñas y las jóvenes al Idipron. Recordemos que “la calle es el mundo de lo imprevisto, de lo accidental y lo pasional, en tanto que la casa remite a un universo controlado donde las cosas están en su debido lugar” (Da Matta citado en Fuller, 1995, p. 250). La calle cuestiona entonces lo femenino y nos lleva a pensar en cuerpos que deben ser corregidos para que cumplan con la norma binaria dentro del sistema sexo/género. Estos cuerpos están marcados y se plantean como “invivibles”.

Es interesante además, que la distinción entre niñas de casa y niñas de calle surja de una conversación con hombres jóvenes que habitan la calle. Ellos afirman no juzgar a las mujeres por estar en la calle, porque ellos mismos lo hacen (Diario de campo, abril 2014). Sin embargo, las niñas de casa son “hijas de papi y mami”, chicas de familia que no salen a la calle, mantienen encerradas y no salen a “farrear” (rumbear, consumir drogas, bailar). Mientras que, a las chicas de calle se

³³ Estas categorías han emergido a lo largo de la investigación como opuestos y me pareció importante darles un espacio para el desarrollo dentro del texto.

les reconoce en el hablado, ellas dejan de ser “niñas de casa” porque en los barrios hay mucha “pudrición”, se empieza por el primer “plon” de marihuana, luego uno sigue con perico, pepas, ácidos y finalmente se llega al bazuco (Diario de campo, abril 2014).

En la calle las niñas y las jóvenes *parchan* en grupos de sólo mujeres o acompañadas de hombres; el parche se convierte también como en su familia, allí “compartimos hasta las miserias”. Los parches están conformados por personas desde los 13 o 15 años en adelante y entre las actividades que realizan está ir a la “olla” a “trabarse” (drogarse)³⁴. El sábado es el día de reunión, de la farra; entre semana se la pasan en el parque o en el barrio, en la esquina, siempre en el espacio público, visibles a la comunidad (Diario de campo, febrero 2013).

La vinculación a grupos de barristas también hace parte de sus experiencias en calle. Seguir a sus equipos se convirtió en la excusa para salir de sus casas y viajar por el país, algunas se definen como “barristas caminantes”, proceso en el que aprendieron a defenderse por sí mismas y a hacerse respetar dentro de estos grupos, donde “ser hembra es menospreciado” (Diario de campo, abril 2014).

También hay cuerpos femeninos que habitan la calle en “duque” (dúo), es decir, junto a otra persona, quien puede ser su pareja, una amiga, un amigo o un familiar –habitualmente me he encontrado con hermanas y hermanos. Por lo general, entre ambas personas se “levantan” el dinero para una pieza, consiguen comida y provisiones de drogas (Diario de campo, octubre 2013).

Otros *cuerpos femeninos callejeros* prefieren andar en solitario por la calle, aseguran no necesitar de ningún tipo de protección, pues “yo me sé defender sola, y me paro a cuchillo con quien sea” (Diario de campo, abril 2013). Precisamente se piensa que la mejor protección en la calle es no confiarse de nadie, no tener que deberle nada a nadie, ni tener que compartir “lo mío”. “Hay muchas chinas

³⁴ Las drogas que los cuerpos femeninos callejeros me han relacionado frente a su consumo son pegante, pepas, marihuana, ácidos, perico, chamber, heroína y bazuco.

que son re guerreras y ellas mismas la guerrear y nunca han tenido hombres al lado” (Diario de campo, marzo 2014).

4.3 ¿QUÉ PASA CON LO FEMENINO EN LA CALLE?

A los *cuerpos femeninos callejeros* se les cuestiona no cumplir con los roles socialmente asignados dentro de la separación binaria, están marcados por la calle y desde allí son leídos como cuerpos deshumanizados. Lo femenino callejero no es una forma de vida viable y por ende estos cuerpos son cuestionados con más fuerza que otros cuerpos que se exponen en la calle. En los relatos se admite que la calle es un espacio que obliga a seguir las lógicas de violencia y de imposición de lo que se entiende como masculinidad hegemónica:

Yo cuando estaba femenino de pronto era todo más fácil, pedir plata, cualquier cosa. Así, como uno es un hombre, le toca pararse duro. En la calle todo se soluciona a los puños, el que manda, manda... y pues ¡las niñas también se dan!

C.R: Pero, ¿Ser hombre te protege en la calle?

De pronto muestro más fortaleza. Si yo voy femenino a las tres de la mañana y pasan un poco de manes, créame que no van a tener el mismo pensamiento de cómo me veo como hombre (Anónimo, 2014, 2 de mayo).

De otro lado, una chica transgénero me dice: “ser mujer no es tan fácil, así en la situación de nosotras es duro, más si uno está en la calle, uno se adapta y se... todo” (Ortega, 2014, 17 de abril). En la matriz de inteligibilidad, pareciera que la calle obligara a *masculinizarse*, “cada vez empecé a usar ropa más ancha, me corté el pelo...” (Diario de campo, febrero 2013). “Las mujeres en la calle perdemos esa feminidad, porque nos toca buscar formas para que no abusen de nosotras, por eso se ve tanto chachito” (Diario de campo, mayo 2013). Estos relatos muestran que la calle tiene un sistema de regulación de los cuerpos y los comportamientos, donde lo masculino es la forma más viable de ser un cuerpo que importa, o por lo menos evitar transgresiones por estar donde no debe estar.

4.3.1 “El dinero trae poder, si no se tiene, uno no vale nada”: formas de conseguir dinero en la calle. Frente a esta temática hay posiciones encontradas. Se dice que “a las mujeres les toca más duro para conseguir dinero, hay muchas chinas acá que no saben hacer nada” (Diario de campo, junio 2013), entonces se cree que “las mujeres no consiguen tanto, mejor dicho el hombre consigue más plata en la calle, pero la mujer consigue más fácil el dinero” (Diario de campo, agosto 2013). Otras opiniones ubican en igualdad de condiciones a las mujeres y a los hombres al momento de conseguir dinero; “eso es por igual, si él roba, yo robo” (Diario de campo, septiembre 2013). Otras piensan que para la mujer es más fácil pedir o mendigar, razón por la que el “regateo” (mendicidad) es más rentable para ellas “si una mujer pide, le dan, pero vaya un hombre y pida...lo primero que le dicen es vaya y trabaje” (Diario de campo, abril 2014).

En los relatos mencionan que “ellas se ganan el dinero robando, vendiendo drogas o en la prostitución, aunque también hay unas que trabajan honradamente en el café internet o vendiendo ropa” (Diario de campo, abril 2014). Otros *cuerpos femeninos callejeros* trabajan en los buses, bien sea vendiendo dulces o mercancías, o simplemente mendigando para el diario, “me subo y hablo de la palabra de Dios, digo que vengo de una Fundación y la gente me da plata” (Diario de campo, abril 2014).

Reciclar también es una forma de ganarse el dinero en la calle. Algunas jóvenes se desplazan desde barrios ubicados en las Localidades de Usme o Rafael Uribe Uribe hasta el norte de la ciudad. Este trabajo se realiza durante tres días a la semana –lunes, miércoles y viernes– y pasan la noche entera en la calle, durmiendo debajo de un puente y esperando la hora de apertura de las bodegas. Los recorridos de reciclaje no los hacen solas, sino en compañía de otra mujer, lo que les implica repartir entre dos las ganancias, mientras que los hombres trabajan individualmente. Estar acompañadas les hace sentirse más seguras, pero les trae desventajas en términos económicos, razón por la cual las chicas deben

buscar recursos adicionales a través de la venta de objetos reciclados en los mercados de las pulgas.

Sin duda, un tema difícil de reflexionar es el ejercicio de prostitución. En algunos relatos se justifica que es la forma más fácil y rápida de conseguir dinero pues “por un ‘rato’ (relación sexual) uno puede pedir desde 15 mil hasta 30 mil” (Diario de campo, mayo 2013); también es una forma menos arriesgada para evitar ser privada de la libertad, “con el hurto corro el riesgo de que me ‘guarden’ (encarcelen)” (Diario de campo, junio 2014). No obstante, algunos cuerpos que consiguen dinero por medio de la prostitución reconocen que “yo trabajo y me va bien, pero todo me lo gasto en la fuma” (Ortega, 2014, 17 de abril).

Algunos *cuerpos femeninos callejeros* critican a otros por el ejercicio de la prostitución, “lo que no me gusta de andar con ella es que ella vende su cuerpo” (Diario de campo, abril 2014). Otros cuerpos son explotados sexualmente al interior de “chochales” (prostíbulos) o dentro de los mismos lugares de consumo. “A veces mi hermana va y está con un man y sale alegando porque el cliente no le pagó” (Diario de campo, septiembre 2013).

El hurto siempre será una opción para conseguir dinero en la calle; desde el “volao” (raponazo), hasta el “quieto” (atracó) o los “lujos”, robo de partes de carros, principalmente de los espejos. Los cuerpos femeninos que ejercen prostitución también ven la opción de robar a sus clientes como forma de sacar mejor provecho de la relación sexual, “quien quita que por ahí uno vaya y se ‘enguaque’ (encontrarse dinero, joyas u objetos de valor)” (Diario de campo, febrero 2013).

El robo a taxistas también es uno de los temas comunes en los relatos, la mayoría han pasado por esta etapa. “Yo hice parte de una banda que sólo le pegaba a los pollos, a los amarillitos” (Diario de campo, febrero 2013), “el gancho son las nenas, porque los taxistas caen muy fácil cuando se les pone una niña bien rica” (Diario de campo, marzo 2013). Esta última frase demuestra la utilización del cuerpo femenino como objeto sexual frente a la construcción de relaciones de género en

la calle. Así mismo, pareciera que las chicas cumplen roles específicos frente a algunas dinámicas callejeras de acuerdo al proceso de feminización.

Las representaciones que se construyen sobre las calles bogotanas por lo general se relacionan con peligro, delincuencia y violencia, características asignadas a lo masculino; a la vez, quien habita la calle es arriesgado. Cuando ubicamos en un contexto de calle a cuerpos femeninos, o bien esto hace tambalear los imaginarios que homogeneizan, o puede reforzar una producción de identidad desde referentes masculinos: sin duda la calle es un escenario de ejercicio del poder. Pero ¿Cómo se construyen los géneros en contextos callejeros? Entender que las representaciones sobre el cuerpo se manifiestan y ajustan a materias de identidad personal, orientación sexual, género, edad, y que estamos en permanente construcción, da la posibilidad de reflexionar sobre los rituales que nuestros cuerpos han interiorizado por medio de la repetición como performance.

4.3.2 Performance callejero: las relaciones de género. El día y la noche hacen la diferencia en la calle. Según los *cuerpos femeninos callejeros* “en el día casi no hay riesgos porque hay muchas personas” (Anónimo, 2014, 2 de mayo). Sin duda cargamos con *marcas corporales* cuando caminamos la calle, somos leídas y leídos dentro del sistema sexo/género. Habitamos la calle en un constante performance. Lo hacemos todos los días cuando salimos de nuestra casa vestidas o vestidos como..., cuando caminamos con nuestro “tumbao” (cadencia), cuando hablamos en público, cuando compartimos en grupo, cuando hacemos lo que la sociedad espera que hagamos o cuando subvertimos dicho orden, cuestionando la matriz de inteligibilidad.

Los *cuerpos femeninos callejeros* cuestionan la calle como un escenario masculino; sin embargo, distintas prácticas les recuerdan que la calle no es un lugar para que hagan presencia. Con las mujeres trans, por ejemplo, “no falta que uno está parado en una esquina y pasa la gente le echa huevos o desperdicios de

comida” (Ortega, 2014, 17 de abril). Así mismo, los hombres en la calle piensan que pueden disponer del cuerpo de las mujeres, “yo estaba un día rebuscándome para comer y un man me dijo que dejara de pedir y que más bien cuánto le cobraba por un rato, ese día me dio mucho ‘rabo’ (rabia)” (Diario de campo, mayo 2013). Aquí también la falsa concepción de que todas las mujeres permanecen en la calle, ejercen la prostitución.

Al interior de los grupos de jóvenes que habitan la calle también “hay unas normas de comportamiento para respetar a las mujeres” (Diario de campo, abril 2014), no se permite por ejemplo que un hombre golpee a una mujer. Sin embargo, la violencia basada en género es común en la calle. Aceptar que la calle no es para “ellas” implica también generar otras formas de relacionarse con los cuerpos femeninos. La caridad se justifica en su vulnerabilidad y “el trato es mejor con las mujeres que con los hombres, toda una vida” (Anónimo, 2014, 2 de mayo), claro está, no con las mujeres trans, con aquellas que rompen con la norma, con la heteronormatividad.

De igual manera, un chico trans manifestó que “uno de hombre cualquiera se le enamora, un día un man me iba a coger a cuchillo (...), en la posición de hombre también hay que pararse duro y eso lo hace sentirse a uno más hombrecito” (Anónimo, 2014, 2 de mayo). Durante la entrevista él reconoció el privilegio de ahora ubicarse en lo masculino, pero también dejó claro que ser hombre implica retos, sobre todo cuando la violencia es parte del relacionamiento en la calle.

Entonces encontramos diferencias en las formas de habitar la calle, de acuerdo a la identidad de género. Para lo femenino, lo masculino y lo trans la calle tiene oportunidades, privilegios y obstáculos distintos. A cada cuerpo la calle le trae múltiples contradicciones, y éste es un llamado a mirar la calle desde un enfoque de interseccionalidad, es incluso romper con la visión masculinizadora y homogeneizadora sobre los contextos callejeros.

4.3.3 Marcas corporales. La aceptación y la relación con sus cuerpos en la calle se construyen de manera particular. Los prejuicios misóginos, por ejemplo, pesan mucho al momento de pensar en la menstruación. “Uno en medio del pánico y tas, siente que le bajó algo y que está manchada, que todo el mundo se burla de Usted, y corra pal baño y nada. Y el diablo es tan áspero que ahí si uno no consigue ni 100 pesos para una TH (toalla higiénica)” (Diario de campo, abril 2014). A varias, el tema de la menstruación, así como todo lo que tiene que ver con su aparato “reproductor”, les genera dolores y visiones en momentos de consumo de drogas. La maternidad o el aborto han dejado marcas corporales que se viven con mayor intensidad en los momentos de la traba. Mientras inhalaba pegante, una chica me expresó: “Yo siento que tengo el virus del papiloma, sentí que entró por mi vagina cuando estuve con ese hombre (risas)...me dan muchos cólicos, sobre todo con los cambios de luna me dan muchos cólicos” (Diario de campo, febrero 2014).

De igual manera, la violencia de género ha dejado marcados a estos cuerpos: “Yo por ejemplo cuando estoy echándome mis pipazos siento las cuatro puñaladas que mi marido me pegó... las siento como si estuviera chuzándome otra vez, y me retuerzo como loca” (Diario de campo, julio 2013).

Un tema que todas mencionaron como algo muy común en la calle, pero que en ningún relato se logró una narración personal o corporal, fue la violencia sexual. Estas historias siempre se contaban en cuerpos ajenos, nunca en el propio cuerpo. Sin duda era fácil hablar de otras y contar que “anoche yo vi cuando los ‘sayas’ (quienes prestan seguridad en la ‘olla’) estaban planeando hacerle la vuelta” (Diario de campo, julio 2013), o que “el marido la vendió por vicio” (Diario de campo, octubre 2013), o reconocer que “a mi hermana la violaron ayer, pero ella no quiere decir nada en la Unidad” (Diario de campo, septiembre 2013). Es urgente hacer un llamado frente a la necesidad de denunciar los casos de violencia sexual que se presentan sobre los *cuerpos femeninos callejeros*, así como activar las diferentes rutas de atención. El tema está absolutamente

invisibilizado y ha dejado marcas imborrables en los cuerpos. Dicha violencia se naturaliza por el hecho de estar en la calle y someterse a los riesgos y vulneraciones que éste escenario implica para “nosotras”.

Rayar el cuerpo, marcarlo con tatuajes elaborados con tinta china, así como recordar los motivos de cada una de las puñaladas o “puntazos” es una forma de afirmarse y estar viva. Las heridas con arma blanca, y las cicatrices, acostumbran dejarse en el torso, las piernas, las muñecas o el pecho, también como una forma de feminizar los cuerpos en la calle. El rostro suele ser también un sitio que se ataca constantemente, “¡mire cómo me volvió la cara esa piroba, profe!”, fue la expresión con la que me recibió alguna vez una joven en una UPI del Idipron. Frente a esas marcas corporales, veamos algunos relatos:

Yo estaba como a las dos de la mañana en el parque oliendo pegante, no me acuerdo que pasó, sólo que un man llegó y me quería quitar el saco. Cuando me di cuenta tenía el zapato lleno de sangre, me acuerdo que en ese momento llegó la policía y me llevaron al hospital. Me pegaron tres puñaladas en las piernas, y no estoy segura si me querían violar (Diario de campo, diciembre 2013).

Esta puñalada de acá (me muestra la espalda) me la pegó mi ex mujer, esa era bien celosa y una vez me agarró a cuchillo (Diario de campo, abril 2014).

Este brazo me lo cortaron en La L porque se me perdieron 70 mil pesos de la “taquilla”, y había sido mi novio el que me los sacó cuando me quedé dormida. Ese día me iban a matar, me alcanzaron a pegar tres puñaladas, pero cuando “el patrón” se dio cuenta que había sido él el del robo me dejó salir y yo caí casi muerta en la Plaza España, los de salud me llevaron al Santa Clara y luego me trajeron a aquí –Idipron. (Diario de campo, marzo 2013).

Este tatuaje me lo hice con las iniciales del nombre de mi papá y mi mamá, ¿si ve? Ahora me estoy haciendo otro por mi hermano, a él lo mataron hace dos años (Diario de campo, octubre 2013).

Yo tengo 27 tatuajes, 15 puñaladas y 73 rayas de minora –de cuando me intenté matar–, ¿quiere verlas? (Diario de campo, agosto 2013).

Intentar suicidarse también es un tema que se refleja en los relatos. El uso de chuchillas de afeitar –la minora– o de otras armas corto-punzantes han dejado huellas en sus muñecas y antebrazos. Dos personas con quienes compartí me

trajeron momentos de angustia cuando me enteré que habían tomado veneno para ratas o habían tenido sobredosis de pepas.

También quisiera rescatar las marcas que en algunos cuerpos dejaron las experiencias sobre la maternidad:

Decidí no consumir más y pedir internado. Siempre que me metía un pipazo escuchaba el llanto de un bebé, me monté en el video y dije mejor voy a cuidar a ese bebé que viene en camino (Diario de campo, mayo 2014).

Yo le daba seno al bebé mientras consumía bazuco (llanto). Yo no fui capaz de dejarlo... me iba para la calle toda la noche mientras mi hijo se quedaba durmiendo en la cuna, me entraba cada tres o cuatro horas a la casa a echarle ojo y para darle leche (Diario de campo, mayo 2013).

Soy mamá de dos hijos, a ellos los tiene un hermano mío, viven en Fusagasugá (Cundinamarca), hace mucho que no los veo (Diario de campo, agosto 2013).

Tener a mi hija me cambió la vida del cielo a la tierra. Yo antes me iba a “farrear” y todo el fin de semana por fuera de la casa. La demora fue quedar embarazada y coger juicio (Diario de campo, febrero 2013).

Desde que mi hija iba a cumplir un año yo me fui a celebrar a Girardot (Cundinamarca) el cumpleaños de Millonarios, ése día casi me matan los hinchas del América, mire las chambas que me hicieron esos hijueputas (Diario de campo, mayo 2014).

Aquí quisiera resaltar cómo los cuerpos femeninos cargan con marcas que hace que éstos vivan y sientan la calle de manera diferenciada. Relacionar las cicatrices, los tatuajes, en general las *marcas corporales* con situaciones y con personas, nos debe llevar a una comprensión compleja sobre las relaciones de género que se reproducen e interiorizan en cada cuerpo. No es gratuito que ellas sientan vergüenza por su menstruación, así como las maternidades en algunos casos las hagan sentir culpables por lo que hacen. Así mismo, hechos de violencia al interior de sus relaciones amorosas las han marcado.

4.3.4 Las relaciones de pareja. La calle es un escenario donde se consigue también afecto, “yo me enamoré de él en la calle, ya llevamos cinco años y tenemos dos hijas. Claro está que las niñas nos las quitó el bienestar familiar”

(Diario de campo, octubre 2013). En otros casos se observa que “cuando nos conocimos nosotros éramos sanos, sino que nos farreamos un día y quisimos probar...ahí nos quedamos, y así será hasta la muerte” (Diario de campo, marzo 2013).

En los relatos, los *cuerpos femeninos callejeros* coinciden en afirmar que “los rollos de pareja afectan más que los rollos con la familia” (Anónimo, 2014, 2 de mayo). Esto ha llevado a que algunas se hagan daño o a que actúen de manera violenta frente a celos, “por estar agarradas en plena entrada del Bronx, a mi mujer le dio por botarme un ladrillo. En ese momento la policía llegó y ella tenía antecedentes... y de una pal Buen Pastor” (Diario de campo, septiembre 2013).

Así como hay diversas conformaciones familiares, en la calle también se establecen múltiples formas de construir una vida en pareja. No obstante, las mujeres heterosexuales suelen decir que “el hombre es el que toma las riendas” de la relación. Así, la figura del hombre proveedor prevalece en algunos casos: “yo me quedo en la pieza mientras él sale y se levanta la comida, y también el vicio, todo me lo lleva” (Diario de campo, junio 2013). En las relaciones lésbicas también encontré ejercicio de prostitución para la consecución de dinero, donde una de las dos mujeres trabaja, mientras su compañera la vigila en la plaza de La Mariposa³⁵. Otras niñas y jóvenes se reconocen como bisexuales, ellas manifiestan ser “de todito”, y han tenido relaciones tanto con hombres, como con mujeres.

Sin embargo, la mayoría manifiesta la dificultad para compartir espacios con mujeres trans. “Yo no podría convivir con un travesti. Imagínese si uno se está bañando y sale con el pipi mostrándolo” (Diario de campo, octubre 2013). El sistema sexo/género sigue operando en términos binarios frente a la lectura de los cuerpos; así la convivencia con cuerpos leídos como “anormales” se dificulta para las chicas que deciden acceder al servicio social de internado y reproduce el discurso institucional frente a la atención de mujeres transgénero.

³⁵ Esta plaza se ubica en la Avenida Jiménez, entre carreras 13 y 14, barrio San Victorino.

4.4 LAS EXPERIENCIAS EN IDIPRON

El paso por el Idipron puede ser de un solo día, algunas semanas, meses y hasta años. Estas trayectorias están grabadas por un ir y venir constante. Yo, después de un año de interactuar en un mismo escenario institucional –UPI– me encuentro con rostros que se mantienen y otros que regresan. De otro lado, en los territorios también se gestan procesos donde la vinculación al Instituto está mediada por el habitar barrios a partir de las lógicas de la vida de las y los jóvenes; por supuesto allí también unas van, otras regresan y a otras nunca se les vuelve a ver.

Los *cuerpos femeninos callejeros* que llegan al Idipron, por lo general, han pasado ya por otras instituciones. Son comunes relatos en el ICBF, en Centros del Sistema de Responsabilidad Penal Adolescente (SRPA) –El Redentor o Semillas–, así como en hospitales mentales, fundaciones de rehabilitación o ministerios cristianos; para estos cuerpos no existe diferencia entre las entidades públicas y las organizaciones privadas. Incluso, algunas jóvenes y sus familias ven al Idipron como una “Fundación”, no como una entidad estatal, y esto en términos de imaginarios y reproducción de discursos plantea obstáculos frente a la exigibilidad de derechos, así como profundiza la lógica asistencialista. Algunas se culpan afirmando que “uno no aprovecha la oportunidad porque acá le dan a uno todo” (Diario de campo, marzo 2013). No se observa una postura que establezca la responsabilidad del Estado de proteger y garantizar sus derechos.

Idipron es un “programa de puertas abiertas” donde se puede “pedir puerta” (ingreso) cada vez que se necesite. Sin embargo, distinguir entre una ayuda inmediata y un proceso de integración social fue uno de los temas más complejos de indagar. Frente a lo anterior, presentamos algunos relatos en términos de corto, mediano y largo plazo:

Cuando ya llevo mucho tiempo en la calle, sin poderme bañar, con hambre y cansada vengo acá a Luna Park y siempre me reciben (Diario de campo, mayo 2013).

A mí me gusta venir, hacer el proceso y internarme por ahí unos tres meses donde cojo otra vez carnita y salgo bien *mami* (bonita) otra vez (Diario de campo, agosto 2013).

Estoy aquí porque me cansé... porque quiero cambiar y quiero recuperar a mis hijas, ojalá lo logre porque ya lo he intentado tres veces y siempre caigo al mismo hueco, cada recaída es peor (Diario de campo, abril 2013).

Me veo en el futuro cambiada, otra persona diferente (Ortega, 2014, 17 de abril).

Llevo un año acá, pero tengo miedo de salir, no quiero volver a mi casa. Yo tengo este convenio ahora con el Idipron y así me gano la plata, pero ¿cuándo se acaba qué? Le he pedido a las “profes” que me ayuden a conseguir un trabajo estable a ver si puedo irme más tranquila (Diario de campo, diciembre 2013).

Aunque han sido pocas las historias alegres que permiten ubicar hoy a las niñas y a las jóvenes en otras condiciones de vida, debo destacar la finalización del proceso de internado de algunas chicas, la promoción de estudios de primaria y secundaria, la vinculación laboral a convenios entre Idipron y otras entidades distritales, así como la aprobación y financiación de dos proyectos juveniles en la Localidad de Usme.

En otros casos, la situación de las chicas ha empeorado con hechos como la vinculación a redes de prostitución y explotación sexual, embarazos producto de violencia sexual, aumento del consumo de bazuco y pegante, privación de la libertad en instituciones del SRPA o en la cárcel el Buen Pastor.

Pensar en la permanencia implica pensar en el seguimiento que –en términos institucionales– se hace a las personas que llegan o pasan por Idipron. Es necesario indagar sobre las motivaciones de ingreso, permanencia y salida de los diferentes programas del Instituto, desarrollados tanto en los territorios como en las UPI, así como indicar si los procesos están respondiendo a la misión institucional de garantizar el goce efectivo de derechos de niñas, niños y jóvenes de la ciudad.

4.4.1 Motivaciones para ir al Idipron. Debo confesar que las UPI epicentro de esta investigación (La 32, Perdomo, Luna Park y El Oasis) tienen una apariencia de cárcel. Están encerradas por muros en ladrillo muy altos, algunos con alambre de púa enrollado, pintados de azul y blanco, o de gris y naranja. Cuando conocí estos sitios, pregunté cuáles serían las motivaciones para ir, ante lo cual los *cuerpos femeninos callejeros* respondían:

Yo vengo para no tener que aguantarme la cantaleta de mi mamá en la casa todo el día: “que haga algo, que haga oficio, que vaya me trae”. Y pues la ventaja es que acá como también es un colegio, pues puedo terminar mis estudios (Diario de campo, abril 2014).

Acá uno la pasa bien, ¡relajado!, uno se “desparcha” (retira) un rato de la calle, come bien, eso sí, que su desayuno, su merienda, su almuerzo, su frutica, porque lo que más me gusta de venir a Idipron es la comida (Diario de campo, julio 2013).

Vengo a Idipron a tapar el hueco del hambre; acá puedo lavar mi ropa, relajarme un rato (...), en la calle a algunas se nos complica la situación (Ortega, 2014, 17 de abril).

Busqué a Idipron porque mi mamá me prometió que si venía y me internaba no me volvía a llevar al psiquiátrico, entonces estoy cumpliendo con los días que me piden para poderme quedar en el internado (Diario de campo, marzo 2013).

Los talleres que tiene esa casa son muy buenos, que belleza, que panadería, que costura, algo se aprende a hacer para ganarse la vida. Yo sueño con tener algún día mi salón de belleza (Diario de campo, abril 2013).

Me gusta venir porque el trato es muy bueno, la atención es *bacana*, las “profes” son re todo bien con uno, me tienen paciencia por más trabada que llegue. Yo por ejemplo si tengo algún dolor, la enfermera me atiende, que la psicóloga. Uno encuentra alguien que lo escuche (Diario de campo, septiembre 2013).

Acá yo puedo lavar toda la ropa que traiga, mientras que en Integración Social sólo me dejan lavar tres prendas. Yo traigo también la ropa de mi *marido* para aprovechar y lavarla (Diario de campo, octubre 2013).

Idipron es un colegio donde puedo nivelar los estudios, yo quedé en séptimo, y pues llevaba dos años sin estudiar, además ¿en qué otro colegio a Usted le dan subsidio de transporte, los útiles escolares, desayuno, almuerzo y refri? En ninguno que yo conozca (Diario de campo, marzo 2014).

Vengo porque lo necesito. Yo no vendría acá por recocha, hay días que no tengo para pagar el hotel, toca echar el hotel “prado”. Acá le enseñan a uno a... a nada, a hacer crucigramas. Se supone que nos van a pasar a La 32. Allá hay muchos talleres, acá no se puede hacer nada, porque el espacio no da y porque los recursos económicos supongo (Anónimo, 2014, 2 de mayo).

En los relatos se percibe la diferencia de servicios que se ofrecen en una y otra UPI. Por ejemplo, en La 32 y Perdomo se cuenta con un proceso de nivelación escolar y con talleres de formación para el trabajo; mientras en Luna Park y El Oasis no existe dicha oferta. Esta división en la atención brinda posibilidades de estudio y generación de ingresos a quienes asisten a La 32 y Perdomo, y deja en el completo asistencialismo a las de Luna Park y El Oasis –comer, dormir, lavar la ropa. En las lógicas institucionales esta diferenciación se establece entre habitante *en calle* y habitante *de calle*. Por supuesto, la producción de estereotipos desde la institución ha limitado la posibilidad de agencia de las y los sujetos para que se piensen sus vidas de manera distinta.

4.4.2 Control sobre los cuerpos. Dentro de las UPI hay unos dispositivos que permiten el control de los cuerpos. Prácticas como formar y rezar, quitarse la gorra en el comedor, tener horarios para fumar cigarrillo, levantarse a las 5:00 a.m. a asear la casa, pedir permiso en una clase para ir al baño, retener los dispositivos electrónicos al momento del ingreso, entre otras, generan rutinas y disciplinan los cuerpos. Una forma de romper con estos dispositivos, y plantear resistencias, ha sido el ejercicio de la sexualidad, así como el consumo de marihuana de manera clandestina:

Mi novia y yo aprovechamos que la sala de televisión estaba oscura, y que ya se habían dormido las demás para tener relaciones, pero una de las chinas se dio cuenta y fue y *sapió* (contó) y nos jodieron a las dos, nos dijeron que decidiéramos quién se iba del internado (Diario de campo, marzo 2013).

En la hora del cigarrillo nosotras nos vamos bien para el fondo y *taquiamos* (llenamos) una tapa con marihuana...nos hacemos las que fumamos relajadas mientras hablamos (Diario de campo, agosto 2013).

Los baños son un lugar de escondite y de realización de ciertas prácticas que no están permitidas en la UPI. “A mí me suspendieron una vez porque me encontraron echándome unos ‘plones’ en el baño” (Diario de campo, marzo 2013). Otros cuerpos femeninos manifiestan que dentro de la Unidad han conseguido

“clientes”; una mujer trans cuenta que “más de uno en esta Unidad se ha ido conmigo después de salir del patio” (Diario de campo, junio 2013). En otros casos se presenta que dentro del Idipron se conforman parejas, no siempre parejas heterosexuales, una forma más de romper con la heterosexualidad obligatoria.

En este momento las cuatro Unidades que reciben *cuerpos femeninos callejeros* son mixtas. Si bien en dos se mantiene la separación de acuerdo al sexo, la presencia de personas transgénero las hace mixtas. En estos lugares, los hombres trans manifiestan que “en la Unidad las ‘profes’ como lo ven a uno como hombre le ponen a hacer las cosas más duras ¡ay, porque Usted es el hombre!” (Anónimo, 2014, 2 de mayo), reproduciendo así estereotipos de género.

Frente a la diferencia sexual, una mujer trans confesó: “no me gusta relacionarme con tantas mujeres, siempre me he relacionado con hombres” (Ortega, 2014, 17 de abril), con lo cual justifica la separación por sexo que hace el Idipron. Y como se mencionó anteriormente, algunas mujeres también rechazan la posibilidad de compartir el baño con mujeres con pene.

El control de los cuerpos femeninos dentro del Idipron todavía está normado por el sistema sexo/género, se siguen homogeneizando los cuerpos callejeros desde la diferencia sexual y se miran con extrañeza las prácticas lésbicas o transgénero, pese a que en la cotidianidad éstas atraviesan sus experiencias de vida.

4.4.3 Razones para irse del Idipron. Algunas jóvenes han manifestado las razones de retiro, argumentando su rechazo por las lógicas de disciplinamiento sobre sus cuerpos, que se resumiría en la siguiente frase: “aquí hay mucho estrés, no me controla mi mamá para que me vengán a controlar aquí (...), yo no aguanté, me aburrí, me fui” (Diario de campo, abril 2014). Pero irse del internado no significa irse del Idipron, pues algunas continúan accediendo a los servicios desde otras

modalidades: territorio, externado, Semilleros de Investigación³⁶. Entonces me pregunto: ¿Prevalecen las necesidades materiales? Y encuentro un asunto que se expresa en varios relatos, en Idipron se les ha dado amor (Diario de Campo, enero de 2014) y esta es una motivación para continuar vinculadas, o por lo menos para no retirarse definitivamente de los diferentes programas.

Unas se retiran, principalmente del internado, cuando sienten que ya están recuperadas y pueden retomar su vida en la calle. Otras manifiestan que la ansiedad por consumo de drogas es más fuerte que su propia voluntad, haciéndoles mucha falta su círculo de amistad en la calle. Sin embargo, como ellas dicen, las “recaídas” son dolorosas y dejan culpas profundas en sus vidas:

A veces uno cree que toma una buena decisión pero no. Se estrella porque nada le sale a uno como espera; creo que la he cagado al tomar decisiones, míreme ahora como poco a poco que pasan los días, cada día tiro todo a la basura, todo lo que construí en tantos meses los bote a la basura en una hora, por no saber bien que es lo que quiero, que mierda estoy bien aburrida de tanta mierda en esta vida (Facebook, diciembre 2013).

La expulsión del programa es otro asunto a considerar. A partir de los relatos, quisiera mencionar tres tipos de expulsiones: 1) Relaciones sexuales dentro de la institución, 2) Venta y/o consumo de drogas dentro de la institución, y 3) Agresión física a educadores, compañeras y/o compañeros. Finalmente, otras se van porque en la UPI no se les ofrece la posibilidad de generar recursos económicos, que sí consiguen en la calle. Es importante mencionar que si bien Idipron intenta alejar a niñas y jóvenes de la calle después de la expulsión de la escuela o de sus hogares, éste puede convertirse en otra institución expulsora.

Debemos reconocer también que hay jóvenes que rechazan cualquier tipo de oferta institucional. De ellas poco se sabe, y nuestra investigación no se hizo preguntas sobre ellas; sin embargo, en una oportunidad indagaba con una joven el

³⁶ Los semilleros de investigación “funcionan como comunidades de aprendizaje articuladas a través de la escucha atenta de las historias elaboradas por otros y de la mirada crítica sobre las propias realidades; en tanto escenarios pedagógicos, también proponen generar interés y afecto por la investigación, reconociendo a niñas, niños y jóvenes no como objetos sobre los cuales se investiga, sino como sujetos con los cuales se produce conocimiento” (Idipron, 2014).

por qué asistía sola a la Unidad y me respondió: “mis amigas no vienen porque dicen que aquí las humillan por un plato de comida y las ‘terapean’ (cantaletan) todo el tiempo frente a su situación” (Diario de campo, agosto 2013). Surgen preguntas por los dispositivos de normalización de los cuerpos que llevan a que estos rechacen la oferta del Estado. Y esta posición refuerza mucho más la posición de cuerpos abyectos, invivibles e inhumanos.

4.4.4 Qué se propone desde abajo. Averiguando sobre los aspectos por mejorar dentro de los programas y proyectos que existen actualmente en el Instituto, me encontré nuevamente con el discurso de hacer empleables a los cuerpos callejeros: “sería bacano que le enseñaran a uno a hacer cosas como artesanías y uno sale y las vende, porque muchos no trabajamos sino robamos” (Anónimo, 2014, 2 de mayo). Esta es una frase contundente que explica el interés de formar cuerpos productivos que permitan cumplir con el ideal social regulatorio.

Oportunidades para generar ingresos es el tema que más reclaman las jóvenes y la falta de oportunidades laborales predomina en casi todos los relatos. Ellas quieren recibir cursos de formación para el trabajo, pero Idipron no cuenta con certificación de cursos técnicos y validados por el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) que les brinde herramientas para conseguir un empleo o conformar unidades productivas.

En los relatos se hace un llamado a la igualdad de oportunidades para todas dentro del Idipron, pues la línea de “habitante *de* calle” no cuenta con talleres de formación para el trabajo. En pocos relatos se reclama el derecho a la educación en todos los territorios y todas las UPI. En términos de género, una mujer trans manifestó: “no he visto oportunidades especiales para nosotras” (Ortega, 2014, 17 de abril), situación preocupante en términos de equidad, pues sus únicas opciones son “ser puta o peluquera”. Cabe señalar que estas mujeres asisten a Unidades

diseñadas para la atención a hombres, y que ni la sociedad ni el Idipron les brinda oportunidades que dignifiquen su identidad de género.

Así mismo, se cuestiona al Idipron por requerir tanta documentación para la nivelación de estudios. Una niña me comentaba “llevo un año y cinco meses viniendo juiciosa y no he avanzado de grado porque no tengo los certificados de estudio” (Diario de campo, abril 2014), su situación se debe a los continuos traslados de colegio.

Para cerrar este apartado, quisiéramos comentar que algunos relatos visibilizan la exclusión y marginación de los *cuerpos femeninos callejeros* frente a otras “poblaciones” del Idipron. Es decir, existen para algunos cuerpos privilegios como actividades lúdicas, recreativas, académicas y culturales –cursos de música, talleres de artes plásticas, vinculación a semilleros de investigación–, mientras que otras chicas ni siquiera se piensan en escenarios distintos a los sitios de consumo o en la UPI. Muchas veces se sigue pensando que están “llevadas” (perdidas) y que no tienen un proyecto de vida, así como se sigue teniendo miedo de mezclarlas con otras y otros.

A nosotras no nos llevan a paseos, poco nos sacan de esta Unidad, siempre encerradas en las mismas cuatro paredes pues uno se desespera, uno no está preso para que lo mantengan durante semanas sin dejarla salir. Igualmente a donde vayamos tenemos que salir con una “profe”, hasta pa ir a la tienda nos mandan acompañadas (Diario de campo, mayo 2013).

A menudo se desconocen las prácticas callejeras de los cuerpos femeninos, así como buscan imponerse sin tener presente sus historias de vida. La institución reproduce diferencias en términos de sexo/género, divide, discrimina y separa a unas de otras, a partir de prácticas cotidianas que invisibilizan sus realidades. En la calle, todos y todas, estamos juntas; por ello la calle debe ser un espacio de lucha y renegociación de las relaciones de género.

La calle es vista como una amenaza, y como el sitio del que se deben alejar a los cuerpos femeninos. Esto termina desconociendo las relaciones que se tejen en la

calle, las cuales podrían incorporarse dentro de la institución, con el fin de hacer posible el reconocimiento de experiencias que fortalezcan la autonomía y la libertad de quienes voluntariamente deciden asistir al Idipron. Reconocer la calle como un espacio para lo femenino es el primer paso para transformar imaginarios y significados sobre los cuerpos.

A partir del reconocimiento de las experiencias femeninas es que se logra subvertir lo que hasta ahora se ha institucionalizado. Las niñas y las jóvenes politizan la abyección, demuestran que existen, que son cuerpos materializados e inscritos de manera violenta en un “deber ser” de lo femenino, nos muestran que deben ser atendidas libres de estereotipos y prejuicios con respecto a sus sexualidades y géneros, por ello deben empezar a importarnos de otra manera... Pensar en la politización de la abyección implica repetirnos que ellas son diversas y que no son como las imaginamos o como las creamos desde las prácticas discursivas institucionalizadas.

5. NUESTROS CUERPOS, NUESTRAS VIDAS. A MANERA DE CIERRE

Esta investigación ha estado atravesada por la deconstrucción de mi cuerpo como cuerpo femenino. En los contextos de los *cuerpos femeninos callejeros* he sido leída como “otra”, pero también he aprendido a caminar la calle de distinta manera y a moverme de acuerdo a los sitios, las horas y a lo que puedo percibir –que antes pasaba desapercibido a mis sentidos. Después de este proceso no soy la misma, he entrado en cuestionamientos profundos como mujer joven y como servidora pública. Hoy veo mi vida, y otras vidas, diferente; de ahí el valor de trabajar con relatos de vida como interpretaciones sobre nosotras y lecturas en transformación.

Este recorrido ha sido una exploración paciente de nosotras mismas como identidades de género, con el propósito de idearnos formas más creativas para hacer investigación y la necesidad de pensar en metodologías que se propongan mayor equidad y busquen la emancipación de las y los sujetos participantes. De igual manera, deseo plantear un interrogante frente a investigar desde el interior de una entidad, sus contradicciones, su independencia, pero sobre todo, la posibilidad de ser escuchada, y que dicha atención se traduzca en la toma de decisiones frente al devenir de los planes, programas y proyectos institucionales.

Analizar los discursos de la política social implica concebir que las prácticas y las realidades sean el resultado del acto de nombrar por el lenguaje, así como entender que la materialización de los cuerpos dentro de una institución se hace a través de rutinas aprendidas como “naturales” y guiadas por la diferencia sexual y la heterosexualidad obligatoria. Recordemos pues que desde la socialización formamos nuestros cuerpos en la construcción de identidad de género y que a través del lenguaje también se produce segregación.

La materialización de los cuerpos se construye día a día por medio de nuestras prácticas, de discursos que van marcando las realidades de quienes hacemos

parte de la institución. Como ya lo expresé, el discurso no es anterior al cuerpo, sino que nuestros cuerpos están inmersos en el acto de nombrar, de crear realidad. De ahí la lucha constante frente al acto de nombrar y producir nuevas formas de entender las vidas de niñas y jóvenes en la calle.

Proponer la categoría *cuerpos femeninos callejeros* siempre tuvo la intención de superar las menciones a habitante *de* calle y habitante *en* calle, comprendiendo la calle como el eje transversal que lleva a que los cuerpos femeninos sean impensables, invisibilizados y sujetos/objeto de una política social que les feminiza de manera violenta a partir de la incorporación de prejuicios sexistas y estereotipos de género en las prácticas institucionales.

El trabajo con relatos me llevó a descubrir cómo las experiencias en Idipron marcan nuestros cuerpos. Por ejemplo, en las jornadas de narrar con servidoras me encontré frases como "mi chip ha cambiado", "yo ya pienso diferente", "trabajando con ellas aprendí a...", así como hubo la necesidad de parar la grabación de una entrevista para llorar: fueron momentos en los que se expresaba dolor e impotencia frente a situaciones cotidianas. Todas estas experiencias me convencieron de las intensas *marcas corporales* que se instalan en nuestros cuerpos, en los de niñas y jóvenes vinculadas a los programas sociales y en los de servidoras públicas, quienes reproducimos el discurso, pero quienes también aportamos a su transformación. Finalmente, el trabajo institucional se realiza con cuerpos vivos, con historias vivas, historias de vida que se cruzan para expresar múltiples relaciones de poder.

Las políticas sociales están impregnadas de prejuicios sexistas y estereotipos de género; quienes hacemos parte de distintos proyectos al interior del aparato estatal logramos naturalizar y reproducir estos dispositivos insertándolos en el quehacer cotidiano, e incluso vulnerando los derechos de quienes buscamos "proteger". Que Idipron haya permitido la posibilidad de (re) pensar sus prácticas

cotidianas desde una perspectiva de género, ha sido una oportunidad para (re) leer los cuerpos que se producen desde el discurso institucional.

Mi paso por Idipron ha sido una experiencia personal y profesional que me ha permitido reflexionar como politóloga sobre la producción de sujetos y objetos de las políticas públicas, de llevar a las prácticas cotidianas la racionalidad del Estado, de sentir que las diferencias sexuales, de género y de edad, pesan demasiado cuando tratamos de luchar por situaciones más equitativas. Como bien lo decía una servidora entrevistada, “sabes: a mí me da tristeza que nosotras mismas no nos reconozcamos en el mismo grupo de niñas y jóvenes, como mujeres. Quiero decir, que nos apartamos y decimos es que esas mujeres, expresiones como ‘esas’, que excluyen” (Páez, 2014, 26 de marzo). Sin duda éste es un llamado a acercarnos como mujeres en la construcción de nuevas realidades y escenarios al interior del Instituto, así como para politizar la abyección a la que se han visto sometidos los *cuerpos femeninos callejeros* en la sociedad y romper con la homogeneización que se hace en términos masculinos.

5.1 VOLVIENDO A LAS PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN

Esta investigación buscó dar cuenta de los siguientes interrogantes ¿Cuáles son los discursos sobre los cuerpos femeninos callejeros en el marco de la política social del Distrito? ¿Cómo operan los dispositivos de normalización sobre los cuerpos femeninos callejeros dentro del Idipron? ¿Cómo se construyen los géneros en los contextos de calle y cómo estas experiencias marcan a los cuerpos femeninos callejeros?

La política social como dispositivo para la producción de sujetos/objeto de intervención se ha encargado de construir discursos y prácticas que se traducen en servicios sociales. Estas prácticas discursivas materializan cuerpos y por medio

de la reiteración ordenan realidades, es así como los servicios se vuelven homogeneizantes y normalizan la diferencia.

La aparición de lo femenino callejero en Idipron estuvo mediada por la atención a los niños “gamines”, de ahí la tradición masculina predominante cuando se habla de la calle. En la historia del Idipron encontramos prácticas discursivas que definen a la Mujer=Madre, reproduciendo roles e imaginarios sobre los cuerpos femeninos; las mujeres eran vistas como las responsables frente al cuidado del hogar y a las niñas se les leía como las “futuras madres”, a quienes se les debía educar en normas de comportamiento asociadas a la casa. Pensarlas en la calle iba contra su “naturaleza”, por ello la oferta institucional para las niñas siempre estuvo dividida entre “niñas de casa” y “niñas de calle”.

No obstante, los cambios socio-culturales y la renegociación entre esfera pública y esfera privada fueron demandando nuevas formas de atención a las mujeres madres de los “gamines”. El control sobre la natalidad se convirtió en una prioridad institucional, por tanto, la maternidad en calle debía evitarse. De igual manera, a finales de los años ochenta ya no sólo se preparaba al niño y al joven para el mundo laboral, sino a sus madres, siendo una necesidad la formación para el trabajo, así como ahorrar para la construcción de sus viviendas. El proyecto *Voceadoras de El Tiempo* fue un importante antecedente del Proyecto Madres – nunca hubo un proyecto para padres–, y del trabajo que en el Plan de Desarrollo Bogotá Humana se mantiene con mujeres adultas por parte del Idipron.

El trabajo con habitante *de* calle marcó el trabajo del Idipron en la ciudad hasta mediados de los noventa, cuando surgieron programas institucionales para su atención, y se fragmentó a la población de acuerdo a su edad. En esta coyuntura también se creó el Programa Trapecistas, a través del cual se amplió la mirada sobre la juventud con permanencia en calle; sin embargo, entre 1996 y 2010 no existió una UPI que acogiera a las mujeres jóvenes “trapecistas”, es decir, ellas

fueron invisibilizadas al interior del Instituto como partícipes de las “pandillas” y los parches juveniles.

Vemos cómo la realidad desborda la dinámica del Estado, y en este sentido Idipron fue a un ritmo más lento de las transformaciones sociales. Paralelamente existieron internados para las “niñas de casa” y las “niñas de calle”, así como un “patio” para las jóvenes habitantes *de* calle; pero los hombres contaban con estos mismos servicios, y adicionalmente con el Proyecto Trapecistas.

La introducción del enfoque de derechos en Idipron está atravesada por la tensión entre el pasado y el presente. Un pasado marcado por “gamines”, luego habitantes *de* calle, y jóvenes “trapecistas” y/o “pandilleros” (habitantes *en* calle), niñas y niños en “fragilidad social”, con muchos estereotipos frente a la niñez y la juventud; además con el antecedente de la comunidad salesiana. Por su parte, en el presente se ha intentado fracturar algunos imaginarios y representaciones, así como hablar de niñez y juventud con sus derechos vulnerados, con tránsitos entre el deber de proteger a las personas, el restablecimiento de derechos y la garantía del goce efectivo de los mismos. Esta última postura implica asumir un enfoque diferencial en los servicios sociales a niñez y juventud.

Es claro que asistimos a un momento de transformación. Siento que la exploración de nuevas personas, de nuevos “perfiles”, ha sido una búsqueda intensa que ha dinamizado al Idipron, pero que igualmente ha fortalecido imaginarios sobre las poblaciones tradicionalmente objeto de intervención. Ha generado rutas de acceso y de atención novedosas para unos, y ha rezagado o limitado los servicios sociales para otros.

Sin embargo, la movilidad hacia la atención de nuevas poblaciones en Idipron no ha deconstruido del todo dicha tensión. Por el contrario, hoy se cuestiona el abandono hacia los cuerpos callejeros dentro del Instituto, así como la falta de posibilidades que se les brinda. La categoría habitante *de* calle ha tomado fuerza, cargada de estigmas y naturalizaciones. A veces se entiende ésta como una

categoría estática, dejando de lado un análisis sobre la juventud y la participación de las y los sujetos en el marco de ciudad.

En los relatos de servidoras que llevan aproximadamente 15 años trabajando con las niñas y las jóvenes se reconoce que la población y el contexto social han sido cambiantes, lo que a la vez refleja que ya no sirven los mismos dispositivos de control, pero ante lo cual se concluye con la frase “esta generación no cambia” (Vasquez, 2014, 28 de marzo), culpabilizando directamente a las personas sin reflexionar sobre el papel del instituto en la transformación de dinámicas.

Entonces una transformación en la forma de nombrar no basta para transformar las realidades, incluso los discursos más progresistas aún no se reflejan en las prácticas cotidianas, y por ello persiste la diferenciación –si bien no explícita en el lenguaje– entre habitante *de* calle y habitante *en* calle. A la primera población sí se le sigue llamando así, a la segunda se le ubica desde la vulnerabilidad.

Hoy ya se ha logrado desmontar en la cotidianidad y del lenguaje la categoría habitante *en* calle o “trapequista”, pero continúa operando como discurso institucional en el marco de las políticas sociales. Desde los lineamientos de política se separa entre habitante *de* y *en* calle, situación que ha llevado a la existencia de programas con servicios distintos para una y otra *población*, ciudadanías de primera y segunda clase, y priorización de presupuesto en la oferta institucional. Asimismo, “la chica habitante de calle es marginada en todo sentido, hasta en el sentido de la ayuda prestada” (Páez, 2014, 26 de marzo).

En términos de política social, “algunos problemas públicos obtienen reconocimiento, mientras otras permanecen inarticulados, invisibles o simplemente ausentes de la agenda política” (Platero, 2002, p. 9). Esto ocurre con la doble invisibilización de los cuerpos femeninos en la calle. Por un lado está la negación de sus experiencias amparada en cifras y porcentajes de su participación en las dinámicas callejeras, y por el otro, la invisibilidad al interior de la institución como actrices importantes en términos de atención y con problemáticas diferenciales.

En términos de los efectos que tiene el sistema sexo/género al interior de los servicios sociales también se encuentra que la diferencia sexual sigue siendo un factor determinante en el trabajo con habitantes *de calle*, mientras que cada día se avanza hacia Unidades mixtas para la atención del “resto” de jóvenes vulnerables. Desde una perspectiva de género, todas las UPI que acogen a quienes habitan la calle son mixtas, pues hay presencia de personas transgénero, así como de personas con orientaciones sexuales no normativas, y se reconoce que “es muy difícil entrar a todas partes con ellas, pues todavía no son tan aceptadas así en la sociedad, ni siquiera aquí en el Idipron” (Vásquez, 2014, 28 de marzo).

Es finalmente esta comprensión la que pocas veces se logra aterrizar en nuestras prácticas, pues se naturaliza el sexo biológico y se invisibiliza las identidades de género, y las orientaciones sexuales. En los relatos de servidoras y servidores podemos leer que se ha dado por supuesto quiénes son los *cuerpos femeninos callejeros* sin profundizar en la construcción de los géneros en los contextos de calle y dentro de la misma institución que les atiende. En la cotidianidad existen situaciones que exigen una atención de calidad, que muchas veces no se logra debido al desconocimiento de necesidades y problemáticas particulares, pues la homogeneización de la oferta institucional siempre se hace en términos masculinos y de la heterosexualidad obligatoria. Por ello la importancia de la autocrítica sobre nuestros estereotipos y prejuicios.

La regulación sobre la sexualidad es un dispositivo que se despliega al interior de la institución. Por ejemplo, las relaciones lésbicas son “mal vistas” y en algunos casos también se niega la identidad de género de las personas transgeneristas. Sobre las últimas recaen estereotipos –promiscuidad, adicción al sexo, prostitución y enfermedades de transmisión sexual. Es urgente trabajar sobre derechos sexuales y reproductivos al interior del Idipron desde la autonomía.

La institucionalización produce un sistema para leer los cuerpos y desde donde se administran las imágenes sobre ellos a partir de la codificación o de la producción

mediada. Con facilidad se cuestiona a los cuerpos femeninos que habitan la calle, pero muchas veces hay situaciones gravísimas que como servidoras y servidores pasamos por alto. Ejemplo de ello, la violencia sexual y la interrupción voluntaria de embarazo en los casos de mujeres víctimas de violencia sexual, ¿Qué ruta se activan para denunciar las situaciones que ocurren en la calle? Pues se naturaliza la violencia y “uno se acostumbra todos los días a ver una chica allá violada, entonces ya porque uno se acostumbra entonces nunca va a hacer nada” (Sánchez, 2014, 27 de marzo).

La doble vulnerabilidad de “ser mujer” y habitar la calle ha justificado la invisibilidad de lo femenino en escenarios callejeros, sustentada además en cifras estadísticas. El discurso institucional desestima distintas dinámicas de hacer presencia en la calle, así como hace impensable los mecanismos de protección y las redes de apoyo que se construyen en la calle. A “ellas” se les sigue asociando estar en calle con la prostitución, así como la posibilidad de sobrevivir en calle a la permanencia junto a un hombre que proteja y provea lo necesario.

En los relatos se siguen estigmatizando a los cuerpos callejeros desde el consumo de drogas y se repite en el discurso la necesidad de medicalizarlos desde la psiquiatría. Predomina un lenguaje de rehabilitación tanto en las jóvenes como en las servidoras; se considera un proceso satisfactorio “cuando la chica abandona la droga, cuando ya es capaz de auto controlarse, que ya es capaz de responder por sí misma, cuando ya hace parte de la sociedad, cuando ya da aportes. Cuando ya se siente segura de que realmente la calle es una opción alejada de su proceso de vida, y de su calidad de vida” (Sánchez, 2014, 27 de marzo).

Igualmente, y a partir de la vulnerabilidad generada por la pobreza y los factores de riesgo familiares, se ha tratado de explicar o dar razones para que las niñas y las jóvenes habiten la calle. Sin embargo, es importante reconocer la existencia de relaciones familiares de afecto y solidaridad, así como de condiciones económicas

estables, porque como afirman las chicas en sus relatos “no todas venimos de familias pobres”, lo cual desvirtúa la generalización de las “Familias del Idipron”.

La discusión sobre la familia es un tema que seguirá en la agenda y sobre el que se debe ir ganando claridades, así como es importante ir transformando la noción sobre la maternidad de las niñas y las jóvenes, a quienes se les impone un cambio de vida por sus hijos e hijas, interponiéndolos sobre sus proyectos de vida. En los relatos de vida pudimos leer el peso de los imaginarios sociales sobre la maternidad, así como las posiciones individuales frente a dicha experiencia. Tanto jóvenes como servidoras siguen cuestionando a las “malas madres”: “no puedo creer que ella está embarazada y no quiera salir de eso. O sea ¿cómo no? Si uno por los hijos, yo por mis hijos daría la vida. Lo que sea. Y ella no sé, ella lo veía tan normal” (González, 2014, 18 de marzo).

Las relaciones con sus familias también están dadas por su edad e identidad de género, por ejemplo “yo noto que las mujeres jóvenes, tienen la capa familiar más marcada entonces sus relaciones familiares son mucho más complejas y es más difícil que las mujeres se libren de sus familias, que un hombre” (Agudelo, 2014, 22 de marzo). En conclusión, las familias protegen más a las mujeres, y esto se corrobora en los relatos de todas las participantes de la investigación.

5.2 ENTRETEJIENDO RELATOS

“Es importante preguntarnos si las mujeres que habitan la calle son las que llegan a las Unidades, o cuáles son las condiciones de las otras” (Páez, 2014, 26 de marzo). La SDMujer considera que “ellas son menos propensas a deambular por las calles y esto se explica en las construcciones en torno al género femenino que se fundamentan en la resistencia, el sometimiento, el ‘aguante’ y el sacrificio” (SDMujer, p. 9). Los relatos de vida nos dejan la sensación que quienes toman la decisión de abandonar sus hogares suelen ser mujeres que no toleran el abuso ni

la violencia, y que si bien pueden ser menos en número, hay una actitud decidida de romper con lazos de dominación y percibir la calle como una posibilidad para ganar libertades, sin desconocer que en la calle sus derechos también están siendo vulnerados, tal como se evidenció en las narraciones de las chicas.

El estigma que deja la calle se resalta tanto en servidoras como en jóvenes. “Traen todos los lenguajes de la calle, el discurso que los y las distingue. La manera como se comunica, ese idioma que no se habla pero se lee, como la actitud, las miradas, los dichos; eso es de calle” (Páez, 2014, 26 de marzo).

La permanencia en calle requiere ser leída en clave de género, pues las niñas y jóvenes consideran que ellas llegan a la calle en igual medida que los hombres, y que comparten la mayoría de sus dinámicas. Entonces ¿Por qué son invisibles institucionalmente? ¿Qué dispositivos de género son desplegados para que permanezca dicha invisibilidad?

Muchas veces siento que sospechamos, mas no hay esa certeza, a veces escucho las encuestas sobre la habitabilidad la calle, por ejemplo, las mujeres son un bajo porcentaje de habitabilidad en la calle, la mayoría de habitantes de calle son hombres, yo quisiera saber qué tan cierto es eso, además, quisiera saber, qué lugar ocupa la mujer en esa habitabilidad en la calle (Páez, 2014, 26 de marzo).

Por ahora, en sus relatos está presente que no hay una sola forma de habitar la calle; cada vez la frontera se hace más porosa y desde la institucionalidad no sabemos cómo responder a las problemáticas emergentes. “Uno piensa que una mujer habitante de la calle es igual que todas, pero nada, no es cierto” (Bandera, 2014, 12 de abril). Sin duda seguimos hablando en términos binarios del sistema sexo/género, excluyendo, jerarquizando y buscando tipos ideales de mujeres.

Frente a las relaciones de género en la calle, en los relatos de las niñas y las jóvenes se observó que existen alianzas estratégicas y temporales para vivir la calle, y que no necesariamente debe existir un hombre que les brinde protección; mientras en casi todas las narraciones de servidoras y servidores se ratificó que ellas buscan a los hombres más “malos” y “fuertes” para lograr sobrevivir. Pensar

la calle ligada a todas y todos, pues tenemos que vivir y estar en la calle, puede ir rompiendo las marcas que han dejado la feminización violenta.

También es importante leer lo callejero unido a problemáticas del país, tales como el desplazamiento forzado, donde además Idipron deberá activar rutas para las personas víctimas del conflicto armado. Hasta el momento el desplazamiento es visto como un problema de las familias que lleva a violencia y pérdida del cuidado sobre las y los hijos, y no como un problema estructural.

Quizás el punto de mayor distanciamiento entre los discursos institucionales y los relatos de vida es la anulación de la calle como escenario para vivir dignamente. Es allí donde se cuestiona lo “invivable” y lo “inhumano” generado por el aparato de Estado. Mientras desde los programas sociales se afirma que “la calle no es un lugar para nadie” (Cortés, 2014, 16 de mayo), para la niñez y la juventud la calle es un escenario que les permite lograr soberanía sobre sus cuerpos, además donde se construyen relaciones de afecto, solidaridad, confianza y lealtad. En la calle se producen subjetividades, allí está la posibilidad de transformación y (re) negociación de las relaciones de poder, ¿Por qué entonces ignorarla? La calle puede convertirse en un escenario para la autonomía, la libertad, el ejercicio de derechos y la materialización del proyecto pedagógico del Idipron como un proyecto emancipador.

5.3 CONVERSACIONES PARA EL DISEÑO DE POLÍTICAS

Cambiar la lectura de los cuerpos implica partir del reconocimiento de todas y todos como sujetos transformadores, con capacidad de agencia y que ejercen resistencias. Si eliminamos el factor calle de entrada, no será posible reconocer la multiplicidad y diversidad de vidas que ocupan dicho escenario, así como las políticas públicas terminarán siendo ideales normativos y legales frente a la dignidad humana. Los cuerpos están marcados por la experiencia, debemos

garantizar mejores formas de atención para que Idipron se convierta en una opción no sólo para “cubrir el hueco del hambre”, sino que permita a más personas pensarse sus proyectos de vida, sea dentro o fuera de la calle.

La lucha contra la segregación como primer eje del Plan de Desarrollo “Bogotá Humana” plantea retos importantes en términos del trabajo con niñas, niños y jóvenes en condiciones de vulneración de derechos. Por ende, no se pueden invisibilizar las cotidianidades callejeras ni las experiencias de cada sujeto; más bien, hay que apostar por una visibilidad de la calle como oportunidad transformadora desde los lenguajes y las formas de vida de quienes se vinculan al Idipron. Es importante continuar y extender el trabajo en los territorios, porque la calle es un lugar donde se deben garantizar los derechos.

Para lograrlo, se hace necesario avanzar en la incorporación de la perspectiva de género y diversidad sexual en el diseño e implementación de programas, que dé cuenta y responda a situaciones diferenciales vividas cotidianamente en la calle. Pensar en *cuerpos femeninos callejeros* como una categoría en tensión es encaminar esfuerzos para lograr que cada vez más empiecen a importar otras corporalidades. Frente a esto, se requiere persistencia en las discusiones sobre géneros y sexualidades, así como el apoyo a nuevas formas de investigar y reconocernos como constructoras de conocimiento. Lo femenino debe cobrar protagonismo, no desde la diferencia o la subvaloración, sino como la posibilidad de subvertir y transformar imágenes dentro del Instituto.

6. POSIBLE CAMINO INSTITUCIONAL

En la cotidianidad reproducimos los dispositivos de normalización sobre los *cuerpos femeninos callejeros*, todas y todos somos socializadores de género, pero ¿Cómo transformar la abyección que se les imprime a estos cuerpos?

En primer lugar, empezar por entender la familia como una institución cambiante, histórica y permeada por la cultura, nos ayudará a romper con el *familismo*, la idealización del instinto materno y la designación de los oficios domésticos a las mujeres en las familias (Puyana, 2007). Con el mito del instinto materno se privilegia a la mujer como madre y se le limita sus deseos y proyectos de vida. La maternidad tendrá que estar asociada a un deseo y una decisión, no a un “destino de mujer”, tampoco puede ser la razón para que ellas “luchen por salir de la calle”.

En segundo lugar, el reconocimiento de lo femenino callejero no puede estar sujeto a la doble vulnerabilidad –ser mujer y ser pobre–, sino que debe convertirse en un movilizador de cambios en las estrategias de atención y la oferta de servicios sociales. Pensar en alejar a las chicas de la calle no puede justificarse por su condición de género, sino que debe ser un acto comprometido con sus proyectos y deseos, incluso si éstos implican continuar habitando la calle desde multiplicidad de formas.

En tercer lugar, terminar con la invisibilidad de los *cuerpos femeninos callejeros* –tanto en la calle como en la institución– requiere de la construcción de estrategias y mecanismos que nos permita escucharlas, sin prejuicios, sin las marcas violentas que les imprimimos. Ante todo sin miedo, con la confianza que se requiere para que podamos hablar de políticas públicas desde abajo, desde sus historias de vida, cercanas a la gente y que respondan a sus problemáticas.

En cuarto y último lugar, las políticas sociales deben abrirse al enfoque diferencial y al enfoque de género, e Idipron debe ir transitando a escenarios más equitativos,

donde se rompa con la asistencia social, la reproducción de la pobreza y la estigmatización de la niñez y la juventud.

Para cumplir con su objetivo misional, Idipron debe emprender un diálogo con otras políticas distritales, por ejemplo con la política pública de Mujer y Equidad de Género, y con la política pública para la garantía plena de los derechos de las personas Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transgeneristas (LGBT), la política de familia, la política de infancia y la política de juventud. Es importante superar el temor frente al acompañamiento de la SDIS³⁷ y de la SDMujer en temáticas que no son fáciles de trabajar al interior del Instituto. La SDIS está en la obligación de acompañar y dar lineamiento frente a los programas que hacen parte de su Sector, y la SDMujer tiene como objetivo transversalizar la política de equidad de género en todas las entidades distritales.

Aunque se están haciendo esfuerzos internamente, éstos requieren de articulación entre diferentes áreas de trabajo, propiciando así el tránsito por un mismo camino. A menudo se observan contradicciones entre planes de acción, así como se asumen distintas directrices en las prácticas cotidianas. Se recomienda al Idipron fortalecer la Mesa de Géneros y Sexualidades, el Equipo de Investigación y el Observatorio de los Derechos de la Juventud con el propósito de dar lineamientos a todas las áreas y grupos institucionales.

Igualmente, es importante diseñar indicadores de gestión, resultados e impacto para la evaluación de política al interior del Idipron. Un proceso de evaluación requiere de investigaciones detalladas sobre los servicios sociales que brinda el Instituto, que a la vez permitan ajustar procesos y procedimientos en aras de garantizar el goce efectivo de derechos. Allí se inserta por supuesto el enfoque de género; se tendrá que contar con indicadores de género que permitan hacer

³⁷ Por ejemplo, SDIS ya superó la discusión frente a la atención de las mujeres transgeneristas y desde el 2008 empezó a incorporar el enfoque diferencial en los servicios sociales para la atención a habitantes de calle.

mediciones frente a la disminución de las brechas en las relaciones entre hombres, mujeres y transgeneristas.

Hay temas pendientes como: violencia sexual, interrupción voluntaria del embarazo, explotación sexual, atención a niñas habitantes de calle, e internado para mujeres trans, embarazadas, con discapacidad, con VIH y mujeres con hijas e hijos. Pese a que SDIS cuenta con unos protocolos para la atención de emergencia a mujeres embarazadas, con signos de violencia sexual, con heridas leves o enfermas terminales, aún el Idipron sigue restringiendo servicios ante dichas situaciones. He ahí el llamado a integrarse como sector de política, más cuando se habla de derechos de la niñez y la juventud.

Se recomienda al Idipron flexibilizar los procesos de ingreso bajo situaciones de emergencia, logrando avanzar hacia la equidad de género, ¿Cómo trabajar en propuestas de ingreso inmediato a un internado bajo circunstancias especiales? En términos de violencia sexual es vital conocer las rutas de denuncia y acompañar a las niñas y jóvenes a los exámenes pertinentes que descarten un embarazo, o la activación de la ruta de interrupción voluntaria del embarazo cuando ellas así lo decidan. Igualmente, frente al embarazo Idipron debería contar con una ruta para la atención de niñas y jóvenes, como sujetas que requieren protección de acuerdo a nuestra Constitución Política. Sin titubeos, a todas las menores de 18 años se les debe amparar inmediatamente, pero también se tendrán que considerar estados extremos para que las mayores de edad sean acogidas ante inminencias.

Apoyar a las niñas y las jóvenes en situaciones que amenazan su vida e integridad física es otro factor a contemplar para la asistencia inmediata. Algunas chicas llegan enfermas, con signos de violencia sexual, heridas o amenazadas de muerte, pero se les exige una asistencia de 10 días para lograr un cupo en internado. Es importante responder a dichas problemáticas y movilizar esfuerzos institucionales, brindando soluciones.

Finalmente, pensar en otras prácticas callejeras implica pensar en otras corporeidades, por ejemplo el tema de mujeres lesbianas y bisexuales, así como de personas transgénero. Esperamos que para el Censo 2014 sobre habitante de calle sean tenidas en cuenta algunas reflexiones que aparecieron a lo largo del texto, tratando de visibilizar lo femenino callejero desde sus dinámicas y relaciones de género en el entramado del cuerpo social.

Ojalá también que esta investigación aporte al trabajo sobre el segundo eje del Idipron: *Cuerpo y sensualidad*, que entiende el cuerpo como “territorio donde se materializan los afectos, los vínculos y los daños producidos en las interacciones con otras y con otros” (Idipron, 2014). Allí cobra sentido hablar de las *marcas corporales*, así como de la feminización violenta por parte de la institucionalidad.

Un proyecto pedagógico emancipador no puede pasar por alto las desigualdades de género, ni tampoco puede reproducir prejuicios y estereotipos. Pensar en escenarios pedagógicos para nuevas formas de socializar los géneros es entonces un reto institucional, en el cual el proceso de construcción, deconstrucción y reconstrucción debe estar protagonizado por quienes están oprimidas y oprimidos. Los *cuerpos femeninos callejeros* deben saltar de estas páginas para hablarle en voz alta al Idipron; de lo contrario, este texto será un relato muerto de historias vivas...

BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Agudelo, J. (2014, 22 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Ahuca, F. (2014, 17 de enero), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Amorós, C. (1994), *Feminismo: igualdad y diferencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Anónimo. (2014, 2 de mayo), entrevistado por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Ardila, A. (1996), *Pandillas juveniles una historia de amor y desamor*, Bogotá, Editorial Retina.

Arévalo Páez, R. (2001), *Sujeto plebe: entre lo perceptivo y lo prescriptivo*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Bandera, H. (2014, 12 de abril), entrevistado por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Beauvoir, S. (2012), *El segundo sexo*, Buenos Aires, Random House Mondadori S.A.

Behar, R. (2009), *Cuénteme algo, aunque sea una mentira. Las historias de la comadre Esperanza*, México, Fondo de Cultura Económica.

Butler, J. (2005), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Paidós.

----- (2007), "Inscripciones corporales, subversiones performativas" y "Conclusión: De la parodia a la política", en *El género en disputa*, Barcelona, Paidós.

Colombia, Alcaldía Mayor de Bogotá (1967, 7 de diciembre). "Acuerdo número 80 del 7 de diciembre de 1967, por el cual se crea el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud", en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

----- (1986, 9 de julio). "Resolución número 20 del 9 de julio de 1986, por medio de la cual se expide el Estatuto Orgánico para el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y de la Juventud IDIPRON", en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

----- (2001, 10 de abril). "Resolución número 01 del 10 de abril de 2001, por la cual se modifica la Estructura Organizacional del Instituto Distrital Para La Protección De La Niñez Y La Juventud, IDIPRON y se señalan las funciones generales que deben cumplir cada una de sus dependencias", en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

----- (2003, 20 de enero). “Acuerdo número 79 del 20 de enero de 2003, por el cual se expide el código de policía de Bogotá D.C.”, en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

----- (2005, 6 de mayo). “Decreto número 136 del 6 de mayo de 2005, por el cual se formulan acciones prioritarias para brindar atención integral a la población habitante de calle del Distrito Capital”, en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

----- (2007, 30 de abril). “Decreto 170 del 30 de abril de 2007, por cual se dictan disposiciones en relación con la ejecución del Plan de Atención Integral al Ciudadano (a) Habitante de Calle”, en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

----- (2009, 1 de abril). “Acuerdo 366 de 2009, por medio del cual se establecen lineamientos de política pública para la atención, inclusión y mejoramiento de la calidad de vida del habitante de calle en el Distrito Capital y se dictan otras disposiciones”, en *Consulta de la Norma*, Bogotá.

Colombia, Secretaría Distrital de Integración Social (2010), “Documento “modelo distrital para la atención de la habitabilidad en calle” [documento de trabajo].

----- (2012), “Proyecto CP-0743-2012. Generación de capacidades para el desarrollo de personas en prostitución o habitantes de calle” [documento de trabajo].

Colombia, Secretaría Distrital de Hacienda (2011), “Atención a la Infancia y Adolescencia Proyecto Presupuesto 2012-Bogotá, Distrito Capital” [documento de trabajo].

Colombia, Secretaría Distrital de la Mujer. *Las ciudadanas habitantes de la calle: mujeres en reconocimiento* [inédito].

Cortés, E. (2014, 16 de mayo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

De Lauretis, T. (2004), “La tecnología del género”, en *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar.

Duran, E. (2007), “Los derechos de los niños y las niñas: marco general y puntos de debate”, en *Derechos de los niños y las niñas: debates, realidades y perspectivas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Facultad de Ciencias Humanas.

Espinosa, N. (2014, 1 de abril), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Estrada, A.M. (2004), “Dispositivos y ejecuciones de género en escenarios escolares”, en *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar.

Fernández, A.M. (1994), "Madres en mas, mujeres en menos: los mitos sociales de la maternidad", en *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Buenos Aires, Paidós.

Foucault, M. (1992), *Microfísica del poder*. Tercera Edición, La Piqueta.

----- (2000), *Historia de la sexualidad-La voluntad de saber*, México, Siglo XXI Editores.

----- (2006), *Seguridad, Territorio, Población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica

----- (2009), *Vigilar y castigar nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.

----- (2011), *Los anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Fuller, N. (1995), "En torno a la polaridad Marianismo-Machismo", en Arango, L.G., León, M., Viveros, M. (comps.), *Género e Identidad Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.

Gamín (1977), [documental], Duran, C. (dir.), Colombia-Francia, Producciones Cinematográficas Uno, Instituto Nacional.

García Suárez, C.I. (1998), *'En algún lugar parcharemos'* Normas de interacción y valores de los parches de la localidad 11 de Santafé de Bogotá, Bogotá, Observatorio de Cultura Urbana.

Garick. (2013), *Arlequín*, Bogotá, la autora.

González, Y. (2014, 18 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Haraway, D.J. (1995), "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial", en *Ciencia, cyborgs y mujeres la reinención de la naturaleza*, Madrid, Ediciones Cátedra, pp. 313-346.

Herrera Zgaib, M.A. (dir.), (2009), *Gobernanza y biosociedad. La juventud en Bogotá, 2006-2007*, Bogotá, UNIJUS.

Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud. (2012), "722 Protección, Prevención y Atención Integral a Niños, Niñas, Adolescentes y Jóvenes en Situación de Vida de y en Calle y Pandilleros en condición de Fragilidad Social 2013 Bogotá Humana", [en línea], disponible en: <http://www.idipron.gov.co/index.php/normatividad/85-idipron/sic/276-722-proteccion-prevencion-y-atencion-integral-a-ninos-ninas-adolescentes-y-jovenes-en-situacion-de-vida-de-y-en-calle-y-pandilleros-en-condicion-de-fragilidad-social-2013-bogota-humana>, recuperado: 23 de marzo de 2014.

Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud-Idipron. (2014), [publicidad impresa], Ref. Bogotá Humana.

Lispector, C. (2006). *La ciudad sitiada*, Losada, E. (trad.), Buenos Aires, Siruela.

Lizarazo, T. (2009), *Martirios y feminización corporal: malleus malleficarum, mass media, mujeres & otros bichos* [tesis de maestría], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Maestría en Estudios Culturales.

Mcdowell, L. (2004), "Reflexiones sobre los dilemas de la investigación feminista", en *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar.

Munera Ruiz, L. (1996), "Las relaciones de poder", en *Constitución, gobernabilidad y poder*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Universidad Industrial de Santander, pp. 47-75.

Marín, C. (2014, 20 de marzo), entrevistado por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Ortega, S. (2014, 17 de abril), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Páez, M. (2014, 26 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Pesca Pita, A. et al. (2011), *¿Las pandillas en Bogotá? Reflexiones en torno a su conceptualización e investigación*, Bogotá, Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud.

Perea, C.M. (2007), *Definición y categorización de pandillas. Anexo II, Informe Colombia. Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos*, Washington, OEA.

Platero Méndez, R. (2002), *Una mirada sobre la interseccionalidad, la construcción del género y la sexualidad en las políticas de igualdad centrales, de Andalucía, Cataluña, Madrid y País Vasco*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

Prada Prada, N. et al. (2012), *¡A mí me sacaron volada de allá! Relatos de vida de mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-Alcaldía de Bogotá

Piñeros, J. (2014, 15 de abril), entrevistado por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Puyana, Y. (2014, 2 de mayo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Puyana, Y. (2007), “El familismo: una crítica desde la perspectiva de género y el feminismo”, en *Familias Cambios y estrategias*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

----- (2013), *Políticas familiares en Colombia: matices y orientaciones* [inédito].

Ramos, L. (2004), *Características, dinámicas y condiciones de emergencia de las pandillas en Bogotá*. Bogotá, Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud-Instituto Distrital de Cultura y Turismo-Alcaldía Mayor de Bogotá.

Reguillo, R. (2012), *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Richard, N. (1996, julio-diciembre), "Feminismo, experiencia y representación", en *Revista de Crítica Cultural*, Vol. LXII, núm. 176-177, pp. 733-744.

Robledo, A.M. y Rodríguez, P. (2007), *Aproximación genealógica de la exclusión en Bogotá. Emergencia del sujeto excluido* [tesis de maestría], Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Maestría en Política Social.

Rodríguez, C. (2013), *Pielibro*, Bogotá, la autora.

Rodríguez, D. (2014, 31 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Saldarriaga, O. y Sáenz, J. (2007), "La construcción escolar de la infancia: pedagogía, raza y moral en Colombia, siglos XVI-XX", en *Historia de la infancia en América Latina*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Sánchez, Y. (2014, 27 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Tejeda González, J.L. (2010), "Biopolítica, población y control", [en línea], disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4713/pr.4713.pdf,
recuperado: 24 de marzo de 2014.

Tovar, A. (2014, 19 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Vásquez, M. (2014, 28 de marzo), entrevistada por Rodríguez Lizarralde, C., Bogotá.

Zorro Sánchez, C. (2004), *Pandillas en Bogotá: ¿por qué los jóvenes deciden integrarse a ellas?*, Bogotá, Centro Interdisciplinario de Estudios Regionales de la Universidad de los Andes-Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud-Alcaldía Mayor de Bogotá.

"Modelo distrital para la atención de la habitabilidad en calle" (2010) [en línea], disponible en:
<http://intranetsdis.integracionsocial.gov.co/modulos/contenido/default.asp?idmodulo=2133>, recuperado: 13 de noviembre de 2013.

ANEXO A

FRAGMENTOS DE ENTREVISTAS Y DIARIOS DE CAMPO

Trayectorias de los cuerpos femeninos callejeros

Diarios de campo

Yo soy del Quindío, tengo 16 años y decidí venirme para Bogotá porque mi padrastro abusaba de mí. Llegué a vivir a Soacha (Cundinamarca) y alguien me ofreció trabajo en Bogotá en el Bronx. Por eso estoy acá, pero ahora le cuento la historia...

Ella es una joven de 18 años que llegó con su mamá y su hermana desplazada del departamento del Meta. Su infancia la vivió en La Uribe, donde asesinaron a su papá. Luego vivieron donde unos familiares en Villavicencio (Meta) y finalmente llegaron a Bogotá para pedir ayuda del gobierno, ayuda que nunca llegó.

Mi mamá se había venido a Bogotá cuando yo tenía 9 años; ella nos había dejado con mi abuela en el Líbano (Tolima). Pero cuando empezamos a crecer, ya mi abuela dijo que no nos cuidaba más porque nos estábamos desjuiciando y entonces yo llegué a vivir a Ciudad Bolívar cuando tenía 12 años. Allá nos dejaban encerradas todo el día mientras mi mamá trabajaba, después mi mamá consiguió este lote aquí en la invasión.

Soy rola, nací y crecí en Bogotá. Fiel hinchada de Millonarios. He vivido en muchos barrios, pero mi mamá vive en Bosa Libertadores.

Yo nací en Bogotá pero también he vivido en Mesitas (Cundinamarca) y en Villavicencio (Meta), he ido y vuelto porque esta ciudad cansa, en otros lados la plata rinde más.

Soy de Bogotá, pero viví un año en Medellín (Antioquia). Allá también estuve en un internado de mujeres. Apenas pueda me quiero devolver, esa ciudad es una chimba.

Lo femenino callejero y los cuerpos abyectos: "ser mujer" y "habitar" la calle

Entrevista No 1.docx

Yo hablo con chicas pandilleras, o bueno de calle y yo les digo ¿y bueno ustedes porque caen ahí, en la droga? Son las que cargan todo y las que portan. Porque yo puedo ser igual a Él, Yo lo puedo ser. O sea quieren como tener las cargas iguales. Ser iguales al hombre frente a la calle. Pues vemos que no.

Entrevista No 2.docx

Yo creo que si hay una cosa muy marcada, es que dentro de los estereotipos "la calle" siempre nos han contado las historias acá patriarcales, ellos nos cuentan que la calle es para el hombre, siempre han estado marcadas esas cosas. Pero siento que nosotras en este momento también, ya nos vemos totalmente ligadas a ese término calle, pero que pasa, cuando hablan de habitar calle, o de vivir en calle, ya se ven otras cosas, por lo menos las chicas con las que yo estoy, son chicas, que son habitantes en calle, ¿Listo? Eso qué quiere decir, que ellas pasan la mayoría del tiempo en la calle, más no duermen en la calle como tal, listo. Y el hecho de ser mujer y que estás en la calle, ya te empieza a estigmatizar y te señala esta sociedad. Así no duermas en ella, por pasártela en la calle, ya te pueden decir prostituta, eh, ya te pueden decir que eres drogadicta, cualquiera y demás, porque así lo tienen marcado, pero es un estereotipo patriarcal.

Una chica muy bonita muy alegre, muy dada a comunicarse, receptiva y demás, tuvo un encuentro súper complicado de abuso, de abuso sexual, cerca de su barrio, estaba parchada en un parque... y la violaron.

Entrevista No 3.docx

Indiscutiblemente habitar la calle, moverse en la calle les ha implicado rupturas familiares y situaciones muy problemáticas, entonces, a mí me da miedo hablar de familia, debido a que desconozco sus condiciones. Sin embargo, la decisión de estar en la calle implica la ruptura total con sus familias, un aislamiento en alguna manera. La rutina de las chicas es llegar a la Unidad a las 7:00 am y salir 4:00 pm, están en la calle mucho tiempo.

Entrevista No 4.docx

Es algo muy complejo, la mujer que habita la calle es una mujer vulnerada, por muchas razones: primero, por querer estar en un espacio que históricamente se le ha negado, que era exclusivamente de los hombres, razón por la cual, debe ser parte de la invisibilización en la que están. La mujer que habita la calle generalmente se asocia con la prostitución, pero existen otras maneras de habitar la calle, no se conoce mucho, digamos que en el caso que nosotros en el distrito sería muy bueno entender y saber realmente lo que están haciendo las chicas en las calles.

Nosotras vamos a las calles por muchas razones, las que van a la calle lo hacen con los hijos, esta es una diferencia con los hombres, ellos andan solos o con un grupo de pares. Las chicas cuando están solas, usualmente están con parches que las usan, que las manipulan, para acciones delictivas, explotación del cuerpo, yo digo que sufren mayores vulneraciones que los hombres habitantes de calle.

Ella contó que los hombres les pegan a ellas, las usaban para robar, las enviaban a hurtar y en las peleas con otras pandillas a ella la persiguen. Y algo que me llama la atención, es que a ella no le importa mucho que maten a otro o matar, o sea, el tema del valor por la vida parece triste pareciera que no existiera eso. Por ejemplo, para ella ver matar eso es chévere, yo no sé qué se siente cuando se ve

sangre. Contaba cómo eran esas peleas, cómo se iban a esconder y para ella le parecía emocionante, no le parecía doloroso; sino al contrario le llama la atención.

Entrevista No 5.docx

Yo pienso de que el hecho de ser mujer y de que estén habitando la calle no las exime de que sigan siendo mujeres con los mismos derechos que tenemos todas, así estemos en el nivel social que estemos, y son igual, mujeres que por diversas situaciones, han caído en ese mundo, pero son seres humanos muy valiosos, con muchas virtudes a pesar de estar en esta situación.

Yo pensaría que las mujeres estaríamos más dadas al maltrato, yo pienso que las más violentadas, porque todavía existe el machismo, que porque es mujer tiene que soportar, tiene que aguantar, como la figura de autoridad, yo pienso que la mujer es siempre la que más lleva, la que más sufre las consecuencias de estar en la calle.

Hay algunas que tienen el tema del desplazamiento, por eso tienen la carga de la violencia en su familia y también de afuera.

Hay chicas que son mujeres diversas, porque ahorita estamos atendiendo chicas trans, entonces son chicas que han sido muy marginadas y maltratadas, que la mayoría desde muy temprana edad están en las calles, con muchos conflictos y problemática social, abandono, consumo de drogas, la mayoría ejerce la prostitución, la mayoría son madres, los hijos la mayoría están en bienestar familiar o en algunos casos los tienen las familias, pero ellas no tienen acceso a ellas, porque en este momento ninguna quiere saber de sus hijas.

Hay chicas que pagan pieza, o duermen en la calle, pero la mayoría pagan pieza, trabajan y con lo que trabajan, pagan la pieza, pues no todos los días, porque hay chicas que amanecen en la “olla”.

Ellas dicen no cuentan en el momento pero uno después se entera, pero les pegan los famosos “sayas”, que porque no quisieron tener relaciones con ellos, o porque se robaron algo, porque no pagaron alguna droga que compraron, por cualquier cosa las maltratan o abusan de ellas. Yo pienso que eso ya es normal, o también dicen que cuando hay chicas que llegan por primera vez, que están bonitas, tienen que pasar primero por todos los que mandan en esas “ollas” para poderlas dejar quedarse ahí, o no las dejan salir hasta que todo el mundo pase por encima de ellas.

Han perdido tanto su autoestima, como que les da igual, hay chicas que cuentan que hasta las maltratan, hay hombres que les pegan, abusan de ellas, las maltratan, ellas ya están acostumbradas. Es terrible, hay unas historias de vida, que uno no se imagina que haya gente tan mala, y tan aprovechada. Pero la mayoría lo hacen es por el dinero.

Entrevista No 6.docx

Ser mujer es como bueno ser madre, yo creo que lo más importante es como ser madre, ser como la persona, lo más importante, para la mujer es como que la eduquen, porque ella tiene que fortalecer toda la familia, y en la vida en calle que siempre han tenido que están solas las mujeres, tener sus hijitos solas, ellas no tienen quien las apoye, lo más importante de ser mujer es, como educarla, para poder de verdad salir adelante.

Se quedan toda la noche consumiendo para no dormir en la calle. Por todos los peligros, y que ya de todas maneras, les cuesta como trabajo ya, quedarse en calle, por eso es que miran cómo roban, cómo van a prostituirse para conseguir para el cuarto 5000, 6000 pesos.

Ellas en la calle son muy maltratadas, en la “olla” por ejemplo se tienen que meter con todos lo jibaros, y si no... Allá tienen una cantidad de normas, allá si tienen que respetarlas y sino grave. Y allá son muy abusadas en todo.

Porque con ellas hay mucho maltrato, mucho abuso, y la mujer en la calle corre muchos peligros, y por eso es que muchas de ellas también se vuelven lesbianas, que quieren ser niños, porque así como que las respetan más allá en la calle. Eso también es uno de los motivos, pues hay muchos motivos para que ellas quieran volverse lesbianas, pero uno de los que hemos vivido de cerca, ha sido ese, ellas dicen: “tengo que protegerme, para que me respeten más en la calle”.

Entrevista No 7.docx

Yo creo que también hay una dualidad y es el hecho de ser una mujer en la calle, que es tener miedo, en algunas ocasiones es ser más vulnerable, estar en peligro. Si yo creo que es la dualidad, saber que es mi territorio pero que tengo que andar con cuidado, que pisar con cuidado, que estar mirando y observando qué pasa a mi alrededor, no sólo con la tranquilidad de mi día a día, sino la disposición clara del peligro.

Con la habitante de calle es que ellas están buscando protección permanentemente, buscando el que es más fuerte, el marido que las pueda proteger, buscando al jibaro más fuerte en la calle que las pueda proteger. Siento que hay una desprotección muy grande, y a pesar de la traba, está la noche, donde están totalmente desprotegidas.

Hay una chica específicamente que se tiene que bajar desde las tres de la mañana para llegar a las siete, se baja caminando y puede correr cualquier peligro, y es eso yo siento que también tienen una libertad, pero dentro de la dualidad del peligro y de la vulnerabilidad.

Yo creo que ya tienen que haber pasado a un nivel distinto en el consumo y en la conciencia ya cuando ellas piden ayuda, yo pienso que el habitante de calle es inmediatista, tienen como unos, unas características que no les permiten avanzar, ellos viven el día a día, ellas comen el día, se bañan el día a día, toda su actividad es muy centrada en el día a día, no hay futuro, en la calle no hay futuro, tu puedes

estar viva hoy pero estar muerta mañana, todas las funciones que cumplen en la calle, que por protección son carritos, llevan la droga, la venden, le ayudan al jibaro, yo siento que eso es como la mayor traba. No hay futuro.

Entrevista No 8.docx

Yo digo que es una vida muy dura, debe ser más dura para la mujer que para el hombre. Por que nosotras en sí somos más frágiles, tenemos más sentimientos somos más, sensibles; en cambio el hombre, las cosas les pasan fácilmente, eso dicen, como que son más resilientes ¿es la palabra? A la mujer siempre le queda ese dolor ahí, como que perdonamos pero no olvidamos, queda marcado ahí, en cambio el hombre lo saca.

Que aparentemente, nosotras las mujeres, o las mujeres que están en la calle, tratan de ser como fuertes, ¿cierto? Más duras... inclusive, yo a veces le tengo más miedo a la mujer de calle que al hombre.

Yo creo que ellas lo hacen más por buscar una protección, sentirse protegidas.

Entrevista No 9.docx

Pues las mujeres es una descomposición gradual como llegan a la calle, porque yo he notado que cuando ya consumen bazuco no hay vuelta de hoja, cuando consumen marihuana buscan estar aseadas, tener una buena presentación, van a la casa no las rechazan pero la adicción juega un papel importante en la descomposición de la mujer y eso sumado al machismo tan fuerte que existe.

Las chicas con riesgo de calle concurren a las habitaciones y visitan a sus familias, o tienen un sitio estable, donde pasar la noche. Pasan el 90% en calle, pero realmente no duermen ahí, si no en la calle parchan y están en las actividades propias del habitante de la calle, sin llegarlo hacerlo por completo. Ese tipo de chicas son las que están en riesgo.

Ella manifiesta que ella es libre, que tiene libertad, que puede hacer lo que quiera pero yo la veo muy atada al consumo yo le digo “tú no eres libre con esa pipa que es la cuestión”, y ella me dice “es mi vida, yo hago lo que quiera, yo me meto mi pipa, voy como allá en el restaurante, me acuesto con el que me da la gana, hago lo que me da la gana”. Dura hasta siete días sin bañarse.

Yo he visto que una mujer se asustan mucho cuando ven otra mujer está en la condición de habitante de calle, se impresionan, se impactan...

Ella estaba embarazada, no se había hecho exámenes, nada absolutamente nada, la llevamos a Luna Park, eso fue hace 2 años, y ella había sido mordida por ratas pues porque dormía en la alcantarilla... finalmente no supe que pasó con ella porque a mí me trasladaron.

Entrevista No 10.docx

La mayoría se la pasa en el barrio Santa Fe, ejercen la prostitución en la noche, también, se van de farra, a tomar, consumir pepas y/o marihuana. En la medida de lo posible, a consumir bazuco, pero a ellas se les dificulta estar tranquilas en el momento de desempeñar su rol. ¡Pero todo el tiempo en la calle!, algunas de ellas pagan piezas en el sector de Santa Fe.

Diarios de campo

La mamá me dijo que estaba dispuesta a declararla con incapacidad metal, con tal de evitar que llegara a habitar la calle de manera permanente, no la quiere ver con un costal al hombro.

Ningún hombre tiene que decir que yo me he acostado con él para conseguir para mi “vicio”. Yo hago mis vueltas sin tener que mendigar, eso me tranquiliza.

En la calle hay mucha desigualdad, nos tratan como se les da la gana y hasta creen que somos de su propiedad.

Las mujeres en la calle perdemos la feminidad porque nos toca buscar formas para que los hombres no abusen de nosotras. Por eso se ve tanto “chachito”.

Yo me puedo pasar horas y horas echándole monedas a una rockola en la L y metiendo bazuco, la vida se me pasa sin darme cuenta...

Varias veces los vecinos llaman a la policía y a la ambulancia para que se la lleven, argumentando que ella se le atraviesa a los carros.

Los hombres del grupo afirmaban que ella “tiraba” con todos cuando se drogaba, que todos se la habían “comido” y por eso ninguno iba a responder por ese bebé. De hecho, ese era un tema vetado dentro del grupo.

Entonces la profesora me dijo: ¡Esa chica no aprende! Varias veces ha llegado acá sin poder casi ni caminar porque la violan entre varios tipos.

La profesora me dijo: esa chica es barrista y le encanta estar viajando detrás de su equipo, vive de ciudad en ciudad, vive en la calle...

Proceso de institucionalización de los cuerpos femeninos callejeros

Entrevista No 2.docx

Yo creo que ellas se construyen en esas relaciones, lo que pasa es que no es lo que esperaríamos nosotras, pero yo creo que las nenas, se defienden, y por eso se vuelven así de rudas, cómo se la pinto, cómo me la fumo. Ese tipo de cosas empiezan a generar herramientas, que no puede que sean las mejores para lo que se espera, en el sistema, para poderlos inmiscuir otra vez a esto, pero las nenas, se vuelven unas “paradas” y “rayadas” en muchos campos, entonces son muy rudas, y son que en su lenguaje y su expresión no se la dejan montar.

¿Cuál es el deber ser mujer que existe en la Unidad? Por qué hablamos aquí de respetar la diferencia, la diversidad de formas de feminidad, pero finalmente, de cómo va a ser la Unidad, y eres leída, porque tu trato va a cambiar si te vistes, como estaba vistiéndose la chica.

Primero las chicas de La 32 tienen la trayectoria de estar institucionalizadas, todas han pasado por internado y han pasado por la condición de protección, así no hayan sido del Idipron, conocen el trabajo de ICBF, conocen cualquier otro lugar de protección y de permanecer internas pero digamos, fue por eso que llegaron a La 32.

Una niña que tiene 19 años y todavía está ahí y lleva años en el Idipron; así pueda parecer hasta chistoso, pero es la zona de confort de ellas. Yo siento que los papás muchas veces las abandonan en el Idipron, entonces es como el día que tienes que tomar la decisión de irte de tu casa, que nos pasa a todos los seres humanos, siempre andamos señalándolas a ellas, pero son cosas que les pasa a todos los seres humanos.

Qué pasa con niñas del Idipron, con varias de las que yo tengo ahí, son varias que son la tercera o cuarta generación que están en el Idipron. La mamá estuvo ahí, estuvo la tía, la abuelita, han estado las primas, toda la vida han vivido bajo ese asistencialismo del Idipron.

Entrevista No 3.docx

En La 32, no es que las chicas lleguen trabadas o amanecidas, ahí tienen una regularización más fuerte de su cuerpo, no es tan sencillo pasar la noche en la calle. Digamos que en La 32, eso se resuelve más fácil: Usted vino a estudiar.

La realidad, si se reconoce claramente que los chicos y chicas que están ahí han sido expulsados de la escuela tradicional y que hay que buscar alternativas para brindarle el acceso a la educación, digamos que en esa medida todo está pensado para rodear el resto de los derechos, el tema de la alimentación y el vestuario, y pensar la educación. Así lo veo yo en este momento...claro que esto entra en contradicción cuando un "pelao" está toda la noche en el parche de barrio, en la esquina, en medio del consumo, guerra, ataque de la policía, obviamente eso se cae de toda realidad.

Definitivamente la diferencia entre chicos y chicas son enormes. La escuela no está pensando que las mujeres siguen en condiciones muy diferentes, en términos académicos e intelectuales.

Entrevista No 4.docx

Mi perspectiva es crear a corto plazo una transformación. Si logramos tener un grupo de chicos y chicas más o menos 60 en una Unidad, en los horarios de 7:00 am a 4:00 pm, son como 8 horas, donde están teniendo experiencias diferentes a la de la calle, olla, barrio y casa, que se resumen en maltratos. Estamos logrando algún tipo de transformación, puede ser el hecho que ahora cumpla un horario. Para mí es muy importante, porque algo que ellos y ellas han perdido en ese transitar de la calle y la casa, es la perdida de la disciplina, así mismo la norma como imposición, sino que es una norma que le permite convivir sanamente con el otro y la otra, sin agredirse.

Por ejemplo, poder llegar a las 7:00 am, cuando antes podían llegar a la hora que quisieran, sin decirles nada. Antes había más flexibilidad con la llegada, se ha pretendido que no sea así, para que ellas puedan tener unos hábitos en su vida que les permitan tener orden, para que se puedan pensar algún tipo de orden a largo plazo, porque ellas solo viven el momento.

Se busca adecuar las condiciones institucionales para que las chicas puedan acceder. Pues, si son madres pues tienen que atender a sus hijos, para que no se repita la misma historia de ellas: niñas abandonadas.

Entrevista No 5.docx

Por ejemplo, a ellas les cuesta mucho las normas, ellas han perdido eso ya, o por ejemplo los hábitos, es un problema por ejemplo que se quieran bañar, han perdido como esa alegría por verse bonito, eso ya no les interesa, desde que tengan para la droga, ya con eso son felices.

Las chicas se van a la calle, y están vueltas nada, para cuando ellas van a su casa, entonces ven la posibilidad de ayudarlas a internarlas, entonces pero son muy pocas, otras que son por voluntad, vienen conocen la Unidad, y ellas mismas toman la decisión de internarse.

Inician un proceso, les hacen unos días de externado, para que la chica también, como es voluntario, igual no se puede de una vez internarlas, porque también es como un choque para ellas. Entonces la idea es que en esos días la chica haga externado, la chica conozca la Unidad, en que se le puede colaborar, ya después que vemos que esta como lista para el internado, entonces se interna, y ahí empieza su proceso. Se empieza a decirles que la motivación de ellas comienza con ser ellas mismas, que el cambio sea porque ellas mismas lo quieren, no porque los demás se los ponen, sino por recuperar algo, primero por ellas mismas, que lo hagan porque verdaderamente les nazca, o quieran hacerlo.

No todas las chicas salen a hacer lo mismo, ya tienen como claro, lo que quieren hacer, lo que hacen allá afuera, y no siempre todas acuden a la “olla”, hay chicas que por x o y tienen su pareja. Lo primero que hacen es ir a rebuscarla entre los dos para tener un sitio digno donde dormir, mientras que hay chicas que se mentalizan, que van directamente para la “olla”, o lo que van a conseguir es para el vicio, hay otras que dicen no quiero dormir en la calle, entonces quiero rebuscar lo de la pieza.

Pues lo que uno puede ver, solamente las reglas, con las mujeres uno tiende a ser más suave, mientras que con los chicos, hay más disciplina, como las normas, son como más duras para los hombres. Para las chicas siempre se trata de llevarlas más por lo que ella quiera, no es de atacarla, no es porque una chica que llega a una Unidad y la atacan y la regañan por todo, y es una chica que va a abandonar muy rápidamente los procesos, porque son chicas que no están acostumbradas a recibir órdenes, normas. Mientras que un hombre yo pensaría que son más duras las cosas que se les impone, creería que para ellos no son tan importantes,

mientras que un chica como las de mi Unidad, tratamos de ser muy suaves con ella, pues si corregirla, pero no siempre a la defensiva, que por cualquier cosa se tiene que ir, mientras que con los hombre sí.

Yo pienso que uno siempre quiere ir más, como en que le puede ayudar más, pero a veces no hay las herramientas, porque las chicas necesitan de una atención especial, entonces de pronto que viniera un psiquiatra y las valorara, y les diera un medicamento por lo menos, para quitar esas ansias del consumo. También poderlas certificar en algo, que las chicas se pudieran emplear en algo después de que terminen el proceso, que el Idipron las acogiera en algo, y eso como que no existe, no pasa, más herramientas, más ayudas y que las chicas no se vayan, porque las chicas abandonan los procesos, de pronto tuvo un mal día, o se peleó con una compañera.

- ¿Cómo ha sido la inclusión de mujeres trans en la Unidad?

Pues al principio ha habido como un poco de rechazo, de porque igual es mujer pero sigue siendo hombre, siempre ha habido como un poco de rechazo...

Entrevista No 6.docx

Pues aquí llega de todo, tenemos chicas que tienen familia, chicas que no la tienen, que realmente tienen su casa, otras que si necesariamente viven en la calle, en la “olla”, chicas que trabajan en prostitución, que también trabajan vendiendo cosas, pero que también roban.

El Idipron no ha tenido a nadie obligado, ellas llegan es porque quieren llegar acá, porque quieren cambiar.

Es importante porque tienen un lugar donde llegar, ellas saben que existe Idipron, entonces llegan. No son muy constantes, pero ahí si cuando están en muchos problemas o están muy llevadas, como dicen ellas, ahora que se les brinda el

internado, como que ellas piensan, oiga como que me quiero internar ¿sí?, saben que hay un sitio que las va a recibir siempre, sin importar cómo lleguen.

Trabajar con habitante de calle es complicado porque ellas son muy conflictivas, muy agresivas, y pues obvio, cada una tiene sus propios problemas y la droga cada día las vuelve más agresivas, y cada niña es un caso diferente, es una historia diferente, y son cosas, acá decimos que hemos visto todo, pero cada día llegan más problemas y cosas difíciles con ellas, sobre todo con las mujeres.

Ahorita tenemos un proyecto bueno, que es estar pendiente de que les coloquen el Jadelle, entonces estamos pero con todas, ojala que todas fueran, porque para nosotros es importante esto, porque para que, que éstas niñas se embaracen, no no no ¡es muy triste! No se preocupan por ellas, mucho menos por un bebé.

El Idipron siempre ha sido más de hombres, y el entrar a que atendieran a la mujer, fue muy complicado, porque nosotros estábamos en la época del Padre, que el padre siempre decía que para él era mejor atender hombres, que tenían menos problemas, y se buscaba menos problemas que con mujeres. Él pensaba que los chicos podrían hacer más cosas: estudiar, trabajar, hacer muchas cosas. Él tenía la idea de que las chicas se embarazaban y ahí quedaba todo el proceso.

Ayer nos llegó una chica, la que vimos desde pequeña, le ha pasado de todo en la vida, de todo en la vida, el Idipron ha hecho de todo por ella, sale, vuelve la han apoyado muchísimo porque tiene una historia de vida terrible, y antier nos la trajo bienestar social, igual, ¡cantidad de problemas! La habían abusado, y ya es una chica de 24 años y la hemos tenido desde los 10 años y así. Entonces uno dice, la han apoyado hartísimo en trabajo, estudio, es una chica muy valiosa, pero si ella no se ayuda... ¿entonces? ella trabaja aquí en la 22, en prostitución.

Siempre hemos sido, ese es como uno de los problemas de Luna Park con nuestras chicas, siempre a las otras casas, y eso que estamos dentro del Idipron,

siempre es el rechazo, y las chicas trans peor, que piensan que les vamos a dañar las chicas que hay en La 32.

Entrevista No 7.docx

Como camina en la calle y demás, ella necesita una bebida caliente, en la mañana lo más rápido que se pueda, porque pudo haber caminado toda la noche, y pudo ser helada, entonces yo creo que es inmediato eso, dormir, el baño caliente, inmediato un sitio protegido, esa es la necesidad.

Digamos que la expectativa es que superen el bachillerato, o terminen o cursen el bachillerato, y verlas como interesadas, es la expectativa que tenemos.

Además los cursos están diseñados históricamente hacia los hombres, y si hablamos de cualquiera de los talleres, son más dirigidos a los hombres.

Entrevista No 8.docx

No es solamente dar, si no es enseñar al muchacho a que se gane las cosas, porque a veces nos volvemos como padres alcahuetas, es un dicho de mi mamá, en qué sentido, en que todo se lo damos al muchacho y entonces no valoran, esto es lo que le pasa a las familias, cuando tienen sus hijos, todo se lo dan, no valoran no responden como deben responder, y a veces no hacen lo que deben a hacer.

Yo creo que eso si habría que hacer un trabajo con ellas, es trabajar como esa parte de autoestima de valorarse, de sentir que ellas también pueden solas, que no necesariamente necesitan un hombre ahí al pie, a su lado.

Cuando yo llegue a Luna Park, yo dije: no puedo permitir que una chica de estas siga durmiendo tirada en un piso; que lo hacen en la calle, que lo hagan en la calle, pero no en esta Unidad porque se supone que estamos en restitución de derechos. Entonces saqué las colchonetas, cuando me doy cuenta, de que tienen que ser en camas, pero ahora estoy buscando las sábanas. ¿Por qué tiene que ser lo más degradante?

Debería haber una ruta solo para mujeres, porque yo decía que las pudieran recoger, que hubiera como una prioridad por ser mujer.

Entrevista No 9.docx

Y sus necesidades son diferentes. Hay algunas mujeres que solo tienen la necesidad de contactarse con la familia conciliar con ellas para que puedan volver a la casa pero entonces se les ofrece que más bien vayan y hagan un proceso de desintoxicación y ta, ta, y ellas lo ven así porque el Idipron no es un proceso de desintoxicación, no es terapéutico pero ellas a veces dicen es que yo voy a ir al *patio* a desintoxicarme, se mentalizan de formas así, pero son muy diversas y para poder salir hay que hacer mucho diálogo con ellas y tener mucha confianza y poder determinar cómo se puede hacer un tratamiento individual con cada una de ellas.

Entrevista No 10.docx

Hay un tipo de conducta inadecuada por parte de los trans que asisten, porque asisten con una vestimenta que no está de acuerdo al lugar, además, no se apropian del cuerpo, si no el cuerpo a ellos. No se aceptan del todo como son, o quién sabe si se aceptan demasiado. Pero no se hacen valorar por los otros.

Además se tiene que estar 35 o 40 días para poderse internar. Yo no estoy de acuerdo con eso, como se le dice al usuario, que realmente no nos interesa como está ahora, si no que nos interesa como va estar él a futuro, yo estoy de acuerdo, es prepararlo; pero a veces es generarles una frustración o deseo que se rompe.

Es muy difícil, porque a veces cambiamos al sujeto y le decimos tiene una condición sexual, goza de unos derechos y normar que lo cobijan y protegen; está listo para estar en una sociedad. Pero cuando los sacamos a la realidad, la sociedad no está preparada para recibirlo, al contrario lo que hace excluirlo más, hacerlo sentirlo muy mal. Cuando se siente muy mal vuelven al consumo, pero con más fuerza y es problemático.

Nosotros le proponemos a ellas que asistan un tiempo al Oasis II, por ahí un mes y medio, o 35 días, donde tienen que hacer unos talleres; este proceso se llama El Semáforo, donde los colores rojo, amarillo y verde son diferentes temáticas y se fortalece factores de protección y factores de riesgo. Eso es lo que pensamos nosotros, los que hacemos los talleres. Pero, realmente es preocupante... Cuando se quiere internar a una chica trans se presenta una dificultad porque algunas Unidades son sólo para hombres u otras solo para mujeres, entonces, no se puede recibir.

Las trans en el Oasis II, en alguna manera están bien, lo que se busca es que se relajen. Pero cuando se hace una intervención más especializada hay alguna distorsión. Porque ellas asisten, pero se encuentran apartadas de todo, no las integran, al contrario en todo momento los otros se encargan de discriminar y etiquetar.

Yo no puedo entender como en un momento de la vida, un muchacho que tenía 7 años y estaba en una casa del Idipron, lo venimos a ver ahorita con 23 años y se ha convertido en un habitante de calle y agreguémosle que quiso ser trans, entonces ¿Qué paso ahí?

Diarios de campo

Un día, cuando íbamos en el bus del Idipron, y al pasar muy cerca de la L, la chica vio a uno de los hombres que trabajan con su agresor. Sintió mucho miedo porque él contaría que ella estaba en el Instituto y podrían ir a buscarla...

El Idipron en el marco de las políticas sociales

Entrevista No 1.docx

Pues es como lo que se está problematizando. Si es más separar perfiles, para darle una atención distinta, diferente a unos y a otros, ¿O qué estrategias se pueden explorar, para que esa diferenciación no afecte más a la persona?

¿Finalmente donde la mando? Que no es que me lo trajo a Luna Park y es que no está en La 32 pero necesita internado. No la puedo llevar a Luna Park, ni a la 27... ese tipo de cosas son limitantes y barreras de acceso, de la gente, cuando realmente lo que importaría es la persona y la dignidad humana, no si la llamo *en* o *de* calle.

Nosotros decimos: Nosotros somos los defensores de los derechos del goce efectivo de las niñas y los niños, el goce efectivo, decía bueno ¿será que si les damos estudio, y les damos un refrigerio, y los remitimos a salud y los remitimos a otra entidad que ellos necesiten, por ejemplo el comedor, será que el chico tiene el goce defectivo de los derechos?

Pero también hay que mirar si para estar bien, y tener mis derechos, tengo que estar oculta, encerrada en un internado, tengo que venir 15 días al entorno por querer comer bien o poderme vestir, pues imagínese esta en calle, está en riesgo, vive en la “olla”.

Entrevista No 2.docx

En este momento el colegio, el PEI, si tú lo lees, está para niños, niñas y adolescentes de Bogotá en general.

Entrevista No 3.docx

Idipron se enmarca en toda la política de infancia y juventud, digamos que en toda la dimensión social que comprendía este plan de desarrollo, pero yo me pierdo, en cómo se traduce toda esa “carreta” en la vida real.

Ellas son muy reservadas, ni siquiera con los equipos psicosociales, de pronto le cuenta algunos de los profes, pedacitos de su vida, pero ellas no les gusta ir a psicosocial, ellas dicen: que allá las *sapean*, que en psicosocial quieren es echarles la policía o el ICBF, por eso ellas no son abiertas a eso; cuentan pedacitos de historias.

Entonces, las cosas concretas nunca se aterriza, pues es muy superficial, la idea que tengo del marco que ofrece la política pública, para el trabajo que hacemos; nunca llega a la práctica del diario vivir exige estar en acción y reflexión en primer momento y la transformación de ciertas dinámicas y/o aprendizaje, nunca se realiza.

Yo no tengo mayores expectativas alrededor de qué transformaciones puede originar el Idipron. Aparte de garantizar los derechos fundamentales en el momento presente, yo si tengo muchas dudas sobre en qué puede favorecer a futuro sus habilidades sociales, académicas etc. Yo si tengo muy claro, que se está resolviendo cosas concretas, pero qué impacto genera en cada historia de los chicos y chicas.

Entrevista No 4.docx

Porque algo que me quedó claro es que esta población solo le interesa al Idipron y a nadie más, no les importa lo que hacemos. Siento que somos igual de discriminados que las chicas, así mismo como institución somos los últimos de la fila. Yo creo que en los diseños presupuestales nos dejan de últimas, es mi imaginario o puede ser lo primero que se piensa.

Nosotros no podemos seguir diciendo que la Unidad no puede recibir ni menores de 18 y que no haya madres, porque las niñas son niñas y las mujeres son mujeres. Tener hijos les pasa a las mujeres y no le podemos cerrar la puerta. En este momento, estamos recibiendo chicas que tienen hijos, chicas que tienen 22 o 23, esto ya no es una dificultad, como fue en el año pasado, esa fue una pelea que nos dimos. Esto en pro de hacer acciones de enfoque de género, para que haya relación entre el discurso y la práctica.

Desde mi tema de derechos humanos he encontrado resistencia por parte de los profesores.

Es importante preguntarnos que sí las mujeres que habitan la calle, son las que llegan a las Unidades o cuáles son las condiciones de las otras, las de los estratos más humildes, ¿Donde estarán y que están haciendo?

Ahora tenemos en la Unidad varias articulaciones, el primero es con la Secretaria Distrital de la Mujer sobre el tema de la violencia hacia las mujeres. Segundo, tenemos una articulación con el Jardín Botánico, entonces trabajamos todo el tema de la ecología, el cuidado de la gente y el embellecimiento de la Unidad.

Una crítica que yo le tengo al instituto es que el tema del consumo no lo hemos abordado por todos los frentes. Claro hay una postura, donde se está apostando al tema de la educación y eso me parece bien. Pero tú sabes que los temas de adicción son de otra índole y toca hacer otras cosas. Yo tengo entendido que el instituto no tiene políticas en ese tipo de intervenciones, de hecho por eso no hay equipos terapéuticos.

Entrevista No 7.docx

Yo creo que tiene un lugar muy importante, el trabajar con jóvenes, creo, mirando la política pública, tu miras el estatuto de la juventud, hay muchas cosas etéreas. El IDIPRON las puede aterrizar, y de hecho las ha aterrizado, si tu miras los derechos, hay muchos derechos donde estamos avanzando, y siento, que es el único que toma en cuenta al adolescente y al joven.

La distinción entre habitante de y en calle es que: el que está en calle tiene alguna familia, un vínculo formalmente, tiene una habitación o un lugar donde llegar, es decir, tiene uso del territorio tiene un lugar un espacio. Pero quien es habitante de calle, digamos que su espacio es más amplio en la ciudad, puede no tener vínculos familiares, y no tiene un sitio donde quedarse fijo. Creo que esa es la diferencia.

Si, nosotros hemos estado, creo que necesitamos capacitación, en el Perdomo lo hemos venido haciendo trabajando derechos, trabajando que es hablar en clave

de derechos, porque la inclusión social, por qué no a la segregación, eso lo hemos venido hablando al interior de la Unidad, pero debería ser voluntario, debería ser una política del Idipron. Hablar de todos estos temas al interior de las Unidades, como propuesta eso, tenemos que formarnos en política pública, con enfoque de derechos, y con enfoque diferencial.

Entrevista No 8.docx

La ciudad tiene tantas necesidades que Idipron es una hormiguita, para todas las cosas que hay que hacer.

No todos estamos baja la misma dirección, se nos olvida a veces la razón por la cual estamos donde estamos, y yo sé que tienen que haber unos procesos pero, no todas las veces existe la necesidad de aplicar todos ellos, yo tengo que ver la necesidad del muchacho, o de la joven ¿Si me entiende?

Yo siento que para las mujeres hay poca cobertura, poca cobertura, no hay. Sí, hay que atender hombres, pero decir oiga darle a la mayoría es bueno, pero debe existir una casa especialmente para la mujer.

Hay jóvenes que son netamente de calle, y otras jóvenes, las de calle, son las que han roto prácticamente todo el vínculo con su familia y otras que vienen de su grupo familiar, que han estado bien. Si hay una diferencia.

Entrevista No 9.docx

Uno está atado de manos porque hay que ir más allá en algunas cosas y no se puede o se mira o se rechaza.

Entrevista No 10.docx

Se supone que el Idipron como Institución Distrital de la Protección de la Niñez y la Juventud, el cual es un nombre bastante inclusivo, abarca muchas cosas, trabaja con una población indispensable para la transformación de una sociedad hostil, violenta y con bastante pobreza. Yo creo que el Idipron, está ahí con pañitos de

agua tibia, tratando con una realidad que es bastante fuerte. Pero qué pasa cuando no se aplica la política pública de una manera asertiva, no sé si quiere abarcar mucho o no lo está haciendo de la manera adecuada, o no conoce qué pasa en las calles. El Idipron está en las calles, pero no comprende el fenómeno, no sé qué pasa, o si tiene que ver con los profesionales, con la implementación de las estrategias en las Unidades, la interpretación de un líder, funcionario, psicólogo, trabajador social. La política pública está ahí, es muy chévere, bonita e integral. Pero en la realidad, pasan cosas que no están dentro de la política pública.

ANEXO B

MIS RELATOS

MIEDO DE CIUDAD

A cruzar una avenida...

Cuando escuché un avión sobre mi casa, cuando lo vi despegar en Fontibón...

A caminar por el centro, ¡a caminar sola de noche!

Me sorprendía que la gente en el bus me ignorara, creía que todos me tenían miedo, ¡me miraban extrañados cuando quería hacer conversación!

Una vez me dijeron que fuera mañana a pedir una dirección, mientras pedía ayuda en la calle.

¡Que mañana me la daban, ¿Ah?!

Gente insolidaria...

Gente mutante pensaba yo, ¡autómatas!

Pero con el tiempo me he vuelto ANÓNIMA

Un mundo diferente es Mariquita. Allá la gente me conoce, me saluda, me pregunta cómo estoy.

En la ciudad saludo a pocas personas ¡y ni siquiera sé quiénes son todos los vecinos en el edificio!

Ser anónima, ser autómatas, ser mujer en la ciudad, ¡MUJER PROVINCIANA!

UNIVERSITARIA DE PROVINCIA

Durante casi toda la universidad tuve que prestar mi servicio social para ganarme el almuerzo, así que tampoco tuve tiempo suficiente para acostarme en el pasto a dormir, ni compartir momentos extra clase con mis compañerxs.

¡De vez en cuando iba por una cerveza! Pero mi solvencia económica tampoco aguantaba.

¡Y eso a ella le molestó! Gané reclamos injustos y no estaba dispuesta a que me pagara todo.

Casi todxs mis compañerxs decían que era una aburrida, ¡pero no sé si entendieron que estaba sola en Bogotá! Que a ellxs por lo menos les esperaba alguna persona en casa si “farreaban” y llegaban tarde. Si me pasaba algo quizá nadie se enteraría o me buscaría. ¡Ese también fue un miedo de ciudad!

Pero yo gocé la universidad, aunque de otra manera: jugué fútbol, fui a teatro, a cine foros, vi asignaturas de otras facultades, participé en marchas y paros... cosas que nunca habría vivido en Mariquita.

Digo con orgullo que Soy UN

Salí a la expectativa de qué sería de mi carrera como profesional, y aunque trabajaba no ganaba como tal. Duré seis meses después de mi grado ganando 600 mil pesos, luego tuve que entrar a trabajar a una universidad a un cargo administrativo que me desesperó después de tres meses.

¡Yo soñaba con cambiar el país! Trabajé también en una ONG, pero no duré sino lo que se firmó un proyecto. También trabajé en el Estado como contratista en el Área de Memoria Histórica, hasta que... llegué al IDIPRON en mayo de 2011.

Siendo estudiante, **IDIPRON** me parecía el lugar más pertinente para investigar el tema de habitantes de calle. Durante año y medio en la UN, en ciencia política, ese fue mi tema seleccionado en varias asignaturas...

Frente a la pantalla del computador, mientras escribía, pensaba en cómo sería trabajar en el IDIPRON.

Luego olvidé el tema... mi prioridad pasó a ser el estudio de los derechos humanos, pero justo después de salir de la universidad se volvió un tema odioso para mí, por el supuesto universalismo que pregona.

Entré al IDIPRON sin saberlo, por ese entonces contrataban con un intermediario... Mayo 10 de 2011

Instituto: Me has traído tantas alegrías,
Pero también tantas tristezas e impotencia...
He recibido afecto y cariño de chicas y
Chicos con quienes trabajo,
Pero también me he rodeado de muerte y violencia
Mi mirada de universitaria soñadora cambió,
¡Pero la sensibilidad espero no perderla nunca!
Veo todos los días a tanta gente indolente
A quienes se les olvida que éste no es un
Trabajo mecánico, sino que decidimos sobre
La vida de personas: ¡niñas, niños y jóvenes!
La vida me ha dado esta posibilidad...
De desilusión y enamoramiento continuo
De aprender cada día de otrxs

De encontrar que el afecto, la autonomía y la libertad van de la mano y nos hacen mejores seres cada día. GRACIAS!

Enferma Bazuquera Ñera Chirri Rata Puta Gale Loca Viciosa Marihuanera Drogadicta Gamina Fumona

Cómo duelen esas palabras... resuenan en mis oídos todos los días.

Las escucho de parte y parte: chicxs, funcionarixs, policía, y de toda la gente que dice saber del tema.

Y por ser mujeres hay más ofensa, más violencia y mayor discriminación..

SOMOS LO QUE NO SE ESPERA, LO QUE NO SE PUEDE SER

¿Dónde está la liberación?

¿Cuáles son los mecanismos de poder que están operando?

¿Opresión?

 ¿Resistencia?

 ¿Sujeción?

Sujetadas... ¿Cómo devenimos en sujetos?

¿Somos sólo lo que ven y quieren que seamos?

¿Quiénes somos?

¿INVESTIGAR?

¿Yo, una mujer con tan pocos privilegios?

Investigar sería soñar, soñar demasiado...

Para investigar se necesita soñar... imaginar, crear, creer.

¿Pensar que puedo ser una intelectual?

NO: Una mujer de pueblo, la primera profesional en su familia, quien come libro y de vez en cuando escribe... ¡y que además por eso le pagan! Digamos por ahora INVESTIGADORA-SOÑADORA.

MALDITO PEGANTE

¡Maldito pegante!

Maldito olor que produces en los zapatos

Y reproduces en los cuerpos...

Locura autista que los invade

Arrebatas y alejas en vez de pegar...

¡Y yo que solía disfrutar tu aroma!

Ahora siento que bloqueas sentimientos,

Que eres una adicción

Y ganas la batalla.

Cada vez que camino y pienso en ellas

Reflejo en mis pisadas con zapatos

El odio que he aprendido a tenerte

Aunque no te he probado

Te conozco, he oído de ti

He sufrido por ti.

¡Dejando ir a las veletas!

Hoy andamos por caminos muy diferentes... el presente dejó de ser el lugar común para compartir y apoyarnos mutuamente. El presente hoy sonrío para algunas y le hace daño a otras. Los vientos nos arrastran de un lado a otro, nos llevan a nuevos lugares o nos retornan a los mismos.

¡La incertidumbre es sobre lo que más tenemos certeza!

Las personas se empeñan en manipularnos, olvidando que somos veletas, que soñamos muchas cosas y que no queremos que nos aterricen a la fuerza...

Pero hay ciertos momentos en que nos engañamos pensando estar bien y nos estamos haciendo más daño.

Este también es un ejercicio de SOLTAR, de DEJAR IR, de APRENDER a compartir cuando y donde se puede. ¡Y esta parte es dolorosa!

Viento, veletas, cielo y horizonte... ese será el porvenir. Nada está escrito, sino que lo iremos escribiendo... otra razón para pensar en unos relatos de vida inconclusos...

¡Pero esto en vez de entristecernos debe abrir la posibilidad al cambio, a la transformación!

La movilidad y las crisis son oportunidades para que nuestras vidas vayan a rumbos distintos, pero dejan huellas imborrables en nuestras mentes y cuerpos.

Gracias por leer, gracias a ellas por intentar escribir, gracias a mi equipo de trabajo por la motivación incansable. HOY SOY OTRA

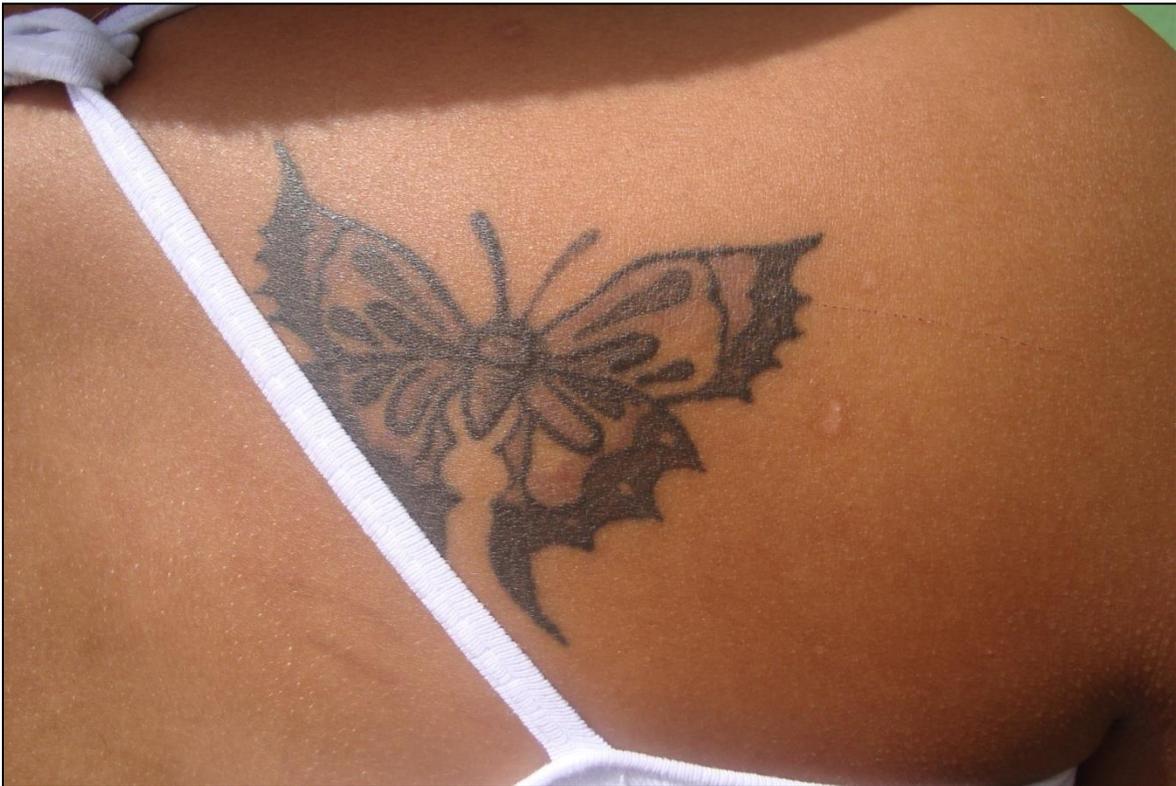
Ser una veleta seguirá siendo mi rumbo...Seguir escribiendo es una opción, por ahora seguir viviendo es la única opción que nos queda.

Nuestros relatos son SOBRE-VIVIENTES

ANEXO C

FOTOGRAFÍAS DEL PROCESO

Fotografía No. 1



Cuerpo tatuado, cuerpo marcado... Mariposa = Libertad

Fotografía No. 2



El “dormi”: sitio de encuentro y descanso, lugar donde no sólo se recuperan horas de sueño, sino tal vez los sueños mismos!!!

Fotografía No. 3



La pared del lado de la cama, muro que se convierte en posibilidad para sentirnos menos solas.

Fotografía No. 4



Cansadas de las reglas de prohibición en su Unidad de Protección Integral, ellas tomaron la decisión de hacer una protesta simbólica.

Fotografía No. 5



Cuerpo sin rostro listo para retornar a la calle después de un día de “patio”.

Fotografía No. 6



Parte del ritual de higiene es un corte de pelo que se ofrece cada mes o cada vez que se cuenta con estudiantes de una academia de belleza.

Fotografía No. 7

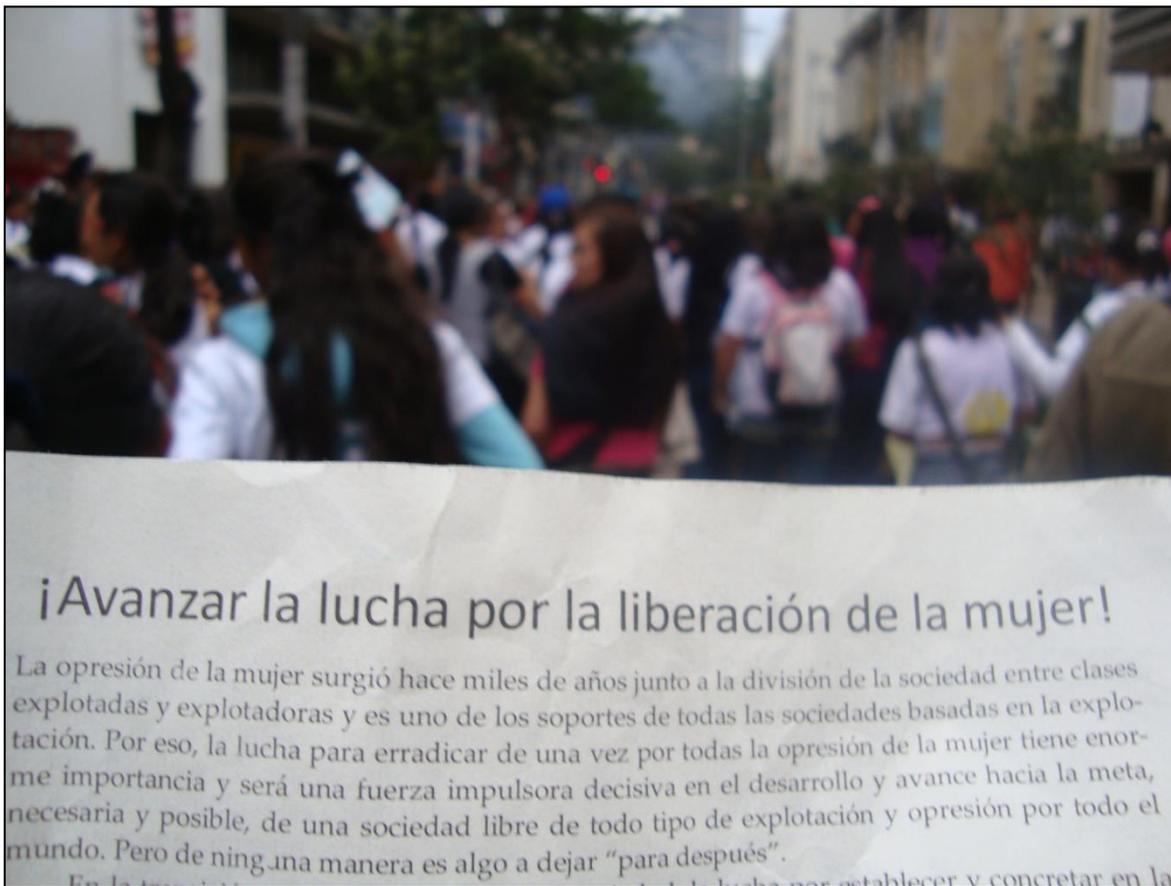


Los cuerpos se separan desde la lógica institucional. Los baños son la firme muestra de que existen dispositivos para el control de los cuerpos: Internado/Externado.

Secuencia de Fotografías “Un día como cuerpo femenino callejero”



Fotografía No. 8



Y quizás esta fotografía, tomada por una de las personas más cercanas a mi proceso investigativo, sea una búsqueda incansable por liberarse de la opresión sobre su cuerpo feminizado, cuestionado y escupido por la sociedad patriarcal.

